

LA PALABRA

del Señor

PERMANECE PARA SIEMPRE



JULIO-SEPTIEMBRE
DEVOCIONES DIARIAS

Vol. 4, No. 3
del 1 de julio al 30 de septiembre de 2026

Autores devocionales diarios:

julio: Rvdo. Pablo Darío González

agosto: Rvdo. Daniel Pfaffenzeller

septiembre: Rvdo. Cristian Rautenberg

2026 © Proyecto VDMA

Misión LCMS América Latina y el Caribe

Para contactarnos: VDMA@lcmsintl.org

Se concede permiso para hacer copias de estas devociones para su distribución a otros. Al hacer copias, el material de este libro no se puede cambiar ni vender.



Producido por Proyecto VDMA con el apoyo de **Fundación Patrimonio Luterano.**

www.LHFmissions.org

Los textos bíblicos que aparecen en este libro son de la Reina-Valera 1960. *Oración y devociones diarias para individuos o familias* fue adaptado de *Culto Cristiano* © Publicaciones “El Escudo” 1978. *Otras oraciones para los días de la semana* fueron adaptadas de *Libro de Oraciones* por Juan Federico Starck. David Haeuser, traductor. Misión del Sínodo Evangélico Luterano. Lima, Perú. 1995.



Oración y devociones diarias para individuos o familias

Líder: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos: Amén.

Todos: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; venga a nos tu reino; hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo; el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy; y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores; y no nos dejes caer en la tentación; más líbranos del mal; porque tuyo es el reino, el poder y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Todos: Creo en Dios Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. Y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor; que fue concebido por obra del Espíritu Santo, nació de la Virgen María; padeció bajo el poder de Poncio Pilatos, fue crucificado, muerto y sepultado; descendió a los infiernos; al tercer día resucitó de entre los muertos; subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre todopoderoso; y desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos. Creo en el Espíritu Santo; la santa iglesia cristiana, la comunión de los santos; el perdón de los pecados; la resurrección de la carne y la vida perdurable. Amén.

Usar si orando en la mañana:

L: A Ti he clamado, ¡oh, Señor!

T: Y de mañana mi oración se presentará delante de Ti.

L: Sea llena mi boca de tu alabanza:

T: De tu gloria todo el día.

L: Señor, esconde tu rostro de mis pecados:

T: Y borra todas mis maldades.

L: Crea en mí, ¡oh, Dios!, un corazón limpio:

T: Y renueva un espíritu recto dentro de mí.

L: No me eches de delante de Ti:

T: Y no quites de mí su Santo Espíritu.

L: Dígnate, Señor, en este día:

T: Preservarnos de pecado.

Usar si orando en la tarde:

L: Bendito eres Tú, ¡oh Señor Dios de nuestros padres!

T: Y digno de ser en gran manera alabado y glorificado para siempre.

L: Bendigamos al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo:

T: Le bendecimos y magnificamos para siempre.

L: Bendito eres Tú, ¡oh, Señor!, en la expansión de los cielos:

T: Y digno de ser alabado y glorificado y ensalzado para siempre.

L: El Todopoderoso y misericordioso Señor nos bendiga y preserve:

T: Amen.

L: Dígnate, Señor, en esta noche:

T: Preservarnos de pecado.

Para la mañana y la tarde

L: Señor, ten piedad de nosotros:

T: Ten piedad de nosotros.

L: Sea tu misericordia, Señor, sobre nosotros:

T: A la manera que en Ti esperamos.
L: Escuchas, Señor, mi oración:
T: Y está atento a la voz de mis ruegos.

***Ahora lee el texto bíblico y la meditación para la fecha de hoy,
que encontrarás en este libro devocional diario.***

Oración final de la mañana (por Martín Lutero)

T: Te doy gracias, Padre celestial, mediante Jesucristo, tu amado Hijo, porque me has protegido en la noche pasada de todo mal y peligro, y te ruego que también en este día me guardes de pecado y todo mal, para que te agraden mi vida y todas mis obras. En tus manos encomiendo mi cuerpo, mi alma y todo cuanto soy y tengo. Amén

Oración final de la tarde (por Martín Lutero)

T: Te doy gracias, Padre celestial, mediante Jesucristo, tu amado Hijo, porque me has protegido con tu gracia durante el día. Te ruego que me perdones todos mis pecados que he cometido y con los cuales he hecho mal, y me guardes con tu gracia en esta noche. En tus manos encomiendo mi cuerpo, mi alma y todo cuanto soy y tengo. Tu santo ángel sea conmigo, para que el maligno no tenga ningún poder sobre mí. Amén.

La Bendición

L: La gracia del Señor Jesucristo, y el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sea con todos nosotros.
T: Amén.

Otras oraciones para los días de la semana

Domingo por la mañana

Oh Dios misericordioso, permite que pase este domingo en tu temor y tu gracia. Guárdame de malos compañeros, para que Satanás no me impida asistir al culto divino con sus agentes malignos, y ayúdame a rehusar seguir sus engaños. Guárdame, para que no pase este día en ocio, indolencia, pasatiempos y pecados, y así hacerle grave daño a mi alma. Concédeme tu Espíritu Santo para que oiga y aprenda gustosamente tu santa palabra hoy. Cuando se predica esta palabra, abre mi corazón para que preste atención y la reciba, y la guarde allí como un tesoro precioso. Ayúdame a edificarme este domingo en mi fe cristiana, y a crecer en el conocimiento de la verdad. Concede que la palabra que oiga en la iglesia me cambie y me santifique. Amén.

Domingo por la tarde

Este es el día que ha hecho el Señor; nos alegraremos y nos regocijaremos en él. Te doy gracias, Oh Dios, por las muchas bendiciones que me has dado en este día. Fue en un domingo que Jesús, mi Salvador, resucitó del sepulcro, y en que el Espíritu Santo fue derramado sobre los apóstoles. Por tanto es apropiado que en este día traiga a la memoria mi redención por medio de Jesucristo, y el don del Espíritu Santo, que fue derramado en abundancia sobre mí en el santo Bautismo. Te doy gracias por la palabra pura y santa, la cual ha sido predicada en este día conforme a tu ordenanza para la instrucción y edificación de mi alma. Amén.

Lunes por la mañana

Hazme oír tu misericordia en la mañana; porque en ti confío: hazme conocer el camino en que debo andar; porque a ti levanto mi alma. Dios santo, bueno, el único sabio, tú has creado los cielos, y has puesto los fundamentos de la tierra. Has ordenado el cambio de noche a día, de luz a tinieblas, de labor a descanso, para que se refresquen los hombres y las bestias. Te alabo y te magnifico en esta hora de la mañana por tu sabiduría y tu fidelidad paterna. Misericordiosamente has escuchado mis oraciones, y me has preservado durante la noche pasada de la enfermedad y de otros males. Has rodeado con tu protección a todo lo mío. Señor, grandes son tus obras que has manifestado a los hombres; tu misericordia está en los cielos, y tu fidelidad alcanza hasta las nubes. Yo me dormí, pero tú vigilaste. Dormido, yo estaba como muerto, pero tú me has hecho ver otra vez la luz del sol. Amén.

Lunes por la tarde

En paz me acostaré y dormiré; porque sólo tú, Señor, me haces vivir confiado. Oh, Dios eterno y todopoderoso, éstos son mis pensamientos de la tarde ahora que busco descansarme. ¿Cómo te daré suficientes gracias porque tú has guardado mi salir y entrar de modo que no he sufrido ningún daño? Tú me has dado comida y bebida; me has consolado y refrescado; tu visitación ha preservado mi espíritu; y por medio de ti y de tu gracia aún vivo en este día. Todas estas y otras misericordias son voces que me invitan a alabarte. Por tanto, ¡bendice, alma mía, al Señor, y bendiga todo mi ser su santo nombre! ¡Bendice alma mía, al Señor, y no olvides ninguno de sus beneficios! Amén.

Martes por la mañana

Oh Dios misericordioso, cuya bondad y fidelidad se renuevan cada mañana, te doy gracias y alabanza con corazón y voz porque otra vez me has permitido levantarme en salud de mi cama esta mañana, y has preservado mi cuerpo de daño y mi alma de pecado. ¡Cuán excelente es tu misericordia oh, Dios! Por eso los hijos de los hombres ponen su confianza bajo la sombra de tus alas y están protegidos allí por tu poder. La oscuridad ha pasado, y veo otra vez la luz del sol. Concédeme la gracia de andar en tu luz todo este día, y a huir de las obras de las tinieblas. Amén.

Martes por la tarde

Señor, al pasar este día, quita mis transgresiones. Jesús, borra mis pecados con tu santa sangre. Espíritu Santo, asegúrame del perdón de todos mis pecados antes que me duerma. Cuando estoy así absuelto de toda mi culpa, oh, Dios trino, con calma me dormiré, y mañana seré más diligente para evitar todo lo que te desagrade. Padre mío, cúbreme a mí y a mi familia con tu amor. Mi Jesús, en tus heridas descanso en paz y seguridad. Oh, Espíritu Santo, antes de dormirme, inspira en mi corazón el último suspiro con que encomiendo mi espíritu en las manos de Dios. Amén.

Miércoles por la mañana

¡Despierto, y aún estoy contigo, oh, Dios misericordioso, y amante, mi Roca, mi Fortaleza y mi Libertador, mi Escudo y el Cuerno de mi Salvación, y mi Torre Fuerte! Levanto mi voz en esta hora temprana al trono de tu gracia, y te doy gracias porque durante la noche que ha pasado has preservado mi cuerpo y mi alma de todo daño. Bendito sea el Señor todos los días, y bendito sea su nombre para siempre. Dios mío, tu preservas mi vida día con día, para que pueda prepararme para la eternidad y entregar mi alma a ti como tu posesión y morada. Tú me has creado para la vida eterna. No quieres que perezca, sino que me arrepienta y viva. Concede que yo me ocupe este día con mi propia salvación con temor y temblor. Oh, Jesús, mi Mediador, haz mi corazón tu morada. Amén.

Miércoles por la tarde

Perdóname oh, Dios misericordioso, todos los pecados que haya cometido contra ti este día en pensamiento, palabra y obra. Ayúdame a dejar, junto con mi ropa, cada mal costumbre, impropiedad y pecado. Concede que mañana y por lo demás de mi vida los aborrezca y los abandone. Ayúdame a desvestirme, según la antigua manera de vivir, al viejo hombre, y nunca a volverlo a poner. Durante la noche que viene permite que yo, junto con todos mis parientes y los miembros de mi casa, duerman en paz y seguridad bajo tu gracia protectora. Amén.

Jueves por la mañana

Escucha, oh, Señor, mis palabras; considera mi suspiro. Atiende a la voz de mi clamor, Rey mío y Dios mío, porque a ti oraré. Oh, Dios bondadoso y misericordioso, te alabo y te magnifico en esta hora de la mañana, no solamente porque como un padre me has sostenido y preservado desde mi juventud, sino también porque has sido mi protección y mi auxilio durante la noche pasada, y has permitido que otra vez me levante con salud para alabarte y ver la bienvenida luz del día. Prometo en esta hora de la mañana que te serviré con cuerpo y alma, y me entregaré enteramente a ti. Estoy resuelto de que mi boca no ofenderá hoy con el resultado de cargarme con una gravosa responsabilidad a causa de conversación necia y palabras pecaminosas. Mora en mí, santifica, guía y límpiame más y más por tu gracia. Amén.

Jueves por la tarde

Oh, Dios y Padre generoso y misericordioso, otra vez vengo ante tu rostro en esta hora de la noche con un corazón agradecido porque tu gracia ha derramado sobre mí innumerables bendiciones. Tu longanimidad me ha perdonado; porque no me has castigado como merecí. Perdona todas mis transgresiones con que te he ofendido abiertamente o en secreto. Debo ser más fuerte en combatir el pecado, más celoso en las buenas obras, más cuidadoso al hablar, más piadoso en mi conducta. Desde ahora permite que evite con diligencia todas las cosas con las cuales te he ofendido hoy. Si mis pecados son grandes, tu misericordia es mucho más grande; si tú no fueras un Dios misericordioso Señor, ¿quién podría vivir? Ahora me acuesto para descansar. Cierra detrás de mí, oh, Dios, la puerta, como hiciste con el arca de Noé, para que ninguna inundación de tribulación me pueda anegar. Permite que tus santos ángeles me tomen en su protección, para que mis enemigos, visibles o invisibles, no estorben mi sueño. Amén.

Viernes por la mañana

Mi corazón está firme oh, Dios; está firme mi corazón. Cantaré y entonaré salmos. Oh, Dios misericordioso, y amante, mi Padre, Redentor y Santificador, levanto mi corazón y mis manos en esta hora de la mañana al trono de tu divina majestad, desde donde tantas bendiciones han sido derramadas sobre mí durante toda mi vida, y también durante la noche pasada. Durante esta noche tú has sido mi Fortaleza, mi Protección, mi Libertador, mi Castillo Fuerte, mi Auxilio en toda necesidad, mi Consuelo, mi Escudo, sí, Todo para mí. Oh, Dios y Señor mío, reconozco que no soy digno de todas estas bendiciones. Tú pensaste de mí en medio de la oscuridad; y mientras las sombras oscuras me rodeaban, tu cuidado paternal protegió mi cuerpo y mi alma contra el daño y peligro. Por tanto te alabo y magnifico tu nombre. El Señor ha hecho grandes cosas para mí, me alegraré. Amén.

Viernes por la tarde

Ahora me acuesto para descansar, mi Jesús. Cubre los dinteles de mi corazón con tu santa sangre para que no se me acerque ningún mal. Si tú estás conmigo, no temeré. Has estado a mi lado durante el día, en dondequiera que he ido. Has puesto tu bendición en todas mis actividades. Has prosperado todo lo que he emprendido en tu nombre. Quisiera que las palabras de José hubieran sido mi lema constante durante este día: “¿Cómo, pues, puedo hacer este gran mal y pecar contra Dios?” Perdóname en misericordia todo el mal que he cometido, hablado o pensado contra ti durante este día. Con la declinación del día permite que se desvanezcan también mis pecados y el castigo por mis pecados, para que no sean recordados eternamente. Amén.

Sábado por la mañana

Hazme saber oh, Jehovah, mi final, y cuál sea la medida de mis días, para que pueda saber lo frágil que soy: tales son mis pensamientos, Oh Dios fuerte y todopoderoso, ahora que he alcanzado el fin de la semana; porque tú me has permitido levantarme con salud en este último día de la semana. Te alabo en esta hora de la mañana, porque me has protegido y defendido tan gloriosa y poderosamente en cuerpo y alma, de modo que no ha podido estorbarme ningún peligro ni aflicción. Dios mío, tan poco como las estrellas del firmamento, como la arena a la orilla del mar, como las gotas de agua en el mar se pueden enumerar, tan poco puedo contar las bendiciones que he recibido de ti durante toda mi vida, y también durante esta semana. Amén.

Sábado por la tarde

Grandes cosas ha hecho Jehová para mí, me alegraré. Es apropiado que hable así, Señor y Dios mío, ahora que he llegado con seguridad al final de una semana ¡Qué excelente es tu misericordia oh, Dios! Dios mío, has extendido tus alas sobre mí, me has guardado en salud y me has bendecido; me has acompañado y preservado; me has manifestado innumerables beneficios en cuerpo y alma y también has permitido a mis seres queridos gozar de tu protección y tu gracia. Seguramente es Dios quien ha hecho todo esto; es obra del Señor que yo haya pasado esta semana en seguridad. Debido a todo esto, permite que te ofrezca mi amor, alabanza, y ferviente exaltación desde lo más profundo de mi alma. Recibe mis acciones de gracias por tu protección y tu gracia; por tu amor y tu auxilio; por todos los beneficios que me has otorgado en cuerpo y alma. Amén.

JULIO

El texto bíblico y la meditación

1 de julio

Texto: Gálatas 1:1-5

Un orgullo santo

“Pablo, apóstol (no de hombres ni por hombre, sino por Jesucristo y por Dios el Padre que lo resucitó de los muertos)” (Gálatas 1:1).

No es casualidad que San Pablo haya comenzado su carta a los Gálatas defendiendo su oficio y su Evangelio. Lo hace con el fin de mantener el orden en la iglesia, un orden que no es simplemente un acuerdo humano, sino instituido por Dios mismo. La iglesia es el pueblo de Dios y el Señor mismo envía obreros para que administren los tesoros del reino en beneficio de todos. Así, en la iglesia nadie debe predicar ni administrar los sacramentos sin un llamamiento legítimo (Confesión de Augsburgo XIV).

Ahora bien, este orden no debe ser excusa para que aquellos que ocupan puestos de autoridad en la iglesia se enseñoreen de ella, sino para servir a aquellos que Dios puso bajo su cuidado, como sus representantes. Y la iglesia se beneficia principalmente de esta institución cada vez que escucha: *“en lugar de nuestro Señor Jesucristo y por mandato de Él, te perdono todos tus pecados”*. Este perdón trae reconciliación por Cristo y nos permitirá resucitar en el día final para ver cara a cara a nuestro Padre celestial. Aquí es cuando el oficio pastoral se vuelve consolador para la iglesia, porque tiene una autoridad que da seguridad por estar ligada a la promesa de Cristo mismo (Jn 20:23). Pablo era un hombre humilde, pero no permitiría que falsos maestros desmedren el oficio que el Señor mismo le había confiado con el fin de entregarles el Evangelio de salvación que es por la fe en Cristo.

Padre celestial, concede que podamos tomar las palabras de los pastores que actúan según su oficio como recibidas de parte de Ti mismo y así poder tener la certeza de que nos perdonas todos nuestros pecados en Cristo. Por Jesús. Amén.

(Mensajero de la Paz - HL #1035, estr. 9)

Los que a ustedes los reciban,
Me habrán recibido a mí...
¡Es hermoso ver bajar de la montaña
Los pies del mensajero de la paz!

2 de julio

Texto: Gálatas 1:6-9

Un solo Evangelio

“Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema” (Gálatas 1:9b).

Inmediatamente después de haber defendido su ministerio como institución divina, Pablo se refiere al segundo punto que distingue a un verdadero ministro de Jesucristo, además del llamado, que es la doctrina que profesa y enseña. Porque no basta con tener pastores llamados y ordenados, sino que ellos también deben ser aptos para enseñar la sana doctrina (1Ti 3:2; 4:16), y en su enseñanza no debe primar la Ley, sino el Evangelio. Por tanto, si un pastor, obispo, papa, apóstol o incluso un ángel del cielo enseña que podemos ser salvos por nuestras propias obras o por la mediación de alguien más que no sea Jesucristo, entonces —dice Pablo— sea anatema, sea excomulgado. Y mira, no hay término medio aquí, porque lo que está en juego es nada menos que la salvación de las personas.

Lamentablemente, existen muchos predicadores que se hacen llamar *“evangélicos”*, pero enseñan legalismo, es decir, que es necesario someterse a ciertas leyes para ser salvos. Confunden el Evangelio con la Ley, enseñando mandamientos de hombres como si fueran medios de salvación (Mt 15:9) y desviando a muchos. Por eso es tan fundamental congregarse en una iglesia sana, donde haya pastores legítimamente llamados, que además prediquen la sana doctrina: que Jesús, en la cruz, lo hizo todo por nosotros para otorgarnos el perdón de los pecados; el Evangelio puro, que nos dice que somos salvos por gracia, por causa de Cristo, mediante la fe.

Padre celestial, concede a tu iglesia pastores que no solamente sean debidamente llamados, sino que también, a través de su enseñanza, nos prediquen el Evangelio puro de Salvación en Cristo. Por Jesús. Amén.

(A la obra santa - HL #1033, estr.2)

Úngelos, Padre, desde los cielos
De ciencia y gracia sean colmados
Con su Palabra, virtud y ejemplo
Honren por siempre tu nombre santo.

3 de julio

Texto: Gálatas 1:10

¿Pastor o amigo?

“Pues si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo” (Gálatas 1:10b).

Cuando en la iglesia se enseña el Evangelio puro de manera clara y abierta, necesariamente comenzarán a aparecer las oposiciones. Porque la carne, el orgullo y la razón humana no toleran la sana doctrina. Si a Cristo, el Señor mismo, no lo toleraron ni lo recibieron, ¿qué se puede esperar de aquellos que sirven fielmente en su nombre? Así como un buen padre no puede ser amigo de su hijo en el sentido de darle todos los gustos, un pastor tampoco debe ser amigo de sus ovejas, diciéndoles solamente lo que ellos quieren escuchar; porque él vela por que ellos escuchen constantemente de Cristo y de Él crucificado por el perdón de sus pecados. Cuando en las iglesias se negocia la verdad eterna con el fin de mantener la calma y la unidad temporal, allí se está dando lugar a la discordia y la confusión, a la mentira y el engaño que llevan finalmente a perdición.

Como iglesia, el Señor nos enseña a orar por pastores y padres fieles, que estén dispuestos a perderlo todo: su honor, fama, dinero y estatus, con el fin de salvar las almas de aquellos que están bajo su cuidado. Del mismo modo, los miembros de la iglesia deben honrar a sus pastores y obedecerles en todo lo que ellos les hablen de parte de Dios, sin ser motivo de cansancio y hartazgo para ellos. ¡Sí, hasta Cristo mismo se dejó pastorear y fue una oveja fiel por nosotros!

Padre celestial, concédenos que, como miembros de tu iglesia, obedezcamos a nuestros pastores según tu Palabra y nos sujetemos a ellos, sabiendo que ellos velan por nuestras almas como quienes han de dar cuenta ante Ti, para que ellos lleven a cabo su ministerio con alegría y sean de provecho para nosotros. Por Jesús. Amén.

(La Palabra hoy sembrada - HL #749, estr.2)

La Palabra que tu siervo
Ha sembrado con saber
No permitas que las aves
Se la vengán a comer.
Ricos frutos, ricos frutos
Tú nos puedes conceder

4 de julio

Texto: Gálatas 1:18-24

Pecadores enseñando a pecadores

“Aquel que en otro tiempo nos perseguía, ahora predica la fe que en otro tiempo asolaba” (Gálatas 1:23b).

“¿Quién eres tú para hablarme así? ¿Te has visto en el espejo?”, pueden ser frases dichas por un hijo a un padre que no practica lo que enseña, o el pensamiento de una oveja para con su pastor cuando este la confronta con un comportamiento impío. Ahora, imagínate cuán difícil fue para los gálatas el poder tomar en serio a Pablo y su ministerio, habiendo conocido su terrible pasado como asesino y perseguidor de cristianos. Imagínate cuánto provecho de esta situación sacaron los enemigos del apóstol con el fin de desacreditarlo delante de sus oyentes. Así, el diablo siempre intenta sembrar cizaña en la iglesia cuestionando la integridad de sus líderes. Pero Dios, que nos quiere proteger y dar seguridad de su obrar, hace que pongamos la mirada no en la piedad de nuestros líderes, sino en su llamamiento y oficio, por medio del cual Él mismo promete obrar para nuestra salvación.

Como luteranos, confesamos que *“los sacramentos son igualmente eficaces, aun cuando los sacerdotes que los administran sean impíos”* (CA VIII). Esta afirmación —aunque pueda resultar incómoda— es tremendamente consoladora, puesto que asegura a la iglesia que la Palabra y los sacramentos son eficaces aun cuando son administrados por hombres pecadores, porque son respaldados por el Espíritu de Dios mismo y Cristo es quien te perdona a través de tu pastor. Pero, ¡cuidado! Esto no debe convertirse en una licencia para pecar, porque, ciertamente, todos estamos llamados a ser piadosos, más aún los que están en puestos de autoridad (Tito 2:7-8).

Padre celestial, concede a tu iglesia que, por la fe, podamos darte gracias por nuestros pastores y seguir su voz, porque Tú has prometido obrar a través de su oficio para nuestro bien. Por Jesús. Amén.

(Haz lo que quieras - HL #952, estr.1)

Haz lo que quieras, Señor, de mí
Tú el alfarero, yo el barro soy.
Dócil y humilde, anhelo ser.
cúmplase siempre, en mí, tu querer

5 de julio

Texto: Gálatas 2:1-10

Respetando los canales

“...para no correr o haber corrido en vano, expuse en privado a los que tenían cierta reputación el evangelio que predico entre los gentiles” (Gálatas 2:2b).

La iglesia está compuesta por pecadores. Muchas cosas en ella no funcionan como deberían; siempre hay cosas para mejorar y corregir. No solo asuntos del orden divino sino, también aquellos que son de orden humano. Pero aun si la iglesia estuviera hundida en la más grande confusión y desorden, no quiere decir por eso que quien cree tener la razón puede pasar a llevar a los demás como si fuera dueño de la congregación. Porque toda enseñanza, aun el más puro Evangelio que anuncia el perdón de tus pecados y la reconciliación con tu Padre celestial, requiere paciencia para ser sembrada.

¡Con cuánta paciencia anunciaron los profetas la Palabra de Dios! ¡Con cuánto esmero predicaron los apóstoles! Jesús mismo tuvo compasión y paciencia por sus oyentes al enseñar. Y San Pablo aquí no es la excepción. Él sabía que, si quería lograr un cambio genuino y de fondo entre los hermanos, primero debía comenzar por aquellos que ocupan puestos de autoridad. Incluso Lutero, cuando propuso reformas, no se dirigió directamente al pueblo, sino que, antes, las propuso a las autoridades de la iglesia. Todo cambio, por más beneficioso que sea, requiere tiempo, paciencia y dedicación y, por sobre todo, respetar los canales correspondientes. ¡Sí, hasta Cristo, siendo Dios, se sometió a las autoridades terrenales y respetó los conductos establecidos, todo por nosotros!

Padre celestial, concede a aquellos que enseñan en la iglesia el poder de hacer con paciencia, dedicación y amor por sus ovejas, de manera que todo cambio propuesto sea provechoso para todos. Por Jesús. Amén.

(Brille o no el sol - HL #1020, estr.6)

Siembra, que no te aparte el egoísmo
Siembra do la impiedad blasfemias lanza
Y en el camino, el fango, en el abismo
Verás brotar la flor de la esperanza.

6 de julio

Texto: Gálatas 2:19-21

Más que una frase

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gálatas 2:20a).

He aquí uno de esos versículos favoritos de muchos, impreso en camisetas y stickers. Lamentablemente, a veces no se toma en cuenta su significado en profundidad. Cuando Pablo dice que está crucificado con Cristo, está diciendo que renuncia a toda pretensión y deseo humano, que da por perdido todo interés personal y el trabajar para sus propias ambiciones. Está diciendo que se ha entregado a servir para beneficio y crecimiento de los demás, especialmente a los de la iglesia. Y esto, en verdad, es algo muy difícil de llevar.

Muchas personas se sacrifican a sí mismas y dan todo su esfuerzo con el fin de obtener ganancias, de realizarse como personas y de luchar por sus propios ideales. Pero ¿cuántos de ellos podrían decir que se someterían a tal desgaste con el fin de beneficiar a otros? Bueno, de eso se trata la vida cristiana, y cuánto más el oficio del ministerio. Porque la iglesia es moldeada a la imagen de Cristo, por la cruz, por el perdón que Él ganó y por el sufrimiento. Y esto no se hace por imposición u obligación, sino en total gratitud por Aquel que nos amó y se entregó a sí mismo por todos nosotros. Todo aquel que entiende su vida desde la perspectiva de la cruz, no quiere saber nada con volver a vivir bajo la esclavitud de ley, y solo aquel que comprende verdaderamente la magnitud de la libertad que tenemos en Cristo, no tiene problemas en someterse y servir a los demás.

Padre celestial, concede a tu iglesia ser moldeada a imagen del Cristo crucificado, nuestra cabeza, de manera que, renunciando a nuestros deseos egoístas, estemos siempre prestos a servir a los demás. Por Jesús. Amén.

(Jesús, mi bien - HL #467, estr.9)

¡Que yo, Jesús, por tu bendito nombre
A diario crucifique mi viejo hombre!
Hazme crecer en santidad, templanza
Fe y esperanza.

7 de julio

Texto: Gálatas 3:1-5

Desenfocados del Evangelio

“¡Oh gálatas insensatos! ¿Quién os fascinó para no obedecer a la verdad, a vosotros ante cuyos ojos Jesucristo fue ya presentado claramente entre vosotros como crucificado?” (Gálatas 3:1).

Tan fácil como un caballo sin jinete puede desviarse del camino, así también una iglesia sin credos y confesiones puede desviarse de la sana doctrina. Tan pronto como ella se crea autosuficiente, autónoma e independiente, se volverá a inclinar sobre sí misma, dejando de lado el Evangelio del Cristo crucificado. Porque la necedad humana permanece en nosotros hasta el fin de nuestros días. En tanto y en cuanto vivamos en el mundo, tengamos al diablo como nuestro enemigo y habitemos en cuerpo de muerte, no estaremos exentos de caer y apartarnos de la gracia de Dios.

¿Cuáles son aquellas cosas que nos llevan a apartarnos del Evangelio puro y de la verdadera fe? ¡Cuántas iglesias en las que alguna vez se predicó el Evangelio de verdad hoy sufren las consecuencias de haberse dejado arrastrar por ideologías de moda! Y, ciertamente, el primer error es creer que los que permanecemos en la verdad somos mejores que los que han caído. Todos los días debemos pedir perdón por nuestros pecados y dar gracias a Dios porque Él nos sostiene firmes en la verdadera fe que anuncia el perdón de nuestros pecados y la reconciliación con nuestro Padre celestial por medio de la Palabra y los Sacramentos, y porque todo lo hace por gracia y misericordia, sin ningún mérito de nuestra parte. Esto es vivir en la verdad del Evangelio.

Padre celestial, concede a tu iglesia el permanecer firme en la sana enseñanza de los apóstoles, para que, bien fundada en Cristo y Evangelio, pueda adorarte correctamente y darte gracias con frutos agradables. Por Jesús. Amén.

(Sostennos firmes - HL #548, estr.1)

Sostennos firmes ¡oh, Señor!
En la Palabra de tu amor
Refrena a los que en su maldad
Tu reino quieren derribar.

8 de julio

Texto: Gálatas 3:6-9

El pueblo de la promesa

“Así Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia” (Gálatas 3:6).

Muchos creen que para ser considerados parte del verdadero pueblo de Dios es necesario guardar una ligación con Abraham. Y hacen bien. Porque la promesa de salvación de Dios fue dada a la simiente de Abraham. El problema suele estar en qué entendemos que significa todo esto. Cuando Jesús vino, rompió con la creencia de que esta promesa es para los descendientes sanguíneos de Abraham, es decir, con aquellos que compartían un vínculo de parentesco étnico (Jn 8:31-47). Esto fue sin duda un golpe tremendo para los judíos, quienes se jactaban de ser el pueblo de Dios por ser descendientes del patriarca. Pero el golpe de Jesús no fue solo para judíos, sino para todos los que comparten lazos sanguíneos con Adán y Eva, los pecadores, como tú y yo, diciendo que todo el que comete pecado es esclavo del pecado y, por tanto, está condenado.

Por eso, San Pablo enseña que la promesa de salvación es para todo aquel que es como Abraham: un pecador que cree en una justicia externa a sí mismo. Porque Abraham creyó en la venida de un Salvador, y eso le fue contado por justicia, es decir, sus pecados le fueron perdonados en vista de la cruz de Jesús. No fue algo en sí mismo, sino algo que Dios haría. Por eso la iglesia no es sino *“la asamblea de todos los creyentes”* (Confesión de Augsburgo VII), el conjunto de todos los que creen que, en Jesús, tienen su perdón, salvación y vida eterna.

Padre celestial, concede a tu iglesia el confiar solo en tu Hijo –la Simiente de Abraham– para su salvación, de manera que pueda tener la certeza de que, por la fe en Cristo, somos parte del pueblo de Dios. Por Jesús. Amén.

(Cántico de María - HL #259, estr.4)

Acogió a Israel su humilde siervo
Acordándose de su misericordia
Como había prometido a nuestros padres:
A Abraham y descendencia para siempre.

9 de julio

Texto: Gálatas 3:19-24

Por una buena causa

“De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuéramos justificados por la fe” (Gálatas 3:24).

Como padre o madre, seguramente has tenido que luchar más de una vez para llevar a tu hijo a bañarse. A ellos simplemente no les gusta y, seguramente, si pudieras evitar todo ese escándalo, lo harías. Pero, igualmente, haces tu trabajo porque sabes que es para su bien. Aquí San Pablo nos enseña que la ley de Dios funciona de la misma manera: ciertamente, no nos gusta oírla, pero Dios la envía porque es necesaria. Por medio de la predicación de la ley, esto es, la denuncia de nuestro pecado, Dios nos llama al arrepentimiento. Porque solo quien siente pesar por sus pecados y toma conciencia de lo grave y sucia que es su condición ante Dios es aquel que está preparado para recibir a Cristo y ser limpiado por el perdón del Evangelio.

Entonces, a pesar de que la función de la ley no sea muy agradable, es totalmente necesaria si, como iglesia, pretendemos ser salvos. Porque si Dios no nos llama al arrepentimiento, nunca dejaremos de confiar en nosotros mismos, ni podríamos tener una fe sana en Cristo. *“Atiende al consejo, y acepta la corrección; así acabarás siendo sabio” (Pr 19:20).* La sabiduría de la iglesia depende de cuánto ella logra identificarse como necesitada de Dios y de su misericordia. Solo quien reconoce y confiesa sus pecados está listo para recibir a Cristo, su perdón, y ser salvo.

Padre celestial, te agradecemos por concederle a tu iglesia la oportunidad de escuchar tu ley, por medio de la cual nos llevas al arrepentimiento, dejándonos listos para recibir a Cristo como nuestro Salvador en el Evangelio. Por Jesús. Amén.

(Después, Señor - HL #745, estr.2)

En nuestras almas graba con poder
Tu fiel Palabra, cada exhortación
Y que tu Ley pudiendo comprender
Contigo estemos en mayor unión.

10 de julio

Texto: Gálatas 3:25-29

Un lavado a domicilio

“porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos” (Gálatas 3:27).

Hablando de ser limpiados, San Pablo llama al Bautismo como *“lavamiento de la regeneración”* (Tito 3:5). No por nada es considerado un sacramento en la iglesia luterana. Donde veas que el Bautismo es correctamente administrado según la institución de Cristo, allí tienes una clara señal de que está la una, santa y verdadera iglesia cristiana¹. Del mismo modo, donde veas que el Bautismo no es practicado de acuerdo con el mandato del Señor, duda de que sea una iglesia verdadera.

El Bautismo no es un “autolavado”, donde tú acudes para limpiarte a ti mismo, porque no se trata de lo que tú haces. El Bautismo es Dios mismo lavándote, sin importar tu edad, capacidad intelectual, sexo, raza, ni cuán sucio de pecado estés. Él mismo te lleva a través de tus padres y padrinos a la pila bautismal, Él mismo te bautiza a través del ministro y Él mismo te reviste de la santidad de su Hijo por el agua santificada por la Palabra. Porque Dios mismo envió a su Hijo a bautizarse por ti en las aguas del Jordán, de manera que, al bautizarte, eres unido a Él, justificado y santificado en Él. No dudes, pues, bautizado, que Dios te ha lavado de tus pecados, que eres miembro de la iglesia y que eres ciertamente hijo de Dios por la fe en Jesús.

Padre celestial, te agradecemos por concederle a tu iglesia el sacramento del Santo Bautismo, por medio del cual todos los pecadores somos lavados y hechos parte de tu reino celestial, como hijos tuyos por la fe en tu Hijo. Por Jesús. Amén.

(Por tu Espíritu, Señor – HL #861, estr.1)

Por tu Espíritu, Señor,
y por agua me engendraste;
por bautismo redentor
mis pecados tu lavaste
me has vestido en santidad
por tu gracia y tu bondad.

¹ OL VII, p.253. Obras de Martín Lutero en español. Buenos Aires: ediciones “La Aurora”.

11 de julio

Texto: Gálatas 4:4-7

Los tiempos de Dios no son los nuestros

“Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley” (Gálatas 4:4).

La iglesia, el pueblo de Dios, vive en una doble tensión temporal y espacial. Ella transita en la historia humana y se sujeta a tiempos humanos, así como vive en un determinado territorio y se sujeta a los límites establecidos por hombres, a la vez que es el pueblo del Dios que trasciende todo tiempo y espacio. Dicho en otras palabras, la iglesia está en el mundo, pero no es del mundo (Jn 15:19). Esta realidad es posible gracias a la intervención de la divinidad en la humanidad, cuando el Dios eterno y trascendente a todo se encarnó y nació en un determinado tiempo y lugar. Y esta pasa a ser la realidad de todo cristiano que está unido a Cristo por la fe.

Por tanto, la iglesia no entiende los tiempos como el mundo lo hace, sino que, por la fe, los interpreta y vive de acuerdo con Cristo. Se reúne los domingos en un determinado lugar que llama templo o capilla, pero al mismo tiempo participa de la realidad de un reino que está presente en varias partes del mundo y tiene comunión con seres y personas que tienen más de mil años de existencia. Porque Cristo se sometió a los límites de la humanidad y murió en la cruz del Gólgota, bajo Poncio Pilato, para ganar la salvación del mundo y nos ofrece gratuitamente el perdón de los pecados, para que podamos tener parte en la divinidad. A veces olvidamos lo extraordinario que es ser parte de la iglesia.

Padre celestial, te alabamos porque tu Hijo Jesús nació en el tiempo corriente y se sometió a la ley por nosotros, para nuestro beneficio, de manera que nosotros podamos tener acceso al cielo por medio de la fe en Él. Por Jesús. Amén.

(Cántico de Zacarías – HL #237)

Bendito sea el Señor,
El Dios de Israel
Porque ha visitado a su pueblo
Con su salvación.

12 de julio

Texto: Gálatas 4:8-11

La historia que se repite

“¿Cómo es que os volvéis de nuevo a los débiles y pobres rudimentos, a los cuales os queréis volver a esclavizar?” (Gálatas 4:9b).

La historia de la iglesia se repite, una y otra vez: Dios rescata a su pueblo, el pueblo camina con Dios, el pueblo se distrae del camino y —tentado por cosas mundanas— se desvía y termina nuevamente esclavizado por sus enemigos. Dios va al rescate: envía a su representante; este confronta al pueblo por su mal camino. El pueblo se arrepiente y se vuelve a Dios. Retoma el camino y... vuelve a caer. Fue la historia del pueblo de Dios en el Antiguo Testamento, y también es la de aquellos Gálatas a quienes Pablo confronta en esta carta. El apóstol escribe: *“Me temo... que haya trabajado en vano con vosotros”* (v. 11). Porque históricamente la iglesia ha mostrado cuán fácilmente se olvida del Evangelio verdadero dejándose atrapar por doctrinas más atractivas.

Fue también la historia durante la Reforma. También es la historia de la iglesia presente y hasta el fin del mundo. Es también la historia que se repite en la vida de cada cristiano, cada semana. Es bueno preguntarse: ¿Fue en vano mi bautismo? ¿Fue en vano cada predicación de mi pastor? ¿Fue en vano el comer y beber el Cuerpo y la Sangre de Cristo? Hoy, como ayer, y hasta lo último, no podemos sino caer de rodillas ante Dios en arrepentimiento por nuestros pecados, y luego levantarnos en acción de gracias porque en Cristo el Señor y su iglesia recibimos siempre el Evangelio que nos redime —perdona y sostiene— para que lleguemos a la tierra prometida, por su gracia y amor.

Padre misericordioso, a pesar de nuestra infidelidad constante, Tú permaneces fiel. Te alabamos por esto. En Cristo Jesús. Amén.

(Grato es contar la historia – HL #1009, estr.1)

Grato es contar la historia Del celestial favor
De Cristo y de su gloria, De Cristo y de su amor
Me agrada referirla, pues sé que es la verdad
Y nada satisface, cual ella mi ansiedad.

13 de julio

Texto: Gálatas 5:1-4

Libres para servir

“Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres” (Gálatas 5:1a).

La iglesia es un pueblo libre. Sus miembros han sido liberados de la esclavitud del pecado, de la muerte y del diablo, todo por la redención obrada por Cristo Jesús en la cruz. Pero ¿en qué consiste esta libertad? Primero, en que nuestra voluntad ya no está atada al pecado, a hacer solo lo malo ante los ojos de Dios, sino que, en Cristo, queremos y podemos servir a Dios en cosas verdaderamente buenas y agradables a Él. Segundo, que la muerte ya no puede enseñorearse de nosotros, sino que, en Cristo, tenemos resurrección. Tercero, que las acusaciones del diablo, por más convincentes que sean, ya no tienen peso, puesto que Cristo asumió toda nuestra culpa.

Entonces, la exhortación de Pablo aquí es a aferrarnos a esa libertad que Dios nos ha dado en Cristo como un regalo. Vivir en la libertad de Cristo no significa que ahora somos libres para satisfacer los deseos de la carne (esto sería volver a la esclavitud), sino que en Cristo fuimos liberados para servir a Dios, y ese servicio no se trata de ganar algo para nosotros mismos, sino que es hacia el prójimo. Por eso decía Lutero que mejor sirve a Dios una madre que cuida, alimenta y viste a sus hijos, que mil monjes que rezan para conseguir la aprobación de Dios. Porque vivir en libertad es lo mismo que vivir bajo la gracia, es vivir sabiendo que en Cristo lo tenemos todo y no necesitamos nada más aparte del deseo de servir en amor a nuestro prójimo.

Padre amoroso, en tu Hijo somos hechos verdaderamente libres de todo lo que nos hace mal. Concédenos permanecer siempre en tu Palabra, para que esa libertad podamos creerla y vivirla. En el nombre de Jesús. Amén.

(Cristo está conmigo – HL #884, estr.5)

Ya no temo, Señor, a la muerte,
Ya no temo, Señor, que llegue el fin:
Porque Tú estarás ahí esperando,
Que yo llegue, hasta Ti.

14 de julio

Texto: Gálatas 5:16-26

La batalla que dura una vida

“Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu” (Gálatas 5:25).

Vivir en libertad es lo mismo que vivir por el Espíritu. Porque solo el Espíritu Santo, en Cristo, puede hacernos verdaderamente libres. Y vivir en la libertad del Espíritu es vivir bajo la Palabra de Dios. Es vivir confiado en las palabras de la absolución, que cuando oigo en el Servicio: *“tus pecados te son perdonados”*, soy, en efecto, verdaderamente libre de pecado. Es también vivir ese perdón día a día con mi prójimo, pidiendo y recibiendo perdón. Es vivir en el Bautismo, sacramento por el cual Dios nos liberó de las garras condenatorias del pecado y de la muerte, para hacernos hijos libres y herederos de su reino eterno.

Por esto, se nos exhorta a todos aquellos que hemos sido liberados por el perdón de Dios, a que no volvamos a vivir como esclavos, como carnales: sujetos al rencor, aferrados al orgullo, movidos por la ira y la venganza. Porque nuestra carne natural, que está sujeta a una voluntad esclava del pecado, aún permanece en nosotros. Entonces, todos los que han nacido de nuevo por agua y Espíritu tienen en sí mismos una batalla interna, que dura hasta la muerte: la voluntad santa y espiritual vs. la voluntad carnal, esclava del pecado. Por esto, permanezcamos en comunión con la Palabra y los Sacramentos, de manera que en esta batalla prevalezca lo espiritual por sobre lo carnal.

Padre amoroso, nos has dado tu Espíritu para vivir en libertad. Concédenos que, en la lucha diaria contra el viejo hombre, este sea ahogado y renazca en su lugar la nueva naturaleza hecha a imagen de tu Hijo Jesús. En Su nombre oramos. Amén.

(Jesús, mi bien – HL #467, estr.9)

¡Que yo —Jesús— por tu bendito nombre
a diario crucifique mi viejo hombre!
Hazme crecer en santidad, templanza,
fe y esperanza.

15 de julio

Texto: Gálatas 6:1-5

Una paciente restauración

“Sobrellevad los unos las cargas de los otros y cumplid así la ley de Cristo” (Gálatas 6:2).

Todo aquel que alguna vez se propuso restaurar una casa sabe que tener paciencia e ir paso a paso es muy importante, que si actuamos movidos nada más que por la imprudencia quizás todo acabe peor de lo que estaba antes. Lo mismo es aplicable en la iglesia cuando hay algo que reparar, especialmente si hablamos de las personas que son parte de ella.

En el mundo sin Dios pareciera que todos están pendientes de que el otro cometa un error para acusarlo, pero, en el contexto de la iglesia, el apóstol nos enseña a movernos en un espíritu diferente: a no ser pronto para juzgar al que comete pecado, sino, con paciencia, amor y mansedumbre, buscar la forma más apropiada de restaurarlo a la vida cristiana. Después de todo, Dios es *“lento para la ira y grande en misericordia”* (Sal 103:8); Cristo no vino a juzgarnos con la Ley sino a cargar con nuestros pecados. Así también hemos de tratarnos los unos a los otros, cargando y llevando nuestras penas con amor, ayudando al prójimo a restaurar su vida como si fuera la nuestra propia, como está escrito: *“el amor cubre multitud de pecados”* (1Pe 4:8).

Padre amoroso, ¡con cuánta paciencia nos has restaurado del error a la verdad, del pecado a la rectitud y de la muerte a la vida! Infunde en nuestros corazones ese mismo amor y mansedumbre, para que tratemos a nuestro prójimo, así como tú nos has amado. En el nombre de Jesús. Amén.

(Amémonos hermanos – HL #815, estr.1)

Amémonos, hermanos,
con tierno y puro amor,
que un solo cuerpo somos
y nuestro Padre es Dios.

16 de julio

Texto: Gálatas 6:6

El valor de la enseñanza

“El que es enseñado en la palabra, haga partícipe de toda cosa buena al que lo instruye” (Gálatas 6:6).

Este versículo escrito por el apóstol señala una realidad que es más común de lo que nos gustaría reconocer: no hay en la iglesia suficiente aprecio y valoración por los pastores y ministros del Evangelio. Un pastor anciano dijo una vez que todo pastor es bueno hasta que empieza a hablar de la ofrenda. Lutero mismo da testimonio de cómo en su tiempo muchas congregaciones dejaban que sus pastores vivieran en condiciones verdaderamente indignas: *“Cuando los miembros de la congregación cristiana permiten que sus pastores pasen apuros en la penuria, son peores que los paganos”*². Allí también el reformador enseña que, cuando San Pablo dice *“toda cosa buena”*, no tiene sentido decir que la gente debe entregar todo lo que tiene a sus pastores, sino que debe sostenerlos con liberalidad y darles lo suficiente para vivir bien.

Después de todo, los pastores son dones de Dios, instrumentos por los cuales recibimos la enseñanza que salva (1Ti 4:16) y nos perdona nuestros pecados. En cuanto esté a nuestro alcance, hemos de procurar que ellos puedan vivir bien, para que se puedan dedicar a pastorear a las ovejas de Cristo sin estar demasiado ocupados en conseguir comida, bebida, un lugar digno donde vivir o preocupados por saber si podrán llegar a fin de mes, y porque, al fin de cuentas, *“el obrero es digno de su salario”* (1Ti 5:18).

Padre amoroso, en tu misericordia nos has dado pastores para que nos administren los grandes tesoros del Evangelio y los sacramentos. Concédenos corazones agradecidos para que podamos velar por su bienestar con alegría. En el nombre de Jesús. Amén.

(A la obra santa – HL #1033, estr.6)

Guarden amantes la oveja dócil,
A la extraviada sigan buscando
Y el obispo de nuestras almas
Les dé los frutos de su trabajo.

² Martín Lutero (2009). *Segundo Comentario a los Gálatas*, p. 223. St. Louis: CPH.

17 de julio

Texto: Gálatas 6:7-10

Persiste en lo bueno

“No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos” (Gálatas 6:9).

Quien alguna vez ha tenido que trabajar y servir en la iglesia sabe cuán fácil es desmotivarse al hacer el bien, especialmente cuando vemos que a nuestro alrededor gente sin Dios parece prosperar y nosotros decrecer. Vemos que en falsas iglesias donde se enseñan doctrinas humanas hay más gente que en aquellas en las que se enseña el verdadero Evangelio. Vemos que el vecino que anda por caminos oscuros tiene una casa bonita y un auto nuevo. Entonces, con un corazón incrédulo, nos preguntamos: ¿para qué me molesto en trabajar en la iglesia si somos tan pocos? ¿Vale la pena servir en una comunidad donde somos dos o tres? ¿Vale la pena seguir en un trabajo honesto cuando todo se hace tan cuesta arriba? Recordamos quizás otros tiempos en los que todo parecía funcionar mejor, o quizás comenzamos a considerar el tomar ciertos “atajos” fuera de lo legal para conseguir lo que todo el mundo quiere. Porque, ciertamente, el camino del bien es uno duro de transitar.

Y esta tensión puede volverse una carga, especialmente cuando desviamos nuestros ojos del lugar a donde tiene que estar puesta nuestra mirada: Cristo, y este crucificado por el perdón de tus pecados. Porque cuando lo vemos a Él transitar el camino de la cruz, recordamos que esforzarse por hacer el bien y seguir los caminos del Señor siempre vale la pena, siempre conlleva su buena recompensa, así seamos dos o tres. Los malvados también tendrán su recompensa. Dios tenga piedad de ellos y de nosotros. Amén.

Padre bondadoso, concédenos por tu gran amor que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos y mayormente a los de la familia de la fe. En el nombre de Jesús. Amén.

(Y si vivimos – HL #904, estr.3)

En esta vida, fruto hemos de dar.
Las obras buenas son para ofrendar.
Ya sea que demos o que recibamos,
Somos del Señor, somos del Señor.

18 de julio

Texto: Gálatas 6:11

Un gesto de amor

“Mirad con cuán grandes letras os escribo de mi propia mano” (Gálatas 6:11).

Un detalle que no todos conocen sobre las cartas o epístolas bíblicas es que sus autores no las escribían personalmente, sino que, usualmente, dictaban para que otro las escribiera. Al final, solamente ponían la firma y quizás alguna dedicatoria. Este es el caso de la gran mayoría de las cartas de San Pablo, a excepción de esta, donde explícitamente el apóstol declara que fue escrita de su puño y letra. A pesar de que los cristianos gálatas se habían apartado de las enseñanzas del apóstol, con este gesto él demuestra una iniciativa de acercamiento, demostrándoles que, a pesar de todo, realmente le importaban y quería recuperarlos.

Vemos aquí en este gesto una actitud muy cristiana y pastoral, una que toma la iniciativa para amar al otro, una que demuestra interés aun por aquellos que lo habían despreciado. Este es el obrar cristiano porque es el obrar que viene de Dios, quien, en su misericordia, tomó la iniciativa de venir a salvarnos aun cuando estábamos en actitud de rebeldía contra Él. Y tan grande es su amor que no mandó a otros a salvarnos, sino que Él mismo descendió del cielo y nos salvó a través de la persona de su Hijo, perdonándonos nuestros pecados. ¿No deberíamos hacer lo mismo para reconciliarnos con aquellos de quienes estamos distanciados?

Padre bondadoso, infunde en nosotros ese mismo amor entrañable que tienes como buen Pastor por todas tus ovejas, de manera que siempre tomemos la iniciativa en búsqueda de reconciliación con nuestros semejantes. En el nombre de Jesús. Amén.

(Como ovejas celebramos – HL #868, estr.2)

Por los montes y desiertos
Nos buscaste con fervor
Al buen prado a apacentarnos
Nos llevaste con tu amor
Para ser de tu rebaño
Nos guiaste buen Pastor.

19 de julio

Texto: Gálatas 6:12-16

La Cruz como única jactancia

“Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo” (Gálatas 6:14).

¿Qué cosas son las que te enorgullecen de tu iglesia? El número de personas de tu congregación, las grandes obras que realizan, quizás el tener un bonito templo o músicos muy talentosos o, por qué no, un pastor carismático y trabajador, con una familia ejemplar, un grupo de damas muy dedicadas o caballeros consagrados, muchos jóvenes y niños. Usualmente, quienes gozan de estos dones suelen jactarse por ello. Pero, a decir verdad, en cuanto a la jactancia, incluso todo eso es vanidad. En este sentido, no es menos una iglesia pequeña que canta desafinado que aquella gran comunidad que tiene un coro reconocido en la ciudad. Porque, ante los ojos de Dios, el único sacrificio y ofrenda agradable es aquel que su Hijo Jesús realizó en la cruz del Calvario.

Ni siquiera San Pablo —quizás el más reconocido misionero de todos los tiempos— se jacta de sus propias obras, sino solo de la cruz de Cristo, es decir, sus padecimientos, aquellos que hoy viven en carne propia los que son suyos, su propia iglesia. Jactarse en el Señor es padecer con orgullo los ataques del mundo y de Satanás, sabiendo que el pueblo de Dios es privilegiado por experimentar —aunque sea una pequeña parte— lo que su Señor vivió mientras obró nuestra salvación para perdonarnos y hacernos de Él.

Padre bondadoso, nos concedes —por gracia— la dicha de ser tu pueblo. Aleja de nosotros todo orgullo humano, para que nuestra jactancia esté solo en la cruz de Cristo, nuestro Señor. En Su nombre oramos. Amén.

(No habré de gloriarme – HL #902, estr.1)

No habré de gloriarme, jamás, ¡oh, Dios mío!
De aquellos deberes que un día cumplí;
Mi gloria era vana, tan solo confío
En Cristo y su sangre, vertida por mí.

20 de julio

Texto: Efesios 1:1-2

Hasta un niño pequeño lo sabe

“Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, a los santos y fieles en Cristo Jesús que están en Éfeso” (Efesios 1:1).

La iglesia es el pueblo de Dios que trasciende los tiempos y las edades. Una congregación es una porción de este pueblo que se reúne en un determinado tiempo y lugar. Por ejemplo, la congregación de Éfeso, en Asia Menor, a la cual el apóstol escribe esta carta. Como parte de la una y santa iglesia, una congregación está compuesta por *“santos y fieles”*, es decir, pecadores que han sido limpiados por su fe en Cristo. Son *“santos”* porque han sido purificados por el derramamiento de la sangre del Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Son *“fieles”* porque tienen fe en este mismo Cristo, confían en que Él murió para la salvación de todos y que ellos son parte de ese todos.

Aunque la iglesia está compuesta por puros santos, en una congregación puede haber algunos que no son de la iglesia, cabras en lugar de ovejas. Es por esto que la filiación a una congregación no te hace parte de la santa y verdadera iglesia de Cristo, sino que esto es obra del Bautismo. Así también, ¿quién podría jactarse de ser miembro de la iglesia sin congregarse? Porque la fe verdadera busca estar en comunión con su Señor. Después de todo, como dice Lutero, hasta un niño sabe quiénes son la iglesia, aquellos que, entre otras cosas, cada domingo se reúnen a escuchar la Palabra y recibir el perdón de sus pecados.

Padre bondadoso, por el Bautismo conviertes a pecadores en santos y fieles. Concédenos el buscar siempre Tu Palabra y Sacramento, así estaremos firmes en Cristo. Por Jesús, tu Hijo. Amén.

(Sobre la Roca firme está – HL #834, estr.3)

Piedras vivientes somos ya
De Dios morada habitable
Pues por la gracia bautismal
Nos hizo a Él aceptables.
Si en su nombre uno o dos
Juntos invocan a una voz,
Se mostrará favorable.

21 de julio

Texto: Efesios 1:1-2

Más que un simple saludo

“Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo” (Efesios 1:2).

El saludo apostólico que usualmente aparece al principio de cada epístola no es una mera formalidad, sino que describe la realidad de la relación entre el apóstol y la congregación, o, mejor aún, entre Cristo y la iglesia. Su uso proviene del saludo hebreo *“shalom”*, por medio del cual Dios llena de paz a los que se congregan ante su presencia, así como hizo Cristo mismo con sus discípulos (Jn 20:19-23). Es también una confesión de la fe, que establece el vínculo entre Dios Padre y su iglesia por medio de Cristo, quien se hace presente para perdonarte a ti para que tengas paz con tu Padre celestial. El saludo apostólico, aunque en español puede malinterpretarse como una declaración de buenos deseos, es en realidad algo performativo: un saludo que entrega algo junto con las palabras. Esto quiere decir que estas palabras dadas por el apóstol a esta congregación tienen el agregado nada menos que de la presencia de Dios en ellas, por el poder y obrar del Espíritu Santo.

Esta práctica bíblica se ha conservado en el Servicio Divino y la podrás escuchar cada vez que el pastor dice: *“El Señor sea con ustedes”* y la congregación responde: *“y con tu espíritu”*. Allí reconocemos que el ministro no habla representándose a sí mismo, sino en lugar y por mandato de Cristo. Es un reconocimiento del ministro llamado y ordenado, y que, por tanto, da seguridad a la congregación reunida de que quien les habla viene de parte del Señor.

Padre bondadoso, que no dejas nada librado al azar, concédenos el poder vivir en esa gracia y paz que nos entregas a través del saludo apostólico, de manera que seamos de bendición también a los que nos rodean. Por Jesús, tu Hijo. Amén.

(Ante la presencia – HL #615, estr.1)

Ante la presencia de Dios adoremos
Con temor y reverencia;
Dios está en su templo, calle toda lengua
adorémosle en silencio.
Solo a Dios, alabad;
Solo al Dios eterno; Alabad su nombre.

22 de julio

Texto: Efesios 2:1-10

El artículo principal de nuestra fe

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios” (Efesios 2:8).

“Somos justificados por gracia, por causa de Cristo, mediante la fe”, rezan los versos del artículo IV de la Confesión de Augsburgo, para muchos *“la médula misma”* de nuestra fe. Y es que, en verdad, esta es la doctrina fundamental que atraviesa todas las cartas de San Pablo a las iglesias y el corazón del Evangelio mismo: que somos salvos porque Dios nos salva, y no nosotros. Y no es que Dios haya hecho parte del trabajo y ahora nos toca a nosotros la última parte, sino que, cuando decimos que lo ha hecho todo, lo ha hecho todo. Y es que incluso nuestras buenas obras fueron preparadas de antemano por Dios para que andemos en ellas (v.10).

Dios ha tomado la iniciativa de salvarnos; ha enviado a su Hijo para morir por nosotros, cumpliendo la ley en nuestro lugar, perdonándonos nuestros pecados. Además, el Espíritu Santo nos da la fe que salva porque se apropia de los méritos de Cristo ¡y todo esto solo puede producir una cosa: buenas obras! Por si esto fuera poco, Dios mismo nos ha incorporado a la iglesia —su pueblo santo— por la gracia bautismal. De manera que Cristo es don, la fe es don, las buenas obras son dones, hasta ser parte de la iglesia y permanecer en ella es un don de Dios. Y, justamente, porque son dones de Dios, es que son perfectos y consoladores.

Padre santo, te alabamos porque todo lo que haces es perfecto. Porque has hecho que aquellos que antes servían al pecado ahora puedan servir en santidad. Por Jesús, tu Hijo. Amén.

(Por gracia sola – HL #809, estr.2)

Por gracia sola sin tu empeño
Tus propias obras nada son
De gracia Dios dejó su trono
Murió por nuestra redención.
¿Qué nos ganó su muerte cruel?
¡La vida eterna junto a Él!

23 de julio

Texto: Efesios 2:11-22

Una guerra sin sentido

“Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo” (Efesios 2:13).

Bien sabido es que hay una guerra en medio oriente entre Israel y Palestina por la soberanía sobre la ciudad de Jerusalén. Esto se trata principalmente de un conflicto religioso, y no solo de judíos contra palestinos (o viceversa), sino que incluso hay muchos *“cristianos”* que gastan grandes sumas de dinero en esta causa. Parece que ninguno de ellos ha leído las cartas de Pablo, o lo ha hecho y ha rechazado su enseñanza. Porque, a la luz de la Palabra de Dios y desde el punto de vista de la fe, esta guerra carece de sentido.

En nuestro texto, el apóstol habla justamente sobre *“la ciudadanía de Israel”* y de cómo en la paz de Cristo no tiene sentido pelear. Porque esta ciudadanía no está determinada por el territorio que ocupas, ni siquiera por quiénes son tus padres, ni por cuáles fueron tus antepasados. La ciudadanía en Israel, entendido como el pueblo de Dios, se da por la filiación a Cristo. Y la verdadera Jerusalén no es otra que la iglesia. Después de todo, así como Abraham lo fue, todos somos extranjeros ante los ojos de Dios por causa del pecado. Pero, por la fe, somos perdonados en el Bautismo y adoptados como conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios (v. 19) y formamos parte de la Jerusalén celestial (la que en verdad importa). Todo lo demás es cosa humana.

Padre santo, Tú has abierto las puertas de tu reino a quienes vagábamos errantes por causa del pecado. Concédenos luchar por la ciudadanía que en verdad vale la pena: la de ser parte de la iglesia. Por Jesús, tu Hijo. Amén.

(¡Oh, Sión! ven ya – HL #1018, estr.1)

¡Oh, Sión! Ven ya, Tu gran misión completa
Di por doquier que Dios es luz y amor
Que el Creador de todas las naciones
Ofrece a todos su inefable amor.
*Canta las nuevas, nuevas de amor,
Nuevas de Cristo, de paz y redención.*

24 de julio

Texto: Efesios 3:1-13

¡A no desanimarse!

“por lo cual pido que no desmayéis a causa de mis tribulaciones por vosotros, las cuales son vuestra gloria.” (Efesios 3:13).

El apóstol nos mueve con una de las exhortaciones más difíciles de asimilar para cualquier cristiano, porque se trata de nada menos que entender la vida cristiana como una que se vive bajo la cruz. Pablo no reniega de las dificultades que le toca afrontar por causa de la predicación del Evangelio, al contrario, enseña que su sufrimiento (en este caso, la prisión) es para el bien de los gentiles. Además, por si alguien llegara a pensar que su padecer fue un desliz o algo que podría haberse evitado, deja en claro que todo esto es en verdad parte del plan de Dios.

Porque, así como Dios planeó desde el principio nuestra salvación por medio de la cruz de Cristo, así también los sufrimientos de los ministros de la iglesia –y de la iglesia misma– son parte del plan de Dios para llevar a cabo algo mucho más grande: la salvación de aquellos que están lejos de Él. Dios tiene un propósito eterno, que es salvar a los pecadores por medio de Cristo, y quienes viven en Cristo por el Bautismo, y más aún aquellos que enseñan en su Nombre, solo pueden servir y dar fruto siguiendo los pasos de su Señor ¡y hasta esto es un don de Dios, del cual podemos gloriarnos, por medio de la fe en Él!

Padre santo, desde el principio has dispuesto a la cruz de tu Hijo como el medio por el cuál toda la iglesia sería salva; concédenos ahora el poder vivir nuestras cruces, no como un símbolo de derrota, sino como uno de victoria sobre nuestros enemigos. Por Jesús, tu Hijo. Amén.

(Divino Salvador – HL #870, estr.3)

La senda al recorrer,
oscura y de dolor:
Tú me guiarás.
Así tendré valor.
Así podré vivir.
Así podré morir,
en dulce paz.

25 de julio

Texto: Efesios 3:20-21

Confiando en Aquel que todo lo puede

“Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos...” (Efesios 3:20a).

Todos en la vida pasamos por tiempos de prueba y, ciertamente, ser cristiano no nos hace inmunes a los problemas. Al contrario, pareciera que a veces comienzan a llegar más seguido. La fe no afecta tanto a las circunstancias externas, pero sí ofrece una seguridad interna. Esto que el apóstol trae aquí nos remite a aquella vez en que Jesús dormía mientras los discípulos luchaban para mantener su barca a flote en medio de la tempestad: si fuera por ellos, aunque lucharan con todas sus fuerzas, se hundirían. Porque ellos, más que pedir al Señor que los salve, le reclaman porque no hacía nada ante su perecer (Mt 8:23-27). Así somos cuando nos dejamos llevar por nuestra razón y nuestros sentimientos.

A diferencia de éstos, la fe sabe que, en medio de toda tribulación, solo basta con pedir a Dios humildemente que venga en nuestra ayuda. Porque la fe sabe que Dios no solo puede, sino que, además, ya nos salvó en la cruz, perdonándonos nuestros pecados, y quiere auxiliarnos en nuestra necesidad. Y más aún, sabe que Dios incluso puede responder a nuestra necesidad incluso superando nuestras expectativas y entendimiento. Por esta razón Pablo alaba a Dios, porque Él cuida y bendice a su iglesia mucho más allá de sus expectativas, y ciertamente puede librarla y levantarla, aunque su futuro pendiera de un hilo.

Padre amoroso, nos has prometido escuchar nuestros clamores y respondernos de manera favorable por causa de Cristo. Concede a tu iglesia corazones creyentes que te invoquen con certeza en todo tiempo de necesidad. Por Jesús, tu Hijo. Amén.

(¡Oh, qué amigo nos es Cristo! – HL #880, estr.2)

¿Vives débil y cargado de cuidados y temor?
A Jesús, refugio eterno, dile todo en oración.
¿Te desprecian tus amigos? Dilo a Cristo en oración.
En sus brazos gozo tierno, hallará tu corazón.

26 de julio

Texto: Efesios 5:1-6

No nos dejemos engañar

“Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios” (Efesios 5:5).

Muchos no entienden por qué somos una iglesia de comunión cerrada, que no ofrece el sacramento a quien no haya sido previamente examinado y absuelto. De afuera se ve como una postura contraria al amor de Dios. Dicen: *“¡No entiendo por qué el pastor no me admite a la Santa Cena y sí admite al otro!”*, o, *“¡Cómo se atreve el pastor a decir que tengo que hacer catequesis si llevo tantos años en la iglesia!”*. Partiendo del hecho de que el renegar de la disciplina pastoral es un claro síntoma de impenitencia, cada vez que el pastor me priva de participar en el sacramento por estar viviendo en concubinato, o por causa de mi negación a reconocer cualquier tipo de pecado, no está odiándome, sino cuidándome. Porque quien participa de las cosas santas en impenitencia recibe condenación (1Co 11:29).

Los hijos de la luz no desprecian la disciplina, mucho menos la catequesis, que es Dios alumbrándonos con su Palabra, sino que la reciben con gusto, puesto que saben que, aunque es dolorosa a la carne, es para su bien. Los falsos pastores dicen a los que viven en pecado que *“todo está bien”* cuando en realidad no lo está (Jer 23:16-17). A estos les espera un terrible juicio. Los fieles siervos de Dios son aquellos que hacen lo que tienen que hacer: llaman a los pecadores al arrepentimiento y a la fe en Cristo Jesús (Mr 1:15) para que sean salvos. ¡Y los fieles feligreses son aquellos que aceptan la corrección de la Palabra del Señor y reciben pleno perdón y comunión con el Padre a través de la reconciliación que Jesús nos da!

Padre amoroso, líbranos de ser engañados por vanidades y acarreemos así tu ira sobre nosotros. Al contrario, que cada vez que seamos disciplinados, recibamos la reprensión con gusto, sabiendo que es para nuestro bien y salvación. Por Jesús, tu Hijo. Amén.

(¡Oh, buen Jesús! – HL #727, estr.3)

Indigno soy de ser tu convidado
De recibir la Santa Comunión
Jesús que ves mi nada y mi pecado:
Prepara Tú mi pobre corazón,
Prepara Tú mi pobre corazón.

27 de julio

Texto: Efesios 5:15-20

El tesoro olvidado

“...hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones” (Efesios 5:19).

¿Cuántos de nosotros tenemos la Palabra presente en nuestro día a día? Y no hablamos solamente de escuchar la predicación cada domingo. Dando por sentado que un cristiano verdadero lo hace, el apóstol nos recuerda que la Palabra de Dios es un “cofre de tesoro”, del cual podemos abrir y sacar una joyita nueva cada día. Día a día tenemos problemas, alegrías, tristezas, celebraciones. ¡Para cada uno de estos momentos existe una porción apropiada de la Palabra de Dios! ¡Y qué decir de los himnos!

A veces nos preguntamos por qué desmayamos tan fácilmente o por qué no encontramos las palabras que nos ayuden en una determinada situación. Y es porque simplemente no tenemos a Dios tan presente en nuestras vidas como debiéramos. En el Himnario Luterano tenemos cientos de himnos para toda ocasión, y si no sabemos cantarlos, tenemos muchas herramientas a nuestro alcance que nos ayudan a cantarlos. ¿Cuál es tu himno favorito cuando estás alegre? ¿Cuál es el que trae más consuelo ante la adversidad? ¿Cuál es aquel que quisieras aprender a cantar? ¿Cuál es aquel que sabes de memoria? ¡Todos deberíamos poder responder a estas simples preguntas! Gracias a Dios que recursos no nos faltan, y si algo nos faltare ¡pidámoselo a Aquel que quiere darnos lo bueno! La iglesia canta porque su fe también se fortalece y su corazón se moldea a imagen de Jesús cada vez que cantamos la Palabra de Dios. La palabra cantada nos trae a Cristo mismo, quien nos acuerda que en nuestro Bautismo Él es nuestro, su perdón Él nos ha dado, somos de Él.

Padre amoroso, nos has dado tu Palabra para oírla y también nos concedes el privilegio de creer en ella y cantarla. Concédenos la dicha de cantarte y alabarte en cada momento de nuestra vida. Por Jesús, tu Hijo. Amén.

(Cantad cristianos por doquier – HL #803, estr.1)

Cantad cristianos por doquier,
Con dulce melodía.
Load al Dios de gran poder,
Saltando de alegría.
Al don precioso que nos dio
Cuando a gran precio nos compró
A voces celebremos.

28 de julio

Texto: Efesios 5:21-33

El gran misterio

“Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia” (Efesios 5:32).

El mundo de hoy está perdido. Lo está porque se deja guiar por doctrinas humanas, porque se mueve impulsado por un corazón corrupto. Una de las grandes mentiras populares: el hombre y la mujer son iguales. Es más, haber nacido hombre o mujer no significa nada porque en verdad tú decides lo que quieres ser, firma: Satanás. El diablo siempre se muestra innovador, como aquel que tiene las soluciones a todos los problemas. *“La solución al machismo es el feminismo”*. Es como decir que para arreglar una rueda pinchada basta con cambiarla de lugar con la otra que, por cierto, también está pinchada. Queriendo ofrecer una solución novedosa, vuelve a caer en lo mismo de siempre: ir en contra de la Palabra de Dios.

El Señor dijo: *“Varón y mujer los creó”*, diferentes, para ir juntos y complementarse: *“serán una sola carne”* (Mt 19). En esta relación, no son *“iguales”*, sino que cada uno tiene características, roles y capacidades diferentes. Pero hay una cosa en la que se igualan: ambos son pecadores naturalmente ante los ojos de Dios y objetos de su amor. También es cierto que delante del Señor ambos son iguales, pues tienen el perdón de Cristo que los cubre. Sin embargo, relacionados el uno con el otro, el esposo tiene autoridad sobre la mujer. Pero en esa autoridad él debe servirla, así como Cristo, siendo Señor de la iglesia, la sirvió hasta la muerte. Así también, la iglesia, en retribución a este amor, ama a su esposo, Cristo, y le trata como su Señor. Así también las esposas deben honrar a sus esposos, no como a iguales, sino como al Señor. ¡Gran misterio! Pero aún lo misterioso de Dios es mejor que cualquier mentira del diablo.

Padre amoroso, nos has amado con el amor sacrificial más sublime: concede a los esposos amar a sus esposas como Cristo a su iglesia, y a las esposas honrarlos como al Señor. Por Jesús, tu Hijo. Amén.

(Bendita casa – HL #1022, estr.2)

Bendita casa do mujer y esposo
Estrechan en tu amor su dulce unión
Acordes en espíritu piadoso
¡Gozándose en la misma salvación!

29 de julio

Texto: Filipenses 1:1-2

Conociendo mejor la iglesia

“Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo, a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos, con los obispos y diáconos” (Filipenses 1:1).

Pablo escribe a la congregación de Filipos como su padre espiritual (posiblemente la fundó unos 10 años antes de escribir la carta, durante su segundo viaje misionero). Como apóstol, Pablo ocupa el lugar más alto de autoridad. Por su parte, Timoteo era evangelista, es decir, funcionaba como brazo derecho del apóstol y usualmente lo representaba ante las diferentes congregaciones. Tanto uno como otro viajaban como supervisores de las iglesias, preparando, examinando y estableciendo ministros para que pastorearan a las congregaciones.

Pablo era apóstol de los no judíos, por eso, sus viajes lo llevaron a Asia Menor y Europa, lejos de Jerusalén, donde el obispo era Santiago. La mención de Timoteo en el saludo del apóstol tiene el objetivo de preparar a la congregación para que lo reciban de buena gana (v.19-24). Saluda a los *“santos en Cristo Jesús”*, que era la forma de referirse a los miembros bautizados de la iglesia. Hace lo propio con los obispos y diáconos, dando nota de que, con el tiempo, ya se habían organizado como comunidad. Porque el orden en la iglesia es importante, sobre todo para que la sana doctrina sea preservada en las comunidades. Finalmente, leemos que el apóstol utiliza las palabras *“gracia y paz”* porque, a diferencia del típico saludo romano *“salud”*, el ministro de Dios tenía algo mejor para entregarle a su querida iglesia: el Evangelio salvador, que te perdona tus pecados.

Padre todopoderoso, a través de las autoridades eclesiásticas tú velas para que la doctrina que recibimos sea la que corresponda con tu santo Evangelio de salvación; concédeles fidelidad y humildad para que cumplan con este rol según tu santa voluntad. Por Jesús, tu Hijo. Amén.

(Te alabamos, Señor, sin cesar – HL #561, estr.11)

Bendito seas, piadoso Señor,
A Saulo nombre le diste en amor;
De la ceguera, lo fuiste a librar,
Pablo a gentiles te fue a predicar

30 de julio

Texto: Colosenses 1:3-14

Cuidando a las ovejas, de lejos y de cerca

“Siempre orando por vosotros, damos gracias a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, habiendo oído de vuestra fe en Cristo Jesús” (Colosenses 1:3-4a).

La función de Pablo como apóstol implicaba que debía viajar mucho, sembrar iglesias y luego dejarlas al cuidado de otros. Esto hacía que quizás muchos hubieran oído hablar de él, pero no lo conocieran personalmente. Ahora bien, aunque Pablo hubiera tenido que alejarse, no significaba que se olvidara de ellos. Muy por el contrario, como buen pastor, siempre tenía presentes a sus ovejas en sus oraciones y, además de esto, también escribía y preguntaba a los pastores locales para saber cómo estaban.

En esta carta, Pablo primero da gracias a Dios porque estos hermanos han recibido el Evangelio con fe y esperanza, por el trabajo del pastor Epafras (de quien recibía la información), y por los frutos que estaban produciendo. En segundo lugar, les recuerda en quién han creído y quién es el fundamento de su fe: Jesucristo, el Hijo de Dios, y Dios por completo. En tercer lugar, les hace notar aquello que lo tiene preocupado: la falsa doctrina que llama *“filosofías y huecas sutilezas, tradiciones de hombres, rudimentos del mundo”* (2:8) y que estaba al acecho en aquella región. Finalmente, les vuelve a recordar los principios de la fe (podemos decir que vuelve al Catecismo) y enfoca a los cristianos en vivir su vida de manera ordenada, guiados por la Palabra de Dios y no por las pasiones de este mundo. Porque cuando los pastores y las ovejas sirven a la voluntad de Dios, haciendo lo propio de sus vocaciones, todo mejora.

Padre todopoderoso, el apóstol Pablo nos ha dejado un ejemplo que nos llama a estar firmes en Cristo. Concédenos que siempre estemos atentos a toda doctrina perjudicial. Por Jesús, tu Hijo. Amén.

(Te alabamos, Señor, sin cesar – HL #561, estr.18)

Muchos judíos por Pedro, Señor,
De Ti escucharon, de tu gran amor;
Y los gentiles, por Pablo también,
Gracia encontraron en Ti, sumo Bien.

31 de julio

Texto: Colosenses 4:7-18

Salutaciones finales

“Tíquico... Onésimo.. Aristarco... Marcos... Jesús... Epafras... Lucas... Demas... Ninfas... Arquipo...”
(Colosenses 4:7-17).

Cada congregación tiene sus personajes: doña María, la señora que ha estado antes que todos y que no falta ningún domingo al servicio; don Juan, el tesorero, que lleva las cuentas de manera ordenada y a veces tiene que frenar los impulsos de Carlos, el presidente, que todo el tiempo piensa en cómo mejorar las instalaciones de la iglesia; don Claudio, el cocinero, el que hace los mejores asados; las hermanas Rosita y Nalda, que llevan adelante el grupo de damas con gran motivación; Luis, el líder del grupo de jóvenes con sus ideas locas; Emanuel, Priscilla y David, los niños inquietos que alegran y dan vida a la comunidad ¡Qué lindo es cuando en la iglesia cada uno cumple y aporta con una determinada función!

Al cierre de su carta, vemos cómo Pablo menciona por nombre a todos aquellos que lo acompañan en su misión, así como a los miembros de la congregación a quienes les escribe. Porque ponerles nombre a las cosas las hace más significativas, les da un valor agregado. Así ha hecho Dios con nosotros por medio del Bautismo, nos llamó por nuestro nombre, perdonó nuestros pecados y nos hizo sus hijos, nos inscribió en el libro de la vida, y cuando llegue el gran día, con gran gozo diremos “presente” en el cielo todos los que fuimos parte de su iglesia aquí en la tierra.

Padre eterno, nos has dado un nombre en el cual podemos creer para la vida eterna: Jesucristo. Además, nos has adoptado por nombre por medio del bautismo. Concédenos, por Jesús, que el mismo sea preservado hasta la eternidad junto a ti. Amén.

(Yo solo espero ese día – HL #554, estr.2)

Ya no me importa que el mundo
Me desprecie por doquier
Ya no soy más de este mundo
Soy del reino celestial
Yo solo espero ese día
Cuando me levantaré
De la tumba fría a un cuerpo inmortal.
De la tumba fría a un cuerpo inmortal.

AGOSTO

El texto bíblico y la meditación

1 de agosto

Texto: 1 Samuel 1:1-20

Del dolor a la promesa

Y Elcana su marido le dijo: “Ana, ¿por qué lloras? ¿por qué no comes? ¿y por qué está afligido tu corazón? ¿No te soy yo mejor que diez hijos?” (1 Samuel 1:8).

El dolor de Ana era palpable. Su vientre estéril no era solo una aflicción física, sino una herida profunda en su alma, reflejo de la esterilidad espiritual de su pueblo, Israel. Fue en esa desesperación donde su fe se hizo más fuerte, y en su amargura, derramó su corazón ante Dios, entregándole su dolor y su anhelo. A lo largo del Antiguo Testamento, Dios usó la esterilidad de Sara, Rebeca y Raquel para mostrar que la vida viene por su gracia, no por el poder humano. La historia de Ana nos enseña que Dios puede tomar lo que parece sin vida y transformarlo en algo que da vida. Su hijo Samuel, cuyo nombre significa *“pedido a Dios”*, fue un don de la gracia divina, un siervo fiel que se levantó para guiar a su pueblo.

Esta promesa se cumple de manera sublime en el Nuevo Testamento. A través del ángel Gabriel, Dios se acerca a María, una virgen *“estéril”* en cierto sentido, y la llena con el Espíritu Santo. De ella nació Jesucristo, la vida misma, Aquel que, de la muerte misma, nos trae perdón y vida nueva. Así como Dios *“abrió el vientre”* de Ana, trajo a Cristo de una situación humanamente estéril. Ambas historias nos revelan una misma verdad: la vida verdadera no nace de la perfección humana, sino de la gracia soberana de Dios.

Padre celestial, te damos gracias por tu gracia que obra en nuestras vidas. En nuestras propias “esterilidades”, ayúdanos a confiar en que tú tienes el poder para traer vida de la muerte, y para cumplir tus promesas en nosotros. En el nombre de Jesús. Amén.

(¡Hosanna al buen Señor Jesús! – HL #376, estr.3)

¡Oh, Ven a nos, Jesús, Señor!,
Promesa Tú del Dios de amor;
Habita en nuestro corazón
Concédenos tu bendición.

2 de agosto

Texto: 1 Samuel 1:21-28

La voz del canto y la voz del sacerdocio

Pero Ana no subió, sino dijo a su marido: Yo no subiré hasta que el niño sea destetado, para que lo lleve y sea presentado delante de Jehová, y se quede allá para siempre (1 Samuel 1:22).

Después de la respuesta de Dios, Ana, sin aferrarse a su hijo, honró su promesa con obediencia. Su entrega no fue un sacrificio triste, sino un acto de fe gozoso. Al llevar a Samuel al templo, su corazón se desbordó en un canto de alabanza, un “*Magnificat*” que celebra la justicia de Dios, quien derriba a los orgullosos y exalta a los humildes. Esta canción fue una profecía temprana de Cristo, el verdadero rey que humillaría a los poderosos para salvar a los oprimidos. Mientras la fe de Ana resonaba, la conducta de los hijos de Elí era la del desprecio. Ellos, que debían servir a Dios, robaban de los sacrificios. Sin embargo, la historia nos enseña que el poder de la gracia de Dios no depende de la santidad de los ministros. Él usa los medios humildes, como su Palabra, que ha instituido, para cumplir su promesa.

Este contraste es una lección poderosa. La verdadera devoción no se encuentra en una posición religiosa, sino en un corazón humilde y agradecido en respuesta a la Palabra de Dios. La fe de Ana, una mujer común, honró a Dios más que el sacerdocio corrupto, demostrando que la salvación es un don de Dios, no un logro humano. En última instancia, esta es la historia de Cristo, el verdadero Sumo Sacerdote, quien nos rescata de nuestra propia corrupción y nos da un nuevo canto de salvación.

Señor, gracias por tu gracia que no depende de nuestros méritos. Humilla nuestro orgullo y danos un corazón agradecido, capaz de cantarte con verdadera fe por la salvación que tú nos ha ganado. En el nombre de Jesús. Amén.

(Magnificat – HL #259, estr.3)

Derribó a los potentados de sus tronos

Ensalzó a los humildes y a los pobres.

Los hambrientos se saciaron de sus bienes

Y alejó de sí vacíos a los ricos.

3 de agosto

Texto: 1 Samuel 2:18-36

El Contraste de la Gracia

“Y yo me suscitaré un sacerdote fiel, que haga conforme a mi corazón y a mi alma; y yo le edificaré casa firme, y andará delante de mi ungido todos los días.” (1 Samuel 2:35).

En este pasaje, la Ley de Dios es clara. La historia contrasta el corazón obediente del niño Samuel con la total corrupción de los hijos de Elí, quienes profanaban lo santo. Ellos, que debían servir a Dios, revelan la verdad más profunda sobre la condición humana: no somos capaces de servirle por nuestros propios medios. Nuestra piedad es insuficiente y nuestro pecado, incluso en las más altas posiciones, deshonra a Dios. Sin embargo, en medio de este juicio, brilla el Evangelio. A través de un profeta anónimo, Dios anuncia una promesa asombrosa: *“Me levantaré un sacerdote fiel”*. Esta promesa no podía cumplirse ni en Samuel ni en ningún ser humano. Apuntaba directamente a Aquel que sí sería perfectamente fiel: Jesucristo. Él sería el sacerdote que haría la voluntad de Dios en su corazón y en su alma.

A diferencia de los sacerdotes corruptos, Cristo no deshonró los sacrificios, sino que se ofreció a sí mismo como el sacrificio perfecto. Él sería el verdadero sumo Sacerdote, sin pecado ni mancha. Nuestra salvación no depende de la santidad de un ministro ni de nuestras propias obras, sino de la fidelidad inquebrantable de Cristo. Él es nuestra única esperanza.

Señor, gracias por tu gracia que nos salva de nuestra corrupción. Te damos gracias por la fidelidad de Cristo, nuestro sumo Sacerdote. Por Su sacrificio, nos acercamos a ti con confianza. En Su nombre. Amén.

(Venid tomad – HL #725, estr.1)
Venid, tomad el cuerpo del Señor,
Bebed la sangre que en la cruz vertió:
Quién se ofreció por todos en común,
La víctima es y el sacerdote aún.

4 de agosto

Texto: 1 Samuel 3:1-21

Habla, Señor, porque tu siervo oye

“Y vino Jehová y se paró, y llamó como las otras veces: ¡Samuel, Samuel! Entonces Samuel dijo: Habla, porque tu siervo oye” (1 Samuel 3:10).

En un tiempo de silencio espiritual, en el que *“la palabra de Jehová escaseaba”*, Dios rompe el silencio. No habla a Elí, el sumo sacerdote, sino a un niño humilde. La voz de Dios no busca a los poderosos ni a los sabios, sino a los que tienen un corazón dispuesto. Samuel, sin experiencia, aprende a distinguir la voz de Dios con la ayuda de Elí, y su respuesta es un modelo de fe: *“Habla, porque tu siervo oye”*. La primera palabra que Samuel oye es la Ley de Dios: un juicio severo sobre el pecado de Elí y su casa. Es una palabra que no se puede expiar con sacrificios. Esta verdad nos recuerda que la Ley revela nuestra incapacidad para agradar a Dios y el juicio que merecemos. Sin embargo, en medio del juicio, la voz de Dios es un acto de pura gracia. Dios mismo se revela y elige a un nuevo profeta.

Este llamado de Samuel prefigura a Cristo. Los sacerdotes terrenales no escucharon a Dios, pero Cristo es el Verbo encarnado, la Palabra viva que nos da un corazón que oye. Solo por el poder de Su Espíritu podemos responder con fe: *“Habla, Señor, porque tu siervo oye”*. Solo Él puede cumplir la Ley y liberarnos de su condenación. Nuestra fe no se basa en lo que hacemos por Él, sino en lo que Él ha hecho por nosotros.

Padre celestial, gracias por romper el silencio con tu Palabra. Danos un corazón dispuesto a oír tu voz y a confiar en tu gracia. En el nombre de Jesús. Amén.

(Habla Señor – HL #664)

Habla Señor, que escucha tu siervo.

Habla Señor, que escucha tu siervo.

Tú tienes palabras de vida eterna.

Habla Señor, que escucha tu pueblo.

5 de agosto

Texto: 1 Samuel 4:1-24

La Gloria se ha Ido

Dijo, pues: “Traspasada es la gloria de Israel; porque ha sido tomada el arca de Dios” (1 Samuel 4:22).

En un tiempo de crisis, Israel cometió un error fatal: en lugar de confiar en Dios, confió en un objeto sagrado. El arca del pacto se había convertido en un amuleto, un ídolo. La derrota ante los filisteos fue la dura lección de la Ley de Dios: no podemos manipular a Dios ni Su presencia para nuestros propios fines. Los pecados del sacerdocio de Elí llevaron al juicio y, con el robo del arca, la gloria de Dios pareció desaparecer. En medio de esta tragedia, la nuera de Elí dio a luz a un hijo y lo llamó Icabod, que significa *“La gloria se ha ido”*. Este nombre trágico es una verdad dolorosa para nosotros: por nuestro pecado, merecemos estar separados de la presencia de Dios. Dice el apóstol Pablo: *“Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios”* (Ro 3:23).

Sin embargo, el nombre Icabod no es el final de la historia. El Evangelio nos revela que la gloria que se había ido volvería. La gloria de Dios no es una caja de madera, sino una persona: Jesucristo. Él es la gloria de Dios encarnada, el verdadero Templo en el que habita la presencia de Dios. Por su sacrificio, la gloria de Dios no solo ha vuelto, sino que habita en nosotros a través de nuestro Bautismo. En Él, no hay más *“Icabod”*, porque la promesa bautismal es, *“yo por mi parte estaré con ustedes hasta el fin del mundo”*.

Padre celestial, gracias porque en Cristo, la gloria que se había ido ha vuelto. Perdona nuestra idolatría y ayúdanos a confiar solo en Él, nuestro verdadero Templo. En el nombre de Jesús. Amén.

(Pequeñas flores – HL #564, estr.3)

Gloria a Jesús, el Verbo eterno,
Que se encarnó para morir
Naciendo de una virgen madre
Para asumir la humanidad.
Gloria a su Padre el Creador
Y al celestial Consolador

6 de agosto

Texto: 1 Samuel 5:1-6:3, 10-16

La victoria que nadie esperaba

“Y cuando al siguiente día los de Asdod se levantaron de mañana, he aquí Dagón postrado en tierra delante del arca de Jehová; y tomaron a Dagón y lo volvieron a su lugar” (1 Samuel 5:3).

Israel confió en un objeto, el arca, como un amuleto, y los filisteos, por su parte, creyeron que su dios Dagón había vencido a Jehová. La derrota fue la condena de Dios a toda idolatría. La lección es dura: no podemos manipular a Dios ni Su presencia para asegurar nuestra victoria. Pero el Evangelio irrumpe aquí. El arca, símbolo de Su presencia, no necesita defensores. Al entrar en el templo de Dagón, el ídolo cae dos veces, con su cabeza y sus manos cortadas. Esto es una victoria soberana, una demostración de que no hay poder ni sabiduría que pueda resistir al Dios verdadero.

Esta historia nos interpela hoy: ¿Cuáles son nuestros propios “*Dagones*”, que ponemos en el templo de nuestro corazón? ¿El trabajo, el dinero, la seguridad, la opinión de los demás? La presencia de Dios, revelada en Cristo, el arca viviente, entra en nuestra vida para ejecutar Su juicio sobre esos ídolos. Él no solo los postra, sino que los decapita. La “*gloria que se había ido*” (Icabod) ha regresado en Jesús a través de nuestro Bautismo. Él es el verdadero Templo donde la presencia de Dios habita, y ahora mora en nosotros por el pacto Bautismal. Por Él, a través de su Palabra, la presencia de Dios nos purifica, nos libera de la idolatría, y nos da un corazón que solo adora al Señor.

Padre Celestial, gracias porque, en nuestro Bautismo, Cristo ha vencido y mora en nuestro corazón, derribando nuestros ídolos. Ayúdanos a vivir en la libertad de tu gracia. En el nombre de Jesús. Amén.

(Venid humildemente – HL #383, estr.3)

Prepara en tu gracia,
Mi pobre corazón,
Que nada quiera y haga,
Contrario a tu amor;
¡Perdona mi maldad!
Ven hoy con tu presencia
Y sana las dolencias
De nuestra realidad.

7 de agosto

Texto: 1 Samuel 6:19 – 7:17

La piedra de ayuda inmerecida

“Tomó luego Samuel una piedra y la puso entre Mizpa y Sen, y le puso por nombre Eben-ezer, diciendo: Hasta aquí nos ayudó Jehová” (1 Samuel 7:12).

La santidad de Dios es un fuego. La Ley se manifestó en Beth-semes cuando los israelitas miraron el arca con irreverencia, muriendo por su pecado. Este castigo nos recuerda que, por nuestra cuenta, la pura presencia de Dios nos consume. No podemos acercarnos a Él con nuestra propia curiosidad o mérito; la Ley nos condena y revela que necesitamos un mediador. Tras veinte años de silencio y angustia, el profeta Samuel llama al pueblo a arrepentirse: un verdadero *“volver”* a Dios. En Mizpa, confiesan y dejan sus ídolos. Pero el mensaje del Evangelio no consiste en que su arrepentimiento les haya dado la victoria, sino en que Dios mismo se movió por su humilde clamor.

Cuando los filisteos atacan, Dios los derrota con un estruendo. La victoria es Suya. Samuel levanta un monumento y lo llama Eben-ezer (*“Piedra de Ayuda”*). Este nombre es una confesión luterana de fe: la ayuda no fue merecida; no fue militar; fue pura gracia. Hoy, nuestro Eben-ezer, nuestra Roca, es Cristo. No necesitamos una piedra ni un arca, porque nos ha dado el Bautismo y, por lo tanto, Él es la Ayuda Eterna. Él es la Propiciación que nos permite entrar en la presencia de Dios sin temor. Por Él, la Ley nos condena para que corramos al Evangelio y digamos: *“Hasta aquí nos ayudó Jehová, y Él nos llevará hasta el final”*.

Padre, gracias por ser nuestro Eben-ezer. Recuérdanos que toda nuestra ayuda viene de Cristo, nuestra roca. Que vivamos y caminemos por tu gracia. En el nombre de Jesús. Amén.

(Dios hasta aquí me acompañó – HL #574, estr.1)

Dios hasta aquí me acompañó
Con divinal cariño;
De noche y día me guardó
Cual tierno padre al niño.
Dios hasta aquí mi guía fue,
Fortaleció mi débil pie
Y me allanó el camino.

8 de agosto

Texto: 1 Samuel 8:1-22

El rey que demanda y el Rey que se entrega

“Y dijo Jehová a Samuel: Oye la voz del pueblo en todo lo que te digan; porque no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos” (1 Samuel 8:7).

El pueblo de Israel cometió un error grave: pidieron un rey para *"ser como todas las naciones"* y no porque Dios lo mandara. El profeta Samuel les advirtió sobre la Ley de un rey terrenal: él tomaría sus hijos para el ejército y sus cosechas para sí. El reino humano se trata de opresión y servidumbre. El verdadero problema no era político, sino de fe: estaban desechando a Dios como su gobernante directo. Sin embargo, aquí vemos la paciencia incomprensible de Dios. Aunque Israel pecó al rechazarlo, Dios permitió que siguieran su camino. ¿Por qué? Para que, al sufrir la opresión del rey humano, pudieran comprender que la verdadera liberación no viene de líderes, sistemas o ejércitos, sino sólo de Él.

Esta historia nos interpela hoy. A menudo, también nosotros desechamos a Dios cuando confiamos más en nuestras propias finanzas, planes o líderes humanos que en Su soberanía. Buscamos seguridad visible en lugar de la gracia invisible. Pero el Evangelio nos revela a Cristo, el Rey que no toma, sino que da. Él no nos convierte en siervos por la fuerza, sino que nos libera del yugo del pecado y nos da descanso. Él no nos exige tributo; Él nos da Su vida y Su justicia. Solo bajo Su reinado, a través de Su Palabra, encontramos la verdadera paz y la libertad.

Señor, perdónanos por las veces que buscamos líderes humanos o seguridades terrenales antes que a Ti. Recuérdanos que solo en Cristo encontramos al Rey que nos da todo, en lugar de quitarnos. En el nombre de Jesús. Amén.

(Mirad al Rey del mundo – HL #478, estr.1)

¡Mirad al Rey del mundo
Maltrecho y moribundo
De la alta cruz pender!
El príncipe sublime
¡Ved cuán cansado gime!
Es cruel y atroz su padecer.

9 de agosto

Texto: 1 Samuel 9:1-27

La búsqueda que nunca falló

“Y luego que Samuel vio a Saúl, Jehová le dijo: He aquí este es el varón del cual te hablé; este gobernará a mi pueblo” (1 Samuel 9:17).

La historia del primer rey de Israel comienza con la búsqueda de unas asnas perdidas. Saúl, el hombre elegido por el pueblo por su impresionante estatura y apariencia, no pudo resolver un problema tan simple. Esta es la frustración de la Ley: confiamos en lo que podemos ver, en la fuerza y la belleza humana, creyendo que la seguridad vendrá de un líder perfecto. El fracaso de Saúl demuestra que la apariencia es vacía y que la fuerza humana es insuficiente para satisfacer nuestra verdadera necesidad. Aquí brilla el Evangelio a través de la providencia. Aunque Israel pecó al pedir un rey, Dios usó esa búsqueda trivial para cumplir Su propósito. Pero Saúl era solo una sombra de Aquel que vendría.

Nuestro verdadero Rey, Jesucristo, no fue elegido por Su apariencia a los ojos del mundo (Is 53:2), sino por Su obediencia humilde. Él es el Rey ungido (Mesías) y el Pastor que de verdad busca lo perdido. Él no falló en encontrar las ovejas perdidas de Israel, ni falla en encontrarte a ti en tu extravío, a través de tu Bautismo. No importa cuán perdido o insignificante te sientas, Él te buscó y se entregó para traerte de vuelta a casa, haciéndote un amado hijo en el Bautismo y cumpliendo así lo que ningún rey humano pudo hacer.

Padre celestial, te damos gracias porque Tú no nos eliges por nuestra apariencia o fuerza. Gracias por Cristo, el Pastor que nos buscó a través de tu Palabra cuando estábamos perdidos y nos trajo a casa por Su gracia. En el nombre de Jesús. Amén.

(Lejos de mi Padre Dios – HL #876, estr.1)

Lejos de mi Padre Dios
Por Jesús fui hallado;
Por su gracia y por su amor
Sólo fui salvado.

10 de agosto

Texto: 1 Samuel 10:1-27

La Búsqueda que Nunca Falló

“Y cuando llegaron allá al collado, he aquí la compañía de los profetas que venía a encontrarse con él; y el Espíritu de Dios vino sobre él con poder, y profetizó entre ellos” (1 Samuel 10:10).

En este pasaje, Dios responde al rechazo de Israel no con juicio inmediato, sino con una gracia sorprendente. El pueblo pidió un rey para seguridad visible (Ley), y Dios les ungió a Saúl. Lo asombroso es la unción: el Espíritu de Dios vino sobre Saúl, transformándolo en *“otro hombre”* y dándole un corazón para el oficio. Esta es una manifestación clara de la provisión de Dios. Cuando Él nos llama a un servicio (ministerio o vocación), Él mismo nos da la capacidad (el *carisma*) para ese oficio. El poder para servir viene de Dios, no de nuestro talento natural.

Sin embargo, aquí se revela el drama de la Ley: el corazón *“diferente”* que recibió Saúl era funcional y temporal, no para la salvación eterna. A pesar de su unción, Saúl fracasó, demostrando la insuficiencia humana. Esto nos obliga a mirar al Evangelio. Saúl es solo una sombra del Mesías (Cristo), el Ungido perfecto, quien fue ungido con el Espíritu sin medida y con un corazón eternamente fiel. Al confiar en Jesús, el Espíritu Santo nos da un corazón nuevo que nos capacita y nos salva eternamente. La gracia de Cristo nos viene en su Palabra: el perdón y la fe que ningún hombre, ni siquiera Saúl, pudo ganarse.

Señor, te damos gracias porque Tú nos capacitas para el servicio. Perdona nuestra confianza en nuestros propios dones. Guíanos a confiar solo en la unción perfecta de Cristo, nuestro Rey y Salvador. En el nombre de Jesús. Amén.

(Tu vida, ¡oh, Salvador! – HL #876, estr.1)

Tu vida, ¡oh, Salvador!
Diste por mí;
Y nada quiero yo
Negarte a Ti.
Rendida mi alma está;
Servirte ansía ya.
Y algún tributo dar
De amor a Ti.

11 de agosto

Texto: 1 Samuel 12:1-25

La fidelidad de Su nombre, no la nuestra

"Pues Jehová no desampará a su pueblo, por su grande nombre; porque Jehová ha querido haceros pueblo suyo" (1 Samuel 12:22).

Cuando el profeta llamó al trueno y a la lluvia en tiempo de cosecha, el pueblo se aterrorizó. Esta fue la Ley de Dios manifestándose con fuerza: Su trueno reveló la magnitud del pecado de Israel. Habían buscado seguridad en un rey humano, rechazando el gobierno invisible del Señor. Preguntémonos: ¿Cuántas veces hemos hecho lo mismo? Rechazamos la fe en Dios por la aparente solidez de nuestros propios "reyes": el trabajo, el dinero o la estabilidad terrenal. El trueno de la Ley expone esta idolatría: nuestra confianza en lo visible siempre termina en juicio y en opresión.

Pero en medio del miedo del pueblo, irrumpe la promesa del Evangelio. Dios les asegura: *"No desampará a su pueblo, por su gran nombre"*. ¡Qué verdad gloriosa! Dios no es fiel por nuestra obediencia o arrepentimiento, sino por Su propia fidelidad inmutable. Esta promesa encuentra su cumplimiento en Cristo. Samuel intercedió temporalmente, pero Jesús es nuestro Rey y el Intercesor constante ante el Padre. Él ha pagado el precio de nuestra traición. Su obediencia es la garantía de que Dios nunca nos dejará. No confíes en tus estructuras; confía en el nombre de Cristo colocado sobre ti en tu Bautismo sabiendo que eres de Él y Él es tuyo.

Señor, perdona que busquemos reyes y seguridades terrenales. Gracias porque tu fidelidad descansa en tu Nombre y en la obra de Cristo. Ayúdanos a servirte con temor y confianza. En el nombre de Jesús. Amén.

(Ante la presencia – HL #615, estr.1)

Ante la presencia
De Dios adoremos
Con temor y reverencia.
Dios está en su templo:
Calle toda lengua.
Adorémosle en silencio.
Solo a Dios alabad,
Solo a Dios eterno;
Alabad su nombre.

12 de agosto

Texto: 1 Samuel 13:1-18

Obedecer es mejor que sacrificar

“Entonces Samuel dijo a Saúl: Locamente has hecho; no guardaste el mandamiento de Jehová tu Dios que él te había ordenado; pues ahora Jehová hubiera confirmado tu reino sobre Israel para siempre” (1 Samuel 13:13).

El rey Saúl se encontró en una encrucijada terrible: los filisteos venían, el pueblo huía y Samuel no llegaba para ofrecer el sacrificio. Ante la urgencia y el miedo, Saúl usurpó la autoridad sacerdotal y ofreció el holocausto él mismo. Su acción revela la religión de la urgencia: creemos que podemos manipular a Dios con nuestros propios sacrificios o acciones. La obediencia a la Palabra de Dios es lo que Él demanda, no nuestros rituales apresurados. El reino le fue quitado por esta impaciencia. Esto nos interpela directamente: ¿Cuántas veces tratamos de “ayudar” a Dios, tomando atajos o haciendo lo que nos parece bien, en lugar de esperar con fe en Su Palabra?

Aquí brilla el Evangelio. El fracaso de Saúl preparó el escenario para un Rey que sí sería perfectamente obediente. Jesucristo nunca se impacientó ni buscó usurpar la autoridad. Su obediencia no fue hacia un ritual, sino al Padre, llegando a la obediencia máxima en la cruz. Él no vino a ofrecer sacrificios que fallan, sino a ser el sacrificio final. Cuando la Ley nos condena por nuestra impaciencia, somos justificados por la obediencia inmutable de Cristo, ganada por Él y otorgada a nosotros en el Bautismo.

Dios y Padre, perdona nuestra impaciencia al tratar de controlar tu voluntad. Ayúdanos a entender que la fe es la obediencia que confía en Cristo, nuestro único Rey. En el nombre de Jesús. Amén.

(Cristo, vida del viviente – HL #458, estr.5)

Tu sublime sacrificio,
Consumado en dura cruz,
Nos liberta de la muerte
Y nos trae a plena luz.
Los loores te daremos,
Y por siempre cantaremos:
Gracias mil ofrezco a Ti,
Pues moriste Tú por mí.

13 de agosto

Texto: 1 Samuel 14:47 – 15:9

Obedecer es Mejor que Sacrificar

“Después de haber tomado posesión del reinado de Israel, Saúl hizo guerra a todos sus enemigos en derredor: contra Moab, contra los hijos de Amón, contra Edom, contra los reyes de Soba, y contra los filisteos; y adondequiera que se volvía, era vencedor” (1 Samuel 14:47).

El rey Saúl tenía éxito militar, pero cuando Dios le ordenó la destrucción completa de Amalec, desobedeció. Reservó el mejor ganado para –supuestamente– sacrificarlo al Señor. Su pecado fue la obediencia selectiva: creyó que podía “mejorar” el mandamiento de Dios con su propia religiosidad. El profeta Samuel condenó esta actitud con la Ley innegable: *“Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios”* (1 Sam 15:22). Condenada es nuestra tendencia a negociar con Dios, a justificar nuestra conveniencia con una falsa piedad. Saúl perdió el reino porque su corazón se negó a someterse por completo. La Ley demanda obediencia total.

Aquí es donde brilla el Evangelio. Saúl fracasó, pero Cristo no. Él es nuestro Rey que sí fue completamente obediente, incluso hasta la muerte. Él no vino a ofrecer sacrificios que fallan, sino a ser el Sacrificio final que cumple la Ley. Jesús no reservó nada de Su vida; Él cumplió la aniquilación perfecta: destruyó al verdadero enemigo (el pecado y la muerte) y se entregó totalmente por nosotros. Su obediencia inmutable nos es contada como la nuestra, liberándonos del juicio por nuestra obediencia a medias.

Padre celestial, perdona nuestra obediencia selectiva e impaciencia. Ayúdanos a rechazar el orgullo de querer “mejorar” Tus mandamientos. Gracias por la obediencia perfecta de Cristo, que nos justifica plenamente. En el nombre de Jesús. Amén.

(Fuente de la vida eterna – HL #965, estr.3)

Toma nuestros corazones:
Llénalos de tu verdad,
De tu Espíritu los dones
Y de toda santidad.
Guíanos en obediencia,
Humildad, amor y fe;
Nos ampare tu clemencia;
Salvador, propicio sé.

14 de agosto

Texto: 1 Samuel 15:10-35

El ídolo de la propia voluntad

“Porque como pecado de adivinación es la rebelión, y como ídolos e idolatría la obstinación. Por cuanto tú desechaste la palabra de Jehová, él también te ha desechado para que no seas rey” (1 Samuel 15:23).

Tras la desobediencia de Saúl al reservar el ganado, Samuel le entregó la sentencia más dura de la Ley. Saúl intentó excusarse: *"Lo guardé para sacrificarlo"*, echando la culpa al pueblo. Pero Samuel no aceptó su religiosidad forzada. El profeta reveló la esencia del pecado: la rebelión es tan grave como la hechicería, y la obstinación es igual a la idolatría. Esto nos interpela. Cuando conscientemente desobedecemos la Palabra para seguir nuestros propios planes o salvar nuestra imagen, estamos haciendo de nuestra propia voluntad un ídolo. Estamos diciendo: *"Yo sé más que Dios."* La Ley de Dios condena esta rebelión: no hay forma de negociar con la santidad divina, ni nuestros sacrificios, ni nuestras excusas religiosas pueden cubrir nuestra desobediencia.

El rechazo de Saúl es, sin embargo, el anuncio del Evangelio. Dios no cambió de propósito; Su plan para el Rey eterno continuó. En contraste con Saúl, Cristo no tuvo rebelión ni obstinación. Él no intentó salvar Su vida; Él cumplió la voluntad del Padre perfectamente, ofreciéndose a Sí mismo como el Sacrificio final. Solo la obediencia inalterable de Cristo, otorgada a nosotros en su Palabra, nos libera del juicio que cayó sobre Saúl. En Jesús, por Su Palabra, nuestra rebelión es perdonada y Su sumisión total nos es contada como nuestra justicia.

Señor, gracias porque tu fidelidad no depende de nuestro cambio. Perdona nuestra rebeldía. Enséñanos a someter nuestra voluntad a la Tuya, confiando únicamente en la obediencia de Cristo, nuestro Rey. En el nombre de Jesús. Amén.

(Santo Cordero – HL #461, estr.2)

Por mis pecados
Sé que has sufrido,
Y que te ha herido
Mi rebelión;
Lo reconozco,
Mis culpas lloro,
Y triste imploro,
Señor perdón.

15 de agosto

Texto: 1 Samuel 16:1-23

La mirada de Dios y el corazón escondido

“Y Jehová respondió a Samuel: No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón” (1 Samuel 16:7).

Tras el rechazo de Saúl, Samuel buscaba a su reemplazo. Al ver a Eliab, alto y fuerte, pensó: *“¡Este es el ungido!”* Pero Dios lo corrigió con la Ley: *“El hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón”*. Esta corrección nos condena. El mundo nos enseña a valorar la apariencia y el estatus humano. Nuestros juicios son superficiales y, por ello, fracasan. La Ley nos obliga a confesar que, si Dios nos juzgara por lo que ve por fuera o por la condición de nuestro corazón pecaminoso, todos seríamos desechados.

Dios no eligió a David por ser el más apto, sino por pura gracia, habilitándolo con Su Espíritu a pesar de ser el menor. David era solo una figura de Cristo, el verdadero Pastor. Jesús vino sin grandeza exterior, con un corazón perfectamente puro y obediente. Él es la única elección que Dios nunca lamentó. David trajo alivio a Saúl con su música. Jesús es nuestra paz. Por Su gracia, el Espíritu, a través de Su Palabra, viene a nuestro corazón turbado, dándonos la calma que proviene de la fe en Su obediencia.

Señor, gracias porque Tú nos ves más allá de la apariencia. Perdona nuestros juicios superficiales. Ven a través de Tu Palabra con Tu Espíritu y trae paz a nuestro corazón, sustentados únicamente en el Ungido, conforme a Tu corazón. En el nombre de Jesús. Amén.

(Venid, tomad – HL #725, estr.3)

Aproxímaos con fe y solicitud,
Y recibid los sellos de salud.
Señor Jesús, que al mundo juzgarás,
Hoy tu presencia nos sustentará.

16 de agosto

Texto: 1 Samuel 17:1-19

El campeón que cruzó el valle del miedo

“También Saúl y los hombres de Israel se juntaron, y acamparon en el valle de Ela, y se pusieron en orden de batalla contra los filisteos” (1 Samuel 17:2).

En el valle de Ela, dos ejércitos se encontraban paralizados. El desafío del gigante Goliat desató el miedo y la inacción en todo Israel. A pesar de tener rey, armas y ejército, la fe en el poder humano, representado por Saúl, conduce inevitablemente a la desesperación. La Ley expone aquí nuestra debilidad: somos incapaces de salvarnos a nosotros mismos ante un enemigo que nos supera.

Sin embargo, el Evangelio ya estaba en marcha en un lugar inesperado. Mientras el ejército temblaba en su estancamiento, David, el ungido, estaba ocupado en regresar a su humilde labor de pastor. El verdadero Campeón de Dios se manifiesta desde lo humilde, retrasado a propósito por los planes soberanos de Dios. David era solo una figura de Cristo, nuestro verdadero Campeón. Goliat representa el pecado y la muerte, el adversario que nos condena y paraliza. Nosotros, como Israel, somos incapaces de cruzar el valle. Jesús, el Pastor y Ungido, cruzó el valle de la muerte sin temor. Él no luchó por Su fuerza, sino por Su obediencia inmutable. Él no solo venció al gigante, sino que destruyó el poder del pecado de una vez por todas. Por Su victoria, somos liberados del miedo que paralizó a Israel, y Su justicia nos es contada como nuestra y otorgada a nosotros por su Evangelio.

Padre celestial, perdona nuestra fe en las fuerzas humanas. Gracias, porque donde nosotros temblamos, Cristo venció por nosotros. Ayúdanos a confiar en el único Campeón que cruzó el valle del miedo por nuestra liberación. En el nombre de Jesús. Amén.

(¡Oh, ven! ¡Oh, ven, Emmanuel! – HL #371, estr.1)

¡Oh, ven! ¡Oh, ven Emmanuel!
Libra al cautivo Israel,
Que sufre desterrado aquí
Y espera al Hijo de David.

17 de agosto

Texto: 1 Samuel 17:20-47

En el nombre del Dios viviente

“Entonces dijo David al filisteo: Tú vienes a mí con espada y lanza y jabalina; más yo vengo a ti en el nombre de Jehová de los ejércitos, el Dios de los escuadrones de Israel, a quien tú has provocado” (1 Samuel 17:45).

El campamento de Israel estaba paralizado por el miedo ante Goliat. La fe en el poder humano (el ejército de Saúl) provocó un pánico total. La parálisis era la condena: somos incapaces de salvarnos a nosotros mismos. En medio de esta desesperación, David, un joven pastor, sintió indignación, no por el peligro, sino por la burla al Dios viviente. Su primer conflicto fue con su hermano Eliab, quien lo menospreció. Es una lección: la mayor oposición a la fe proviene de quienes están atados al viejo orden, incapaces de ver la obra de Dios en lo humilde.

Saúl le ofreció su armadura, pero David la rechazó. Su confianza no estaba en las herramientas carnales, sino en la fidelidad probada de Dios (que lo liberó del león y del oso). Ante Goliat, David no se jactó de su fuerza, sino del nombre del Señor (Jehová de los ejércitos). Su objetivo final era *“que sepa toda la tierra que hay Dios en Israel”*, lo que muestra que la fe busca la gloria de Dios. Cristo, el Pastor que lucha por el nombre, superó a David. Jesús vino para quitar el oprobio que el pecado trajo sobre el nombre de Dios. Él no usó armadura humana, sino la obediencia absoluta. Él destruyó el poder del gigante (el pecado y la muerte), dándonos, a través de Su Palabra, Su justicia mediante Su victoria.

Dios de los ejércitos, que el miedo no nos paralice. Ayúdanos a despojarnos de la armadura humana y a pelear cada batalla en el poder y la autoridad del Nombre de Jesús. Amén.

(Santo es el Señor – HL #699)

Santo, santo, santo es el Señor,
Rey de los ejércitos.
Llenos están los cielos y la tierra de su gloria.
Hosanna, hosanna en el cielo.
Bendito es el que viene en el nombre del Señor...

18 de agosto

Texto: 1 Samuel 17:48 – 18:9

Amor y odio ante el campeón

“Aconteció que cuando él hubo acabado de hablar con Saúl, el alma de Jonatán quedó ligada con la de David, y lo amó Jonatán como a sí mismo” (1 Samuel 18:1).

La victoria de David en el valle fue total. Él corrió hacia Goliath y usó la propia espada del gigante para sellar el triunfo. Esta victoria, sin embargo, no trajo paz a la corte, sino que reveló dos respuestas opuestas que definen nuestra propia fe. Por un lado, Jonatán, el heredero al trono, amó a David como a sí mismo. Reconoció la unción divina y, en un acto de profunda humildad, le entregó su manto y sus armas. Este acto de pacto es la sumisión necesaria al nuevo orden de Dios. Por otro lado, Saúl reaccionó con envidia asesina. El cántico popular *"David a sus diez miles"* hirió su orgullo. El hombre atado a la apariencia no pudo soportar que la gloria fuera para otro. Su envidia fue el síntoma de una idolatría: el amor a su propia imagen.

Cristo es el único vencedor que alcanza la victoria total. Él usa la propia muerte como instrumento para anularla y triunfa en la cruz. Saúl es la condena de nuestro orgullo: el alma que odia que la salvación venga por un medio que no sea su propia fuerza. Jonatán es la gracia que nos llama a rendirnos: a amar a nuestro Rey Ungido y entregarle nuestras *"armas"* y nuestros *"mantos"* (nuestra soberanía), reconociendo que Su reino es superior y que solo por Su gracia, que nos viene por Su Evangelio, entraremos allí.

Señor, que nuestra alma sea ligada a la de Jesús, nuestro Rey, como la de Jonatán a la de David. Libranos de la envidia de Saúl y ayúdanos a rendirte toda la gloria por Tu victoria perfecta. En el nombre de Jesús. Amén.

(Dad gloria al Ungido – HL #441, estr.1)

Dad gloria al Ungido,
Al Hijo de David;
Su reino ya ha venido,
Su nombre bendecid.
De todo ser cautivo
Él es la libertad;
Y es gracia que nos limpia
De toda iniquidad.

19 de agosto

Texto: 1 Samuel 18:10-30

El miedo que se convierte en odio

"Mas Saúl estaba temeroso de David, por cuanto Jehová estaba con él, y se había apartado de Saúl" (1 Samuel 18:12).

Tras la victoria, el éxito de David desató en Saúl una espiral de terror. El rey que había perdido el Espíritu de Dios no pudo soportar ver que *"Jehová estaba con él"* (David). El miedo de Saúl no era temor reverente, sino pánico de la carne ante la gracia. Su envidia se manifestó en intentos de asesinato: primero, la lanza y luego la conspiración para que los filisteos lo mataran a través de la dote. Esto nos revela que el odio y la persecución son, a menudo, síntomas del miedo a la obra de Dios. La idolatría del ego de Saúl lo degradó hasta el punto de conspirar con el enemigo del pueblo de Dios.

La maldad de Saúl (el viejo orden) contrasta con la prudencia de David (el nuevo orden). David se conducía con éxito porque *"Jehová estaba con él"*. Cada trampa de Saúl terminó por elevar el estatus de David, mostrando la mano de Dios en la providencia. Cristo, nuestro Ungido, fue el objeto de la persecución más grande. Al igual que Saúl, los líderes celosos conspiraron con el enemigo (Roma) para matarlo. Pero la providencia de Dios usó la trampa (la cruz) para consumir la victoria. El triunfo de Cristo es que el miedo del mundo persigue a la gracia, pero la gracia siempre prevalece y usa la persecución para la gloria de Dios.

Padre, que nuestro corazón nunca sea consumido por la envidia ni por el miedo a Tu obra. Fortálécenos con la prudencia de Tu Espíritu para que, incluso en la persecución, nuestra vida dé testimonio de que Tú estás con nosotros. En el nombre de Jesús. Amén.

(La voluntad se cumplirá – HL #941)

La voluntad se cumplirá
De Dios omnipotente.
La gracia plena alcanzará
Quien crea firmemente.
Es siempre Dios, al castigar,
Benévolo, propicio;
Aquel que sepa en Él confiar
No temerá su juicio.

20 de agosto

Texto: 1 Samuel 19:1-24

La locura del rey y el escudo del Espíritu

“Y fue a Naiot en Ramá; y también vino sobre él el Espíritu de Dios, y siguió andando y profetizando hasta que llegó a Naiot en Ramá” (1 Samuel 19:23).

La envidia de Saúl se había convertido en una obsesión asesina, ordenando abiertamente matar a David. La persecución del ungido se desató. David solo pudo escapar inicialmente gracias a la intercesión de Jonatán, su amigo leal, y al engaño de Mical, su esposa. No obstante, ni la lealtad humana ni la astucia son suficientes contra la maldad de un rey celoso. El verdadero refugio de David fue el Espíritu de Dios. Cuando David huyó a Samuel en Naiot, Saúl envió tres grupos de mensajeros para capturarlo. El Espíritu de Dios vino sobre ellos y los obligó a profetizar, neutralizando así su misión asesina. Finalmente, Saúl fue en persona, solo para ser dominado y despojado de sus vestiduras. Este acto simboliza cómo Dios le quitó su dignidad real y su autoridad. La profecía del rey despojado demuestra la condena del hombre dominado por el ego y la absoluta soberanía de Dios.

Cristo fue el Ungido supremo que sufrió esta persecución. Nadie pudo tocarlo hasta que Él, soberanamente, se entregó. Si el Espíritu protegió al ungido menor, el Espíritu Santo es nuestro escudo y garante. Ninguna conspiración humana puede frustrar el plan de Dios para aquellos que estamos unidos a Cristo.

Señor, gracias porque Tu Espíritu es nuestro escudo. Líbranos de la maldad del ego que se rebela contra Tu plan. Ayúdanos a confiar en que ninguna conspiración o persecución humana puede frustrar Tu propósito en nuestras vidas. En el nombre de Jesús. Amén.

(Dios te bendiga, protección te dé – HL #756)

Dios te bendiga, protección te dé;
Su gracia sea siempre tu sostén;
Que su ángel siempre a tu redor esté,
Abrigo por doquier te dé. Amén.

21 de agosto

Texto: 1 Samuel 20:1-23

El amor inquebrantable del heredero

“Y si yo viviere, harás conmigo misericordia de Jehová, para que no muera, y no apartarás tu misericordia de mi casa para siempre” (1 Samuel 20:14-15a).

David huía del odio asesino de Saúl, pero encontró refugio en el amor y en el pacto de Jonatán. Su relación trascendió la amistad; fue un acuerdo solemne sellado ante Dios. Jonatán, el heredero legítimo, sabía que su padre había sido desechado. En un acto de humildad asombrosa, renunció voluntariamente a su derecho al trono y le pidió a David que mostrara a sus descendientes una misericordia inquebrantable. Estaba dispuesto a sacrificar su futuro real para asegurar la gracia de David para su familia. Este contraste es brutal: Saúl demostraba la furia del odio de la carne; Jonatán, la sumisión del amor sacrificial.

Cristo superó la lealtad de Jonatán. Jesús es el verdadero Heredero que no solo renunció a Su derecho, sino que se ofreció a Sí mismo como sacrificio. Por amor a Su pueblo, Él nos asegura, a través de Su Palabra, agua, pan y vino, un pacto de amor eterno. Nuestra seguridad no reside en promesas humanas inconstantes, sino en Su fidelidad. Al igual que David le dio a Jonatán una señal de certeza, Cristo es la certeza de que la ira de Saúl (el juicio) se ha apartado de nosotros.

Señor, gracias por Tu misericordia inquebrantable. Danos la humildad de Jonatán para reconocer y someternos a Tu reinado en nuestras vidas, confiando en el pacto de amor que Tú has sellado por nosotros. En el nombre de Jesús. Amén.

(El Pan Que Compartimos – HL #737, estr.3)

Que suene eternamente un canto de alabanza,
Que todas las naciones conozcan su bondad,
Que sea proclamado por todas las edades,
Que no tiene medida ni su misericordia
Ni su fidelidad.

22 de agosto

Texto: 1 Samuel 20:24-42

Paz en medio de la guerra

“Y Jonatán dijo a David: Vete en paz, porque ambos hemos jurado por el nombre de Jehová, diciendo: Jehová esté entre tú y yo, entre tu descendencia y mi descendencia, para siempre. Y él se levantó y se fue; y Jonatán entró en la ciudad” (1 Samuel 20:42).

El festival sagrado de la Luna Nueva se convirtió en escenario de la ira y el juicio. La furia de Saúl, al faltar David, estalló en su máxima expresión: insultó a su propio hijo, Jonatán, y le lanzó una lanza, intentando matarlo. Este acto terrible demuestra que el corazón lleno de orgullo y envidia (Saúl) está dispuesto a destruir todo, incluso su propia familia, para proteger su trono.

Jonatán, lleno de dolor, se levantó de la mesa y renunció al viejo reino de su padre. Acto seguido, fue al campo y dio la señal con las flechas, confirmando que David debía huir. La amistad entre ellos se convirtió en un pacto de paz eterno. En medio de la guerra, la persecución y el odio, David y Jonatán se despidieron, asegurando una misericordia inquebrantable para sus descendientes, sellada con el nombre de Dios. Cristo es nuestro verdadero Jonatán. Él es la única Paz que se sella en medio de la guerra del mundo (Saúl) contra nosotros. Mientras el juicio nos amenaza, Jesús, nuestro Mediador, garantiza un Pacto que nos permite *“ir en paz”*, porque Él mismo se ofreció para que Su obediencia y Su misericordia cubran nuestros pecados para siempre.

Señor, gracias por Tu Hijo, nuestra Paz. Líbranos del orgullo destructivo de Saúl. Ayúdanos a descansar en la certeza del pacto que garantiza Tu misericordia sobre nosotros. En el nombre de Jesús. Amén.

(¡Aleluya! ¡Cristo Vive! – HL #999, estr.3)

¡Aleluya! Pan de Vida
Que del cielo descendió.
¡Aleluya! Pan divino
Que Dios Padre nos envió.
Redentor, Amigo bueno,
Mediador del pecador,
Nuestro humilde ruego escucha,
Tú Dios Hombre Salvador.

23 de agosto

Texto: 1 Samuel 24:1-22

El juicio que dejamos en manos de Dios

“Juzgue Jehová entre tú y yo, y vénguese de ti Jehová; pero mi mano no será contra ti” (1 Samuel 24:12).

David se encontró en el lugar de la máxima tentación: su enemigo, que buscaba matarlo, estaba completamente indefenso. Sus hombres vieron la oportunidad como una señal de Dios para la venganza y el juicio. La voz de la carne siempre nos dirá: *“Ahora es el momento de tomar lo que es nuestro”*. Pero David se negó. Él no se atrevió a extender su mano contra el ungido de Dios, a pesar de que el hombre era malvado. Su acción de cortar el manto y el inmediato remordimiento de su conciencia muestran su profunda reverencia. David entendía que la justicia no le pertenecía; era una prerrogativa exclusiva de Dios.

David le dijo a Saúl: *“Yo no me vengaré de ti. Te entrego mi inocencia y mi juicio a Dios”*. Saúl, quien había perdido la fe, lloró ante esta demostración de gracia inmerecida. Cristo superó este acto de David. Jesús, que estaba siendo perseguido por los líderes religiosos y romanos, tuvo la oportunidad de pedir legiones de ángeles y tomar Su venganza con poder absoluto. Pero Él se negó a pelear, eligiendo confiar Su causa *“al que juzga justamente”* (1 Pe 2:23). Nuestra victoria no viene de tomar la lanza, sino de confiar en que Dios ejecutará Su justicia perfecta en Su tiempo.

Padre, perdona las veces que hemos tomado la venganza en nuestras manos. Ayúdanos a despojarnos del deseo de la justicia propia y a confiar nuestro juicio al Ungido, Jesucristo, quien todo lo ha sometido a Tu tiempo perfecto. En el nombre de Jesús. Amén.

(Por Palabra, Dios creaste – HL #854, estr.2)

En pecados muertos fuimos,
Sin poder oír ni hablarte;
Ciegos, sordos, vil nacimos,
Imposible fue alcanzarte;
Tu Palabra ha descendido,
Nuestra carne Él ha asumido,
Nos dio vida inmerecida,
Gracia y gozo sin medida.

24 de agosto

Texto: 1 Samuel 25:1-22

Entre la ira y la sabiduría

“Y Nabal respondió a los jóvenes enviados por David, y dijo: ¿Quién es David, y quién es el hijo de Isai? Muchos siervos hay hoy que huyen de sus señores” (1 Samuel 25:10).

Tras la muerte de Samuel, David se encontró con Nabal, cuyo nombre significa *“Necio”* o *“Insensato”*. Nabal, rico pero arrogante, no solo le negó provisiones a David, sino que lo insultó directamente. *“¿Quién es David?”* Esta necedad, que no reconocía al ungido, fue una ofensa a Dios mismo. La respuesta de David fue una prueba de su vulnerabilidad. A diferencia de cuando se abstuvo de tocar a Saúl, aquí David se dejó llevar por la ira y juró un voto de sangre: *“Cíñase cada uno su espada”*. David, el hombre conforme al corazón de Dios, estaba a punto de caer en el terrible pecado de la venganza propia.

Pero Dios interpuso la sabiduría de Abigail. Ella actuó sin el conocimiento de su marido necio, tomando una gran provisión y saliendo a la calzada para interceder. Su acción rápida y generosa se interpuso entre el juramento de David y la sangre inocente, deteniendo la venganza. De manera similar, Cristo es nuestro verdadero Mediador. Él es la sabiduría que se interpone entre la ira de Dios y nuestra propia insensatez. Él no solo trajo provisiones; Él es la provisión, el sacrificio que detiene el juicio. Por Su intercesión, se nos perdona la necedad y somos librados del castigo que merecía nuestra propia espada.

Señor, libranos de la necedad de Nabal y de la ira impetuosa de David. Gracias por la mediación de Cristo que detuvo el juicio en la cruz. Ayúdanos a caminar en Su paz. En el nombre de Jesús. Amén.

(¡Oh, Redentor del mundo! – HL #799, estr.1)

¡Oh, Redentor del mundo, amante Salvador!
Sabiduría eterna, de esperanza dador,
A sus soldados cuida, Señor del mundo es,
Salud es en la vida, y en muerte vida es.

25 de agosto

Texto: 1 Samuel 25:23-44

La mediación que detiene el juicio

“Bendito sea Jehová Dios de Israel, que te envió para que hoy me encontrases. Y bendito sea tu razonamiento, y bendita tú, que me has estorbado hoy de ir a derramar sangre, y a vengarme por mi propia mano” (1 Samuel 25:32-33).

Nabal había sellado su destino con su necedad. David, consumido por la ira, juró vengarse de forma sangrienta. En ese momento, la sabiduría de Abigail se interpuso entre la ira del ungido y el castigo de la necedad. Abigail se postró, rogando: *“¡Sea el pecado sobre mí!”* En este acto de sustitución, ella asumió la culpa de su marido, argumentando que David debía dejar el juicio en manos de Dios para no manchar su conciencia futura. David no solo aceptó su ruego, sino que también bendijo a Dios por haberla enviado. Él reconoció que Abigail no solo había salvado la vida de su casa, sino que también lo había salvado a él de un pecado grave. La providencia de Dios usó su mediación para evitar que Su ungido cayera.

David no tuvo que vengarse; diez días después, Dios mismo hirió a Nabal. El juicio no fue evadido, sino que fue ejecutado perfectamente por el juez justo, lo que valida que la venganza es Suya. Cristo es nuestro Mediador supremo. Él es la Sabiduría y la provisión que se interpuso en el camino de la ira, diciendo: *“Sea el pecado sobre mí”*. Él nos salvó de la necedad y de la justa condenación. Por Su obra, no necesitamos buscar nuestra propia justicia, pues Dios ya ha ejecutado la justicia perfecta por nosotros.

Padre celestial, te damos gracias porque Tú provees el camino para detener nuestra ira. Ayúdanos a confiar en Tu justicia perfecta y a descansar en la mediación de Jesús, quien nos ha librado del juicio que merecíamos. En el nombre de Jesús. Amén.

(¡Fiel Palabra espárcete! – HL #1007, estr.3)

Di que nuestro Redentor
Vino al mundo por amor;
Nuestras culpas Él cargó,
Y en la cruz las condenó.

26 de agosto

Texto: 1 Samuel 26:1-25

La justicia que descansa en Dios

“Y David respondió a Abisai: No le mates; porque ¿quién extenderá su mano contra el ungido de Jehová, y será inocente?” (1 Samuel 26:9).

Saúl, persiguiendo obsesivamente a David, se durmió en las manos de su enemigo. David tuvo, por segunda vez, la oportunidad perfecta para la venganza. Sus hombres le suplicaron que ejecutara el juicio que, según ellos, Dios le estaba dando. Pero David se negó por segunda vez. Su respuesta es el corazón de la fe madura: *“No le mates; porque, ¿quién extenderá su mano contra el ungido de Jehová?”* David reconoció que el ungimiento de Saúl no se debía a su bondad, sino al llamado de Dios. Él no quería usurpar el derecho exclusivo de Dios para juzgar. Él sabía que el juicio era inevitable, pero que le correspondía a Dios ejecutarlo: *“Jehová lo herirá, o su día llegará”*.

Dios validó la fe de David al enviarle un sueño profundo sobre el campamento. Dios protegió a David y silenció a sus enemigos sin que él tuviera que mancharse las manos. Saúl, confrontado, bendijo a David proféticamente, reconociendo que la justicia no vendría de su propia mano. En comparación, Cristo es la máxima expresión de esta renuncia al juicio. Jesús no solo se negó a tomar la lanza contra sus perseguidores, sino que también confió plenamente en el Padre. Él nos enseña que el camino a la victoria no es a través de nuestra espada, sino a través de la confianza en que Dios servirá la justicia perfectamente.

Padre, gracias por la paciencia de David, que nos enseña a esperar en Tu justicia. Ayúdanos a soltar el deseo de la venganza propia y a confiar en que Tu soberanía prevalecerá sobre todos nuestros enemigos. En el nombre de Jesús. Amén.

(Bendito el hombre que gozoso – HL #929, estr.1)

¡Bendito el hombre que gozoso
Fiel se somete a su Señor!
En día aciago o venturoso
Constante gozará favor.
Quien firme en Dios así confió,
Sobre la roca edificó.

27 de agosto

Texto: 1 Samuel 28:3-25

La desesperación del silencio

“Y Saúl respondió: Estoy muy angustiado, pues los filisteos pelean contra mí, y Dios se ha apartado de mí, y no me responde más, ni por medio de profetas ni por sueños; por esto te he llamado, para que me declares lo que tengo que hacer” (1 Samuel 28:15).

La muerte de Samuel dejó al rey Saúl completamente solo, paralizado por el terror. Acorralado por los filisteos, buscó a Dios por todos los medios lícitos, pero solo encontró silencio: no había profetas, ni sueños, ni voz. Este silencio aterrador llevó a Saúl a una desesperación total, lo que le llevó a violar su propia ley al buscar a una médium en Endor. Cuando el miedo nos consume, a menudo corremos a fuentes prohibidas en busca de un falso consuelo. El mensaje del profeta fue definitivo: Dios había quitado el reino a Saúl por su desobediencia. Lo más escalofriante fue el anuncio: *“Mañana serás tú y tus hijos conmigo”*. El juicio era irreversible e inminente, confirmado por la palabra profética de Dios.

La desesperación de Saúl nos enseña una lección vital: huir de la verdad de Dios solo conduce al terror. Su colapso final demuestra que el hombre sin el Espíritu no tiene fuerza ni esperanza ante la condena divina. Cristo es nuestra única voz autorizada. Él es el Profeta que rompe el silencio con Su Palabra; no con amenazas de muerte, sino con la promesa de perdón y la vida eterna. Donde Saúl encontró juicio y un anuncio de muerte, nosotros encontramos gracia y un pacto inquebrantable a través de Jesús. Él es la certeza que nos da seguridad en medio de cualquier batalla.

Señor, libranos de la desesperación que nos lleva a buscar respuestas en lugares prohibidos. Ayúdanos a esperar en fe Tu tiempo y Tu Palabra, confiando en que Jesús es nuestra única y verdadera voz de esperanza. En el nombre de Jesús. Amén.

(Cantad cristianos, por doquier – HL #803, estr.4)

Mas con eterna compasión
Vio Dios mi desventura;
De mi perdida condición
Él mismo halló la cura:
Su fiel cariño paternal
Me compró un bálsamo vital:
¡Dios Hijo fue el gran precio!

28 de agosto

Texto: 2 Corintios 6:1-18

Confía en la voluntad del Señor

“No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas?” (2 Corintios 6:14).

Desde muy jóvenes estamos en busca del *“amor de mi vida”* un amor que queremos desde el inicio hasta el final de nuestros días en este mundo. Un amor que sea incondicional y que permanezca a nuestro lado siempre sin importar las dificultades, los desafíos o problemas. Llegamos a cierta edad donde empieza una búsqueda de aquella persona que quiero para mi vida. La mejor manera de buscar para el cristiano es en la iglesia, en la casa de Dios, donde las personas comparten la misma fe y amor en Dios y el mismo amor los unos con los otros. Y cuando no encuentras una persona en la iglesia, expandes tu mirada a otras personas fuera de la iglesia porque si o si quieres encontrar a ese amor que tanto quieres para tu vida. ¿Por qué no esperar y confiar en la voluntad de Dios? Porque nuestro pecado nos hace desesperar y buscar el amor fuera de Dios.

Pero a ti te digo querido cristiano, el amor es Dios. Dios por amor y misericordia esperó el tiempo adecuado para enviar un salvador al mundo. Por amor Jesucristo dio su vida por ti muriendo en una cruz para entregarte perdón; por amor hoy estas aquí confiando en la voluntad del Señor. No desesperes en la búsqueda del *“amor de mi vida”*, sino que ten confianza en Dios y pon tus necesidades en oración. Dios sabe cuál es la persona indicada para ti, porque Él conoce tu corazón y sabe lo que sus hijos necesitan. Para aquellos que están en yugo desigual, persistan, oren y confíen en la voluntad de Dios. Pero ante las tentaciones, corran. No desesperen, ustedes son hijos de Dios, y Dios quiere lo mejor para sus hijos. Hermanos, confíen en la voluntad del Señor porque el tiempo de Dios es perfecto. Amén.

Amado Padre celestial, te pedimos que nos des paciencia en la espera, que se haga tu santa voluntad en nuestras vidas. Envía tu Espíritu Santo para que nos fortalezca en la verdadera fe y en la espera de la segunda venida de tu hijo Jesucristo el amor hecho carne. En el nombre de Jesús. Amén.

(Señor, heme en tus manos - HL #913, estr.1)

Señor, heme en tus manos, dirígeme,
Y hasta el fin de mis años mi guía sé.
Sin ti ni un solo paso quisiera dar.
Mi vida hasta su ocaso te he de entregar.

29 de agosto

Texto: 1 Samuel 31:1-13

El rescate de la deshonra

“Todos los hombres valientes se levantaron, y anduvieron toda aquella noche, y quitaron el cuerpo de Saúl y los cuerpos de sus hijos del muro de Bet-sán; y viniendo a Jabes, los quemaron allí” (1 Samuel 31:12).

El capítulo final de 1 Samuel es la culminación trágica de la vida de Saúl. La profecía se cumplió: Saúl y sus hijos cayeron, la monarquía carnal fue derrotada y el rey terminó en el suicidio. Lo más terrible fue el escarnio final: los filisteos decapitaron los cuerpos y los colgaron en el muro de Bet-sán, deshonrando tanto al rey como al nombre de Dios. En medio de esta deshonra, surgió un acto de lealtad asombrosa. Los valientes hombres de Jabes de Galaad, recordando la misericordia que Saúl les había mostrado al inicio de su reinado, marcharon toda la noche, recuperaron los cuerpos y les dieron un entierro digno. Este acto de *hesed* (misericordia de pacto) honró no al hombre caído, sino al principio de la lealtad que él alguna vez representó.

Este acto de rescate es un hermoso eco del Evangelio. Nosotros también estábamos *“muertos”* en el campo de batalla de nuestros pecados, expuestos a la deshonra y al juicio. Pero Cristo, impulsado por una lealtad y una gracia incomprensibles, vino a rescatarnos. Este rescate se realiza en el Bautismo. En ese acto, somos sepultados con Cristo en Su muerte (el rescate de la deshonra) para ser levantados y caminar en una vida nueva y digna en Su Reino. Él descendió a nuestra vergüenza para darnos el honor de una nueva vida.

Señor, te damos gracias porque Tú no nos dejaste en la vergüenza de nuestra derrota. Gracias por Tu lealtad de pacto, que nos rescata cuando estamos muertos. Ayúdanos a vivir cada día en el honor que Tu Hijo nos ha dado, renovados por Su sepultura y resurrección. En el nombre de Jesús. Amén.

(Bautizado en Cristo soy – HL #858, estr.1)

De Dios hijo soy amado ¡Bautizado en Cristo soy!
Él pagó por mis pecados, redención yo tengo hoy.
¿Qué tesoros necesito? Me fue dado uno bendito,
Que me trajo salvación, por la eternal adopción.

30 de agosto

Texto: 2 Samuel 5:1-25

El Pastor-Rey y las estrategias de Dios

“Entonces consultó David a Jehová, diciendo: ¿Iré contra los filisteos? ¿Los entregarás en mi mano? Y Jehová respondió a David: Ve, porque ciertamente entregaré a los filisteos en tu mano” (2 Samuel 5:19).

Aquí Samuel marca la cumbre del ascenso de David. Finalmente, es ungido por todas las tribus como rey de Israel. La razón teológica de esta unción fue clara: *“Tú apacentarás a mi pueblo Israel, y tú serás el príncipe sobre Israel”*. David fue establecido como el Pastor-Rey, una figura mesiánica que guía, protege y alimenta a Su pueblo. Con la nación unida, David estableció la capital en Jerusalén y conquistó a los arrogantes jebuseos. Esta autoridad fue probada de inmediato por los filisteos. En su primer ataque, David hizo lo correcto: preguntó a Dios y subió a la batalla. Pero en el segundo ataque, Dios le dio una orden diferente: *“No subas, sino rodéalos”*. Dios ordenó a David que esperara la señal antes de atacar.

Esta lección es fundamental: la obediencia no consiste en repetir estrategias pasadas, sino en volver a preguntar y obedecer la instrucción específica de Dios para el momento presente. La victoria no es por nuestra fuerza, sino porque el Señor de los Ejércitos ha salido delante de nosotros para luchar. Cristo es nuestro Pastor-Rey. Él conquistó nuestra fortaleza inexpugnable contra el pecado. Nuestra victoria no está en nuestra estrategia, sino en seguir Su voz, sabiendo que Él lucha por nosotros.

Pastor-Rey, gracias por apacentarnos y darnos la victoria. Danos la humildad de David para preguntar siempre por Tu dirección y la obediencia para seguir Tu estrategia, aunque sea inusual o diferente. En el nombre de Jesús. Amén.

(Castillo fuerte es nuestro Dios – HL #546, estr.4)

Sin destruirla dejarán,
Aún mal de su grado,
Esta Palabra del Señor;
Él lucha a nuestro lado.
Que lleven con furor
Los bienes, vida, honor,
La casa, o el hogar...
Todo ha de perecer:
De Dios el reino queda.

31 de agosto

Texto: 2 Samuel 6:1-15

Celo, obediencia y santidad

“Y el furor de Jehová se encendió contra Uza, y lo hirió allí Dios por aquella temeridad, y cayó allí muerto junto al arca de Dios” (2 Samuel 6:7).

El rey David, con toda su noble intención, organizó una fiesta para trasladar el arca del pacto a Jerusalén. Sin embargo, en lugar de obedecer la Ley (que ordenaba llevarla a hombros por los sacerdotes), David copió el método filisteo, usando un carro. Su celo era puro, pero su método fue desobediente. Este error tuvo un costo mortal. Cuando los bueyes tropezaron, Uza extendió su mano para estabilizar el Arca, un acto prohibido por la Ley de Moisés. Dios lo hirió de muerte por su irreverencia. El juicio de Uza nos enseña una verdad crucial: la buena intención nunca reemplaza la obediencia específica. La santidad de Dios es innegociable; no es un objeto que deba ser “estabilizado” por manos humanas.

El juicio llevó a David de la ira al temor y a la pregunta vital: *“¿Cómo ha de venir a mí el arca de Jehová?”* David detuvo el proceso, aprendió la lección, y el arca fue desviada a la casa de Obed-Edom, que fue bendecida inmensamente. Esto confirmó que la presencia de Dios es una bendición, siempre que nos acerquemos con reverencia. Así también Dios, en Jesús, nos acerca, en su servicio divino, a través de su Palabra, para perdonarnos. Queremos mostrarnos humildes y arrepentidos cuando Él nos acerca.

Padre, te pedimos perdón por las veces en que hemos intentado servirte a nuestra manera o estabilizar Tu obra con nuestras propias manos. Danos celo, sí, pero sobre todo, danos el temor y la obediencia para acercarnos a Tu presencia de la manera que Tú has dispuesto. En el nombre de Jesús. Amén.

(Ante la presencia – HL #615, estr.1)

Ante la presencia
De Dios adoremos
Con temor y reverencia.
Dios está en su templo:
Calle toda lengua.
Adorémosle en silencio.
Solo a Dios alabad,
Solo a Dios eterno;
Alabad su nombre.

SEPTIEMBRE

El texto bíblico y la meditación

1 de septiembre

Texto: San Juan 20:19-23

El oficio de la predicación

“Entonces Jesús les dijo otra vez: Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envío. Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. A quienes remitiereis los pecados, les son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos” (Juan 20:21-23).

Jesús resucitado aparece en medio de las puertas cerradas a sus temerosos discípulos. Ya no hay sufrimiento ni muerte; pero las cicatrices en su cuerpo aún están allí para señalar que es la cruz donde Él, cubierto de sangre, cargó con los pecados del mundo entero, murió y fue sepultado. Ahora ha resucitado. Nuestros pecados han sido borrados para siempre. Es aquí donde Cristo instituye el oficio de predicar el Evangelio y muestra sus manos a sus ministros. Y no son las manos del ministro, sus acciones, las que dan vida eterna, sino la obra de Cristo en la cruz. Ese es el contenido del Evangelio. Los predicadores del Evangelio no les muestran a los pecadores sus propias manos para que se labren su propio camino al cielo. Los predicadores del Evangelio les muestran las manos de Jesús, para que vean quién ha trabajado por ellos y ha ganado el camino a la vida eterna.

Recibimos esta salvación como un don gratuito mediante la fe. Sin embargo, no puede haber fe sin escuchar las palabras del Evangelio. Muchos creen que pueden alcanzar la verdadera fe o mantenerla sin escuchar, pero es imposible. Jesús estableció que recibiéramos la fe salvadora a través de su Palabra. Por eso dio a su Iglesia el oficio de las llaves, para que, mediante la Palabra que habla el ministro, los pecadores crean que tienen un Dios misericordioso y perdonador para que sea conocido el pecado que trae el juicio de Dios y haya arrepentimiento y fe. Este es el único ministerio de la iglesia que trae la salvación de Cristo a través de Su Evangelio, el Bautismo y la Santa Cena por el poder del Espíritu Santo.

Amado Señor, gracias por darnos ministros del Evangelio. Permite que, a través de ellos, escuchemos tu voz salvadora. En el nombre de Jesús. Amén.

(Hoy, a Tu culto, eterno Dios - HL #568, estr.1)

Hoy a tu culto, eterno Dios,
Queremos esta casa abrir;
Háznos en ella oír tu voz,
Error y males discernir.

2 de septiembre

Texto: Hechos 1:1-11

La obra está cumplida, el mensaje continúa

“pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hechos 1:8).

Los temerosos discípulos habían visto y caminado con Jesús resucitado durante 40 días. Su redención ha tenido un alto costo: su propia pasión y muerte por los pecadores. Ahora Cristo asciende a la gloria del Padre, pero no los deja solos. El mensaje del Evangelio debe ser anunciado; los fieles deben ser cuidados; la obra continúa. Pero esta autoridad y fuerza no viene de ellos mismos, sino del Señor. El ministerio pastoral no tiene sentido en la fuerza humana, sino con el poder del Espíritu Santo, quien obra por el Evangelio predicado de Cristo y su muerte y resurrección por el perdón de tus pecados. Antes de enviar a sus discípulos, Jesús los prepara con su promesa: no irán solos. En la Iglesia, el pastor continúa esta misión apostólica, no por mérito propio, sino sostenido por el mismo Espíritu que obró en los primeros testigos.

Sabemos que el Espíritu Santo actúa por medio de la Palabra y los Sacramentos, fortaleciendo tanto al pastor como a la congregación. El testimonio del Evangelio no depende de la elocuencia ni del carisma, sino del Espíritu Santo que llama, congrega e ilumina con sus dones. Como miembro del cuerpo de Cristo, cada cristiano participa de esta misión. Sirviendo con su pastor, escuchando la Palabra con fe y viviendo conforme al Evangelio como testigos, allí donde Dios los ha puesto. Dios es el que llama al pastor y por medio de él y lo que Él le ha dado, la Palabra de Dios, el Bautismo, y los Sacramentos, trae a sus hijos el perdón de Cristo. Y también fortalece a toda la comunidad, recordándonos que la misión de la Iglesia es obra divina, no humana.

Amado Jesús, gracias porque enviaste pastores a todo el mundo para testificar a treves de los medios de gracia sobre Tu sacrificio en la cruz. Ayúdanos a escuchar Tu voz en ellos de modo que permanezcamos en la verdadera fe, hasta la vida eterna. En el nombre de Jesús. Amén.

(¡Oh, Verbo Santo! - HL #521, estr.6)

A tus apóstoles mandaste bautizar
Y tu Evangelio enseñar;
A tus ovejas les mandaste alimentar,
Y con amor pastorear,
Al exhortar, Y perdonar,
¡Tu vida y obra predicar!
“Quien los recibe, me recibe a Mí también
Y al que me envió por su bien”.

3 de septiembre

Texto: Hechos 1:12-26

El oficio es mayor que el hombre

“Varones hermanos, era necesario que se cumpliese la Escritura en que el Espíritu Santo habló antes por boca de David acerca de Judas, que fue guía de los que prendieron a Jesús, y era contado con nosotros, y tenía parte en este ministerio” (Hechos 1:16-17).

Judas fue el discípulo de Jesús que provocó el arresto y la crucifixión del Salvador. Pero este *“hijo de perdición”* (Jn 17:12) también fue un apóstol. ¿Y qué pasó con aquellos a quienes Judas les entregó la Palabra de Dios? Podríamos preguntarnos hoy de manera similar: ¿Son válidos los sermones y, especialmente, los bautismos y la Santa Cena de pastores que luego perdieron su ministerio? ¿O necesitamos un Bautismo de un pastor legítimo? Dios mismo aclara esto al afirmar que, al igual que a los demás apóstoles, también dio a Judas al oficio de pastor y que otro debía tomar su oficio, ministerio y apostolado, los cuales recayeron en Matías.

Este oficio significa un puesto de autoridad y responsabilidad, con tareas que el mismo Cristo deja: perdonar los pecados y cuidar del pueblo de Dios por medio de la predicación, la enseñanza y los sacramentos. Si Judas fue un creyente o si su vida era una falsedad total, no cambia el hecho de que Dios mismo respalda Su Palabra y Sus Sacramentos, aunque no respalde al impío. Nada de esto invalida las tareas que hizo ¡porque los dones de Cristo son más poderosos que quien los distribuye! Sí, Dios obra a través de los pastores, pero la falta de piedad de un pastor no destruye su Evangelio, el Bautismo y la Santa Cena, ni el perdón de tus pecados, que es lo que Dios promete lograr a través de estos sacramentos. Mediante el Espíritu celestial obrando a través de la Palabra, llegas a creer. Así que, si descubres que tu pastor es pecador, y lo es, no dejes que esto destruya tu fe. Porque nuestra fe no se fundamenta en un hombre caído, sino en la palabra de Dios y en el Dador del cargo, Jesús.

Todopoderoso Dios, gracias porque tus dones dependen de tu poder. Ayúdanos a reconocer a los pastores fieles que nos traen el regalo del perdón de Cristo, separando a la persona del oficio pastoral. En el nombre de Jesús. Amén.

(Un solo fundamento - HL #810, estr.1)

Un solo fundamento y sólo un fundador,
La santa iglesia tiene en Cristo, su Señor.
Haciéndola esposa, del cielo descendió,
Y por su propia sangre su libertad compró.

4 de septiembre

Texto: Hechos 2:38-47

La misma salvación

“Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos” (Hechos 2:46-47).

Alguien dijo una vez que la vida de los primeros cristianos era utópica, un sueño solo posible porque esperaban pronto el regreso del Señor Jesús. Han pasado más de dos mil años y, aún hoy, no podemos dejar de admirar el crecimiento de la iglesia. Más de tres mil personas convertidas en un solo día, una vida en común y alegría. Pero no te equivoques, nada ha cambiado, Dios sigue obrando del mismo modo. Pastores predicando públicamente, bautizando, administrando la Santa Cena, perdonando pecados, y, como resultado de la salvación de Cristo, el pueblo viviendo en comunión.

Con esos primeros cristianos tenemos en común el Evangelio, lo que Dios hizo al perdonar los pecados por causa de Cristo. Las mismas herramientas para una vida con la alegría de la salvación. Quizá lo que la iglesia ha perdido es la sensación de urgencia, se ha acomodado a la vida material, olvidando que lo único importante es la salvación. Pero también se ha olvidado de que lo que nos enseña la llamada “iglesia primitiva” es el lugar de los pastores y la labor que realizan al predicarnos a Cristo, crucificado por el perdón de tus pecados. Cuando se desprecia a los que traen la predicación, se desprecia a Dios mismo, que obra por medio de ella. Cuando se reemplazan las promesas de Dios por las promesas del mundo, se deja de traer a los hijos al Bautismo y a la enseñanza de la fe. Al dejar de ser fieles a las enseñanzas apostólicas, que no son otras que el mismo ministerio de Cristo, se pierde la comunión en el lugar y de la forma en que Dios desea darnos sus regalos de amor. Pero no es tarde, todo está aquí en la iglesia de Cristo y somos invitados a arrepentirnos y a confesar nuestros pecados, implorando el perdón en nombre de Jesús. Y a atesorar el precioso tesoro del Evangelio que es para nosotros y para nuestros hijos.

Perdón, Señor, por las veces que no valoramos el lugar que has dado a la predicación de tu Palabra. Danos tu perdón que restaura y da vida en Cristo. En el nombre de Jesús. Amén.

(Vivamos para compartir - HL #1014, estr.1)

De las tinieblas a la luz
Llamados fuimos por Jesús.
De esclavitud a la libertad:
¡Su gracia habremos de anunciar!
Es compartir, no sólo es dar,
Es entregar el corazón,
Segunda milla caminar,
La otra mejilla entregar.
Con Él morir, resucitar,
Alimentarnos de su altar.
Por causa de su salvación,
¡Vivamos para la misión!

5 de septiembre

Texto: Hechos 3:1-26

Mendigos a la puerta del templo

“Mas Pedro dijo: No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy; en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda” (Hechos 3:6).

¡Qué maravilloso milagro y sucesos posteriores nos relata el evangelista Lucas! No sabemos casi nada de este hombre, sólo su condición de nacimiento y que cada día lo llevaban a la puerta del Templo para que mendigara. Podemos imaginar su mirada baja, las manos alzadas y la súplica por misericordia. Esa era su vida...hasta que los apóstoles le dieron lo que habían recibido del mismo Jesucristo. No sólo piernas sanas, sino una nueva vida. Por eso no los dejaba ni a sol ni sombra (Hch 3:10). Y por eso su curación causó tanto asombro, que Pedro predicó allí mismo que Jesús no está muerto, sino vivo, y que continúa su obra vivificante. Esto es ahora, a través de los hombres, de la Palabra y de los Sacramentos.

Pero entrega la misma misericordia, el mismo perdón y la misma vida nueva. ¡Y así es! Porque la puerta del Templo está ahora aquí donde el pastor te da lo que es de Cristo, el perdón de tus pecados, en la pila bautismal, donde te trajeron para recibir la misericordia de Cristo. La puerta del Templo está ahora en el púlpito, donde tus oídos se llenan con la predicación de Jesús vivo y de todo lo que ha hecho por ti. La puerta del Templo está ahora aquí, ante el altar, donde vienes con los ojos bajos, en arrepentimiento, y las manos alzadas pidiendo misericordia, para recibir de Él lo que más necesitas, y que se te da en esas maravillosas palabras: Te perdono todos tus pecados. Y la puerta del Templo está ahora aquí, en su mesa, donde Jesús resucitado y viviente te da su propio Cuerpo y Sangre, el alimento de la nueva vida que comienza ahora y nunca termina. ¡Demos gracias y aferrémonos a Jesús como mendigos necesitados cada día!

Nuestro buen pastor Jesús, gracias por darnos lo que no podíamos conseguir. Porque esa salvación es para nosotros y nuestros hijos. Y porque se renueva cada fin de semana en tu casa, donde nos sirves a través de nuestros pastores. En el nombre de Jesús. Amén.

(¡Oh, Jesucristo, amor sin par - HL #919, estr.1)

¡Oh!, Jesucristo, amor sin par,
Nada te puede comparar,
No hay palabras que decir
Ni pensamientos que inquirir.
Reina en mí, por tu bondad,
Soy tuyo, soy tu propiedad.

6 de septiembre

Texto: Hechos 4:1-22

Antes a Dios

“Mas Pedro y Juan respondieron diciéndoles: Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios; porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído” (Hechos 4:19-20).

¿Te acuerdas del cuarto mandamiento? *“Honra a tu padre y a tu madre, para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra”*. Y el Catecismo Menor agrega *“¿Qué significa esto? Debemos temer y amar a Dios y por lo tanto, no menospreciar ni enojar a nuestros padres y superiores; sino que debemos respetarlos, servirlos, obedecerlos y amarlos”*. No hay promesa ni bendición para quienes se oponen a la autoridad de los padres, en el gobierno y en la iglesia que viene de Dios. Pero Pedro y Juan traen de parte de Dios una excepción: es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres. Lo hacen cuando son apresados y amenazados para que dejen de predicar sobre el pecado y la gracia de Cristo, que nos es otorgada en el perdón de nuestros pecados.

Este precioso consuelo nos deja claro que pastores e iglesia tendrán a Dios primero por sobre todas las cosas. No podemos sucumbir a la prohibición de anunciar la perfecta voluntad de Dios que ha dado a su propio Hijo en la cruz para perdón y salvación. Ninguna amenaza, cárcel o persecución se sobrepone a contar lo que hemos visto y oído por obra del Espíritu Santo. Es por ello que, aunque gobiernos y cultura imperante promueven la vida lejos de Dios y normalizan grandes pecados, desde el púlpito se sigue proclamando la verdad eterna. Esto es tan cierto que también nos confronta cuando los pastores anuncian la ley que denuncia nuestra propia realidad de pecado y a la propia carne que quiere suprimir el mensaje en nosotros. Pero es tan cierto también cuando, arrepentidos, somos perdonados en nombre de Cristo, por cuya causa el cielo está abierto para el creyente. Vivamos obedeciendo a Dios primero mientras oremos: *“hágase tu voluntad así en la tierra, como en el cielo”*.

Amado Padre Celestial, da a tus pastores y a nosotros la valentía de perseverar ante todo en tu santa voluntad que nos lleva al perdón de Jesús y su amor eterno. En el nombre de Jesús. Amén.

(Padre nuestro en lo Celestial - HL #707, estr.4)

Se hará tu voluntad, igual
En tierra y reino celestial.
Paciencia en mal haznos tener,
Y en todo tiempo, obedecer.
Reprime a toda humanidad
Que opónese a tu voluntad.

7 de septiembre

Texto: Hechos 4:23-37

Todo fluye de la Palabra

“Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia era sobre todos ellos. Así que no había entre ellos ningún necesitado; porque todos los que poseían heredades o casas, las vendían, y traían el precio de lo vendido” (Hechos 4:33-34).

Son interesantes los arroyos que fluyen de las altas cumbres de las montañas. Permanecen secos varios meses cada año hasta que se descongela la nieve acumulada. Sólo pueden entregar el agua que reciben. La sanación del paralítico en la puerta del Templo causó gran revuelo, el cual creció por la predicación apostólica; arrestando a los apóstoles, las autoridades pretendían que se callaran sobre la muerte y la resurrección de Jesús. Pero ellos no se detuvieron, como tampoco se detiene la obra de Dios en la iglesia. Con los primeros cristianos, oramos para que Dios envíe pastores que hablen la santa Palabra con valentía y verdad (Hch 4:29) porque de ella fluye la vida que da vida.

Los primeros cristianos vivieron en alegre respuesta a la predicación. No puede haber nada en la iglesia y en la vida que no mane de la fuente. Del costado de Jesús crucificado por nosotros salió agua y sangre, un bendito anticipo del Bautismo y la Santa Cena, donde Él nos perdona de nuestros pecados y nos hace suyos. Del mismo modo, la gracia de Dios sigue llegando a nosotros a través de los medios de gracia: el pan, el vino, el agua y la Palabra. Ya en el corazón creyente, salta a los labios, a las manos y a los pies para mostrar la misericordia de Dios a todos en palabras y hechos. Eso es lo que significa que “no había entre ellos gran necesidad”: naturalmente mostraron ese amor entre todos. Que podamos seguir recibiendo la medicina inmortal en el Servicio Divino, porque todo el sentido para la vida y acción de la iglesia se sustenta en lo que allí es entregado por los siervos de Dios.

Señor Jesús, guiados por el poder tu Palabra, ayúdanos para que, a través nuestra vida, fluya ese mismo amor y testimonio de tu resurrección con todos los que pasan necesidades entre nosotros. Amén.

(Cúbrame agua bautismal - HL - #786, estr.2)

Cristo en el árbol veo ya
Su cuerpo herido allí está,
Dejo a sus pies mi iniquidad
Secretos de mi oscuridad.

8 de septiembre

Texto: Hechos 6:1-7

El ministerio de la Palabra

“Entonces los doce convocaron a la multitud de los discípulos, y dijeron: No es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios, para servir a las mesas... nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra” (Hechos 6:2,4).

Luego de un terremoto y tsunami, visitamos con otro pastor a una señora que había perdido su casa en la ciudad de Iquique, Chile. Apenas entramos a su casa, ella dijo: *“¿Quién soy yo para que Dios me visite a través de ustedes?”* y poco después dejó en claro que lo que más necesitaba no era una casa nueva sino el acompañamiento pastoral y la Palabra de Dios. La iglesia primitiva tenía un problema con el descuido de las viudas. A pesar de lo importante que era la tarea de cuidarlas, los Apóstoles sabían que se podía involucrar a otras personas para hacerlo. Pero no cualquiera podía predicar el Evangelio y el perdón de pecados a todos los que creen en Cristo. ¡Esta es la tarea más importante y necesaria en el mundo! Pero al mismo tiempo parece ser la más despreciada. Muchos no quieren que sus pastores “pierdan el tiempo” estudiando y orando y se dediquen a tareas más prácticas. ¡Quieren resultados rápidos y visibles!

Las obras de cuidado humano son parte del ministerio de Cristo y, por lo tanto, de la iglesia y sus pastores. Pero la fe llega por el oír el Evangelio de la cruz (Ro 10:17). Para eso, Dios llama a sus pastores a una vida dedicada a la oración y al ministerio de la Palabra, porque mejor será su predicación, enseñanza y cuidado pastoral. No esperes ni busques a grandes organizadores de dones, gerentes de recursos humanos o motivadores. Busca a quien predique la Palabra de Dios, Su amor, visite, enseñe, bautice, perdone, traiga la comunión y te guíe a Cristo crucificado por ti.

Padre Celestial, ayúdanos a apoyar al ministerio de la Palabra con nuestras ofrendas y servicio a ti en tu iglesia. Danos pastores fieles, dedicados y constantes, para que la fe crezca cada día en nosotros. En el nombre de Jesús. Amén.

(Una cosa es muy necesaria - HL #857, estr.1)

Una cosa es muy necesaria,
a sus pies la encontrarás,
Cual María, junto a Jesús,
voz de pastor te compartirá;
Voz de pastor te compartirá.

9 de septiembre

Texto: Hechos 9:1-19

Un instrumento escogido por Dios

“El Señor le dijo: Ve, porque instrumento escogido me es este, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel” (Hechos 9:15).

¿A quién ves cuando ves a tu pastor? Saulo era un perseguidor de los cristianos, incluso aprobó y alentó la lapidación de Esteban, el primer mártir cristiano (Hch 7:58). Pero fue convertido en Pablo, apóstol del Evangelio. Dios elige y capacita a quien desea, incluso a los más improbables. El ministerio pastoral no es una profesión elegida por conveniencia, sino un llamado divino a través de la iglesia. El pastor es *“instrumento escogido”* para proclamar a Cristo, no por su propia perfección, sino por gracia de Dios.

Aprendemos que Dios actúa por medios visibles —como la predicación, el Bautismo y la Cena del Señor— para anunciar y dar su gracia, es decir, el perdón de tus pecados. De igual modo, Él usa a personas comunes para llevar el Evangelio. Sin embargo, muchas veces somos como Ananías, que no vio nada bueno en la elección de Saulo, y pretendemos discutir con Dios sobre nuestros pastores. *“¡No me gusta cómo predica! ¡No me gusta su estilo! ¡Si fuera otro pastor, le contaría mis problemas!”* Pensamos que todo en la iglesia es obra nuestra y no de Dios a través de sus siervos. Esto es importante para los pastores y para los miembros: debemos arrepentirnos y pedir perdón a nuestro Señor cuando ponemos primero nuestras preferencias o pensamientos. Perdonados por Cristo, somos animados a apoyar, orar y alentar al pastor, reconociendo la obra de Dios en él. Los pastores y las congregaciones honramos este llamado, buscando no nuestro propio beneficio, sino el del pueblo redimido por Jesús en el Calvario. Y al hacerlo estamos confesando que Dios sigue obrando en su Iglesia hoy.

Señor, gracias por los pastores que eliges para servirte a ti y a nosotros. Danos gratitud y fe para reconocer tu obra en ellos. En el nombre del buen pastor Jesús. Amén.

(¡Oh, Dios! Tu verbo santo - HL #800, estr.2)

La iglesia ha recibido
De Cristo el santo don.
Y de esa luz cual astro,
Esparce su fulgor;
Es ella arquilla de oro,
De joyas sin igual;
Es cuadro bien trazado
De Ti, Verbo eternal.

10 de septiembre

Texto: Hechos 13:1-3

Llamado divino

“dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado. Entonces, habiendo ayunado y orado, les impusieron las manos y los despidieron” (Hechos 13:2-3).

Hace muchos años ingresó una persona durante el Servicio Divino en una iglesia luterana. Al finalizar, pidió la palabra para saludar a los hermanos reunidos y dijo: *“Dios me ha revelado que seré el pastor de ustedes”*. Como el pastor no sabía qué decir, se paró el presidente de la congregación y le dijo: *“No sabemos si Dios le dijo eso o no, pero a nosotros no nos dijo nada, así que por favor retírese de nuestra iglesia”*. Las Escrituras dejan en claro que el llamado al ministerio no nace de una iniciativa humana, sino que es instituido por Jesús y es obra del Espíritu Santo. Dios lo hace a través de la iglesia, que, escuchando la voz de Dios en su Evangelio —que perdona nuestros pecados— y en oración, confía en que Dios aparta a sus siervos para la misión. El pastor puede declinar un llamado, porque en oración ha considerado también la voz de Dios. Y aunque pueda parecer que la iglesia o el pastor se equivocaron al discernir esa voz, se cumple el propósito del Espíritu Santo al animar a todos a confiar en que Dios sigue presente en medio de su pueblo redimido por Cristo.

Nuestro texto muestra la unidad entre el llamado divino y la confirmación de la Iglesia. Nadie se envía a sí mismo; es el Señor quien llama y la comunidad reconoce y ora por quienes Él escoge. En la iglesia luterana, este llamado incluye un llamado o envío público, acompañado por la oración y la imposición de manos (ordenación de un nuevo pastor o instalación, en la cual el pastor es instalado en su lugar de forma pública). Los fieles tienen aquí su lugar al ver el ministerio pastoral como un don que Cristo ha instituido y llama a través de su iglesia para toda la Iglesia, por el cual debemos orar y dar gracias.

Señor de la Iglesia, gracias por llamar obreros a tu mies a través de tu iglesia. Danos corazones atentos para apoyar y orar por los que sirven en tu nombre. Amén.

(A Ti, que por Tu muerte - HL #832, estr.2)

Señor, Tú has preparado las bodas de tu amor,
A todos has llamado al celestial favor.
Por calles y caminos tus mensajeros van,
Y pobres peregrinos acuden con afán.

11 de septiembre

Texto: Hechos 14:8-23

La verdad, aunque duela

“confirmando los ánimos de los discípulos, exhortándoles a que permaneciesen en la fe, y diciéndoles: Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (Hechos 14:22).

En la carta a los Romanos, San Pablo nos trae una imagen preciosa sobre el ministerio pastoral: *“¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!”* (Ro 10:15) Pero no luce muy hermoso cuando el pastor debe anunciar la ley de Dios, cuando debe decirnos que somos pecadores, que necesitamos arrepentimiento, que estamos bajo la ira de Dios. Por ser fieles al mensaje de Cristo, Pablo y Bernabé rechazan el ser adorados luego de sanar a un paralítico, aunque eso significara que las personas los odien por ello. Pablo fue dejado casi muerto en Listra luego de ser apedreado por unos judíos de Antioquía e Iconio que no resistieron escuchar la verdad de la salvación de Jesús. Y, finalmente, no les escondió a los cristianos la verdad de que el camino de la fe está lleno de tribulaciones.

El ministerio pastoral implica animar al pueblo en medio de las dificultades. No a prometer caminos fáciles, sino la fidelidad de Cristo, que nunca abandona a los suyos y nos brinda su perdón gratuitamente mediante su Evangelio. Es el mismo Jesús quien viene a nosotros, en medio de las tormentas, diciendo que tengamos ánimo y que creamos en Él. La peor tormenta ya fue calmada cuando Él caminó el camino de los pecadores hacia la horrible muerte en la cruz y nos ganó el perdón de nuestros pecados. Esta es la verdad que ha lastimado a Jesús; es por eso que el Apóstol instala a pastores en cada iglesia (Hch 14:23), porque necesitamos ser fortalecidos en la fe verdadera. La perseverancia no es algo de nuestra condición caída, sino una obra del Espíritu Santo, que sostiene a la Iglesia hasta el final.

Danos, Señor, pastores que nos animen en medio de este mundo roto por el pecado, de modo que comprendamos que las dificultades no son una señal de tu abandono. Permanece con tu iglesia hasta el fin. En el nombre de Jesús. Amén.

(¡Oh, Dios! Tu verbo santo - HL #800, estr.4)

Señor, haz que la iglesia,
De tu luz resplandor,
Mantenga en las naciones
Tu celestial fulgor.
Levanta mensajeros
Que anuncien tu verdad,
Y muchos logren verte
Allá en la eternidad.

12 de septiembre

Texto: Hechos 16:11-40

¿Cantamos un himno?

“Pero a medianoche, orando Pablo y Silas, cantaban himnos a Dios; y los presos los oían” (Hechos 16:25).

Quizás escuchaste la invitación a cantar de la boca de tu pastor muchas veces. Puede que en las visitas pastorales, pero por sobre todo en cada servicio divino. Es fácil cantar cuando estamos alegres, pero es más necesario hacerlo cuando estamos enfrentando cosas difíciles como una dura prueba, una enfermedad o incluso en medio de la muerte de un ser querido. Por eso cantamos expresando aquello que creemos y no cantamos cualquier cosa. Por eso promovemos el uso de himnarios que expresan nuestra fe en Jesús de manera clara.

Los pastores Pablo y Silas estaban injustamente encarcelados, pero su fe no se apaga: cantan. Esa alabanza en la oscuridad es testimonio del poder del Evangelio. No sabemos qué himnos cantaron, pero podemos afirmar que probablemente eran himnos de alabanza y confianza en Dios como están en el libro de los Salmos (Sal 46, 23 y 27). El gozo en Cristo no depende de las circunstancias, sino de su presencia y su perdón, que Él trae a ti por la prédica de Su Evangelio. La Iglesia aprende, por la Palabra predicada de sus pastores, a adorar aun en medio de las pruebas. Cuando el pueblo de Dios canta en la noche, el mundo escucha. Por sobre todo, somos guiados por nuestro pastor a cantar la liturgia divina, la misma palabra de Dios que centra nuestra fe y esperanza en la obra de Cristo por nosotros. A través del pastor nuestra vida recibe aquello que no tiene por las prisiones del pecado, del diablo y de nuestra propia carne. Y somos liberados por el perdón, la Palabra y la medicina inmortal del Cuerpo y Sangre de Cristo, porque su amor no puede ser encarcelado. ¿Cantamos un himno?

Misericordioso Dios, ayúdanos a cantar con confianza en la salvación que regalas y a hacerlo aun en medio de las prisiones de la vida. Gracias, porque nos has librado de todo mal por Jesús. Amén.

(Con calma ¡oh, mi alma! - HL #945, estr.1)

Con calma, ¡oh, mi alma!, espera en el Señor:

Paciente sufre penas y dolor.

Encarga a Dios gobierno y provisión:

Es siempre igual su grande compasión;

Pues Él, tan fiel, tu Amigo más leal,

Irás contigo hasta el feliz final.

13 de septiembre

Texto: Hechos 17:10-15

Escuchar y examinar

“Y estos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así” (Hechos 17:11).

“Si lo dice el pastor, es verdad”, suena muy lindo a los oídos carnales, y está muy bien confiar en aquel a quien la iglesia ha llamado para traer el santo Evangelio. Pero también refleja el gran riesgo de creer una mentira que aparte los ojos de la fe del salvador Jesús, que ha dado su vida como precio por nosotros. Por esto, el Espíritu Santo ha querido dejarnos en su Palabra el ejemplo de Berea. Los creyentes de Berea escucharon a Pablo con entusiasmo, pero también con discernimiento, corroborando toda palabra del Apóstol con las Sagradas Escrituras. Este espíritu es esencial en toda comunidad cristiana: una fe que escucha, reflexiona y se afirma en la verdad revelada.

El ministerio pastoral no busca imponer ideas propias, sino guiar a la congregación hacia la Palabra que llega a través de la ley (nos dice quiénes somos: pecadores que necesitan del Redentor) y del Evangelio (nos dice lo que Dios ha hecho y sigue haciendo por nosotros en Cristo para perdonar nuestros pecados). En la Iglesia Luterana confesional afirmamos esto con la frase *“Sola Scriptura – Solo la Escritura”*, que nos recuerda el fundamento de la fe y de la predicación. Cuando el pueblo de Dios se alimenta de la Palabra, la iglesia se fortalece y se evita el error que puede llevar al gran desastre de perder la fe o de creer en cualquier cosa. Escuchar, meditar y contrastar todo con la Biblia es una forma de honrar al Señor, que nos habla a través de la boca de nuestro pastor. ¡Recibamos la Palabra con alegría y discernimiento!

Amado Jesús, gracias por poner la noticia de la salvación en la boca de nuestros pastores. Ayúdanos a discernir la verdad de Cristo para que nuestra salvación por el perdón de los pecados esté guardada hasta el último día. En el nombre de Jesús. Amén.

(Jesucristo del pecado - HL #740, estr.7)

Tú, Señor, me redimiste,
Vida eterna me adquiriste:
Hazme a Dios y al hombre amar
Y firme en tu Palabra estar.

14 de septiembre

Texto: Hechos 20:17-25

Servir con humildad y lágrimas

“Vosotros sabéis cómo me he comportado entre vosotros todo el tiempo, desde el primer día que entré en Asia, sirviendo al Señor con toda humildad, y con muchas lágrimas, y pruebas que me han venido por las asechanzas de los judíos” (Hechos 20:18-19).

Entré en un local para comprar unos dulces y el empleado me atendió amablemente con una sonrisa. Le dije: *“¡Gracias por su servicio!”* Su respuesta me dejó perplejo: *“¡No soy siervo de nadie!”* No queremos ser siervos; queremos ser servidos; no queremos dificultades; queremos éxitos. San Pablo contradice este pensamiento. Se dirigía a Jerusalén y el barco atracó en Mileto en lugar de Éfeso. Entonces mandó llamar a los pastores de Éfeso, que eran de más de una congregación, para despedirse y dejarles una enseñanza sobre el ministerio. Cree que morirá por causa del Evangelio, no volverá a verlos y está listo para ello: *“Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios” (Hch 20:24).*

Los pastores no se sirven a sí mismos, sino a Cristo, que sufrió el dolor y el rechazo. Así sucede con los ministros del Evangelio: su vida está marcada por las lágrimas y pruebas, y no por el poder. Los fieles también deben entender esto: que su pastor es un pecador, pero que está atado a la verdad del Evangelio, a enseñarnos de Cristo, para el perdón de nuestros pecados, y no a los caprichos del mundo. Y esto es maravilloso porque entonces puedo estar seguro de que mi vida es guiada al cielo por causa aquel que fue verdaderamente humillado y lleno de lágrimas y dolor: ¡Mi Señor Jesucristo!

Amado y sufriente Salvador, ayúdanos a ver a nuestros pastores como tus siervos. Oramos para que, así como estás con nosotros en medio de las cruces de esta vida, también los sostengas para que acaben su carrera con gozo. En el nombre de Jesús. Amén.

(Quiero, Jesús, mi rey - HL #878, estr.3)

Y de mi vida al fin,
Mi corazón
Aliento tomará
Solo en tu amor;
Pues mi oración será
Amarte más, ¡Oh, Cristo! más,
Amarte más,
Amarte más.

15 de septiembre

Texto: Hechos 20:26-31

Todo el consejo de Dios

“porque no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios. Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre” (Hechos 20:27-28).

Si participas con frecuencia en la iglesia luterana, te habrás dado cuenta de que los pastores predicán una serie de textos bíblicos y temas durante todo el año. El leccionario nos permite escuchar sobre cuán ancho, largo, alto y profundo es el amor de Dios en Cristo Jesús (Ef 3:18). El Apóstol sigue hablando con los pastores de Éfeso y nos enseña asuntos fundamentales sobre el ministerio pastoral y los pastores.

Los pastores tienen que preocuparse por su propia fe y salvación. Deben enseñar no sobre lo que crean que es necesario, sino *“todo el consejo de Dios”*, que no es otra cosa que su Santa Palabra infalible y sin error. El Espíritu Santo es quien pone pastores para traer este alimento que proviene de Cristo, quien nos perdona y salva de nuestros pecados, y cuidar del rebaño de Cristo. Las ovejas no son de los pastores, sino del que las compró con su propia sangre. Y, tristemente, hay lobos rapaces que apartan a las ovejas de la salvación, con doctrinas equivocadas. Luchamos contra el pecado de pensar en seguir nuestras ideas acerca de lo que es bueno para la iglesia, de olvidar que la iglesia es de Aquel que derramó su preciosa sangre para redimirla. Y el pecado de no cuidar del pueblo santo, ocupándonos en cosas que no son las que el Señor espera y que las ovejas necesitan. Demos gracias a Dios porque la salvación depende de Su obra y cuidemos de que se predique el precioso Evangelio del perdón. Porque el Señor está con su iglesia donde se enseña la pura Palabra y se administran los sacramentos conforme al mandato de Cristo.

Buen Jesús, ayúdanos a permanecer en la verdad de tu Evangelio de perdón, de modo que no caigamos en las manos de lobos rapaces que buscan apartarnos de tu preciosa cruz. Amén.

(¡Oh, mi Dios, oh, Rey eterno! - HL #1004, estr.3)

Ved la luz que se levanta
Sobre toda la nación;
“Id y doctrinad”, Tú dices,
Y tus siervos doquier van
Predicando, predicando
Tu gloriosa salvación.

16 de septiembre

Texto: Hechos 20:32-38

Los pastores pasan, la palabra de Dios permanece

“Y ahora, hermanos, os encomiendo a Dios, y a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados” (Hechos 20:32).

No es posible negar el dejo de tristeza en las santas palabras de despedida del Apóstol Pablo a los pastores de Éfeso. Quizá lo hayas vivido al despedir a un pastor que ha servido fielmente en tu iglesia. Pero el precioso título de nuestros devocionales, *“La Palabra del Señor permanece para siempre”* (1 Pe 1:25), nos anima a recordar que, a pesar de que todo en este mundo terminará, lo que Dios construye, las promesas de vida eterna en Cristo, son reales. ¡Cuánto consuelo encontramos allí al pensar en el ministerio pastoral! Él deja a pastores y creyentes no en manos humanas, sino en la gracia de Dios. Esa Palabra sigue edificando a la iglesia más allá del tiempo y de las personas.

Los pastores fieles señalan a Jesús para el perdón de tus pecados en todo momento, y no a sí mismos. Tienen la certeza de que son pasajeros, pero la gracia de Dios permanece y sostiene a su pueblo. El pueblo de Dios puede confiar en que la Iglesia no depende del carisma ni de la fuerza de un hombre, sino del poder del Evangelio. Esta promesa consuela a las congregaciones que enfrentan cambios o despedidas: la Palabra que las llamó seguirá guiándolas hasta la herencia eterna. Mientras tanto, debemos perseverar en ayudar a los necesitados, dando aquello que hemos recibido de la mano de quienes nos han servido como pastores, llevando a Jesús en sus vidas y en su testimonio. Todos los presentes lloraron y acompañaron a Pablo hasta el barco pensando que no lo verían más. Pero seguros de la herencia que dejó él al partir, dejó su perdón y salvación con nosotros, nuestro bendito salvador Jesucristo.

Señor, gracias por los pastores fieles que nos enseñaron las palabras de Jesús. Ayúdanos a perseverar en la Santa Palabra de salvación, caminando seguros a la vida eterna. En el nombre de Jesús. Amén.

(Proseguid vuestro camino - HL #751)

Proseguid vuestro camino:
Que os guíe el Salvador divino
Y os guarde su ángel protector.
De Jesús las santas manos
Amparan siempre a los hermanos
De los peligros en redor;
Pues Él muy cerca está,
Él os bendecirá día y noche.
En la oración está la unión;
Id al país de promisión.

17 de septiembre

Texto: 1 Timoteo 1:12-17

La caja para el regalo

“Doy gracias al que me fortaleció, a Cristo Jesús nuestro Señor, porque me tuvo por fiel, poniéndome en el ministerio” (1 Timoteo 1:12).

Encontrar una buena caja, papel y moño para un regalo puede ser una tarea complicada. Porque el regalo puede no ser perfecto, pero el envoltorio abrirá los ojos y la expectativa sobre lo que se recibe. Pablo no se presenta como héroe del Evangelio, sino como agradecido. Él sabe que su ministerio es pura gracia: Cristo lo fortaleció, lo perdonó y lo puso en servicio. El ministerio pastoral también es una muestra de la gracia de Dios. No es un premio al mérito, sino un regalo al pueblo de Dios: hombres débiles y pecadores que, por la Palabra, anuncian el perdón eterno de Cristo logrado en el Calvario. Cuando en el Servicio Divino el pastor recibe primero la Santa Cena, está expresando que él es el primer pecador de la congregación y que, como Pablo, entrega el perdón que necesita y recibe primeramente para su propia vida.

La gratitud del apóstol nos invita a mirar a nuestros pastores con ojos de fe. Detrás de su humanidad hay un llamado divino dirigido a través de la iglesia. Y detrás de su servicio, la fuerza de Cristo que los sostiene. Podemos desilusionarnos si miramos al hombre que ostenta tamaño oficio, finalmente, es tan pecador e imperfecto como nosotros. Pero ha sido Dios quien lo ha puesto como la caja de sus regalos misericordiosos para nosotros. Cuando los fieles ponen sus ojos en la persona, comienzan a dudar de aquello que está entregando y ponen en riesgo su fe. No se trata de la persona, sino del pastor que predica Cristo crucificado por el perdón de tus pecados y el amor de Dios para nosotros. Demos gracias por cada predicación, visita, consejo, enseñanza y sacramento administrado fielmente. Todo es fruto del amor de Cristo hacia su Iglesia.

Gracias, Señor Jesús, por quienes sirven en tu nombre. Fortalécelos en tu gracia para que su ministerio sea fiel y gozoso. Ayúdanos a confesar nuestros pecados y escuchar tu perdón juntos como tus ovejas redimidas. En el nombre de Jesús. Amén.

(A la obra santa del ministerio — HL #1033, estr.1)

A la obra santa del ministerio
Entren gozosos, Dios soberano,
Los que Tú llamas a tu servicio,
A ser pastores de tu rebaño.

18 de septiembre

Texto: 1 Timoteo 2:1-7

Salvación para todos

“Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y lleguen a conocer la verdad” (1 Timoteo 2:3-4).

Alguien definió el Servicio Divino o Culto Público como “tener un pedazo del cielo en la tierra”. Allí Dios se hace presente para traernos sus regalos de gracia en Cristo. Recibimos el perdón, la predicación y los Sacramentos. Y también presentamos ante el Señor nuestra respuesta a su Palabra, dirigidos por el pastor, que incluye alabanzas, ofrendas de agradecimiento, confiadas oraciones y acciones de gracias por todos, que Dios ha prometido escuchar y recibir. Pero no conforme a lo que se nos ocurra, sino a la santa voluntad de Dios. El culto y el trabajo del pastor no están, por tanto, establecidos por los antojos de los seres humanos, sino que han sido dados por Dios para anunciar y enseñar.

Sólo Jesús es el Salvador del pecado y de la muerte y creyendo en Él somos salvos. Jesús dio voluntariamente su vida como rescate por los que estaban cautivos bajo el pecado y la muerte (Mc 10:45). Y este acto de Jesús refleja el deseo de Dios de que todos los pueblos sean salvos. Sólo Cristo es el mediador entre Dios y los hombres. Los pastores no son mediadores sino heraldos, anunciadores de la Buena Noticia. Y su labor es comunicar exactamente el mensaje que les ha sido confiado. Entonces, ya lo ves, querido cristiano: la iglesia es el lugar; el culto y la oración son la forma. El pastor es el anunciador y nosotros, juntos, vivimos el privilegio de la salvación de Jesús para todos. ¡Compartamos y enseñemos esta verdad para el mundo! ¡Comenzando en casa, en el trabajo o donde sea que Dios nos ponga!

Amado Dios, te rogamos por todos los hombres, para que crean en la verdad salvadora de Tu Hijo Jesús. Te damos gracias por los pastores que anuncian tu misericordiosa voluntad. En el nombre de Jesús. Amén.

(Unidos como hermanos - #608, estr.1)

Unidos como hermanos,
¡Oh, Dios, nuestro Hacedor!
Te alzamos nuestro canto,
Tributo del amor.
Tu nombre veneramos
Con santa devoción,
Y en cuerpo y alma unidos
Te oramos con unción.

19 de septiembre

Texto: 1 Timoteo 3:1-7

El oficio más necesario

“Palabra fiel: Si alguno anhela obispado, buena obra desea” (1 Timoteo 3:1).

Martín Lutero dice que todos los oficios del mundo son necesarios, pero hay uno que no debe faltar. Sí, ya lo imaginas: es el oficio pastoral. Porque todos los seres humanos nacemos con la marca de la muerte y el pecado en nuestros cuerpos y necesitamos escuchar la Buena Noticia del perdón de Cristo. El ministerio pastoral es descrito por Pablo como una *“buena obra”*. No porque sea fácil o reconocido como bueno por el mundo, sino porque es un servicio necesario al Evangelio, que predica el perdón de tus pecados. Sin la voz que anuncia no hay fe que sea producida por el Espíritu Santo, sin las manos que consagran no hay sacramento para entregar, sin los oídos que escuchan la confesión no hay perdón para otorgar en el lugar y por mandato de Cristo. Pero son muchas las veces que pensamos que es mejor un ingeniero o un médico que un pastor, olvidando nuestra verdadera necesidad.

El pastor no se coloca a sí mismo en ese lugar, es Dios quien lo llama a través de la iglesia; pero quien anhela este oficio debe hacerlo con corazón dispuesto a servir. Deberá procurar cada una de las cualidades mencionadas en (1 Tim 3:2-7), que no son otras que las que Jesús ha tenido y que por naturaleza no poseemos, sino que también son fruto de la fe en el Salvador por la obra del Espíritu Santo en nosotros. La iglesia participa de esta *“buena obra”* al entregar a sus hijos al servicio de Dios y al honrar, apoyar, sustentar y orar por sus pastores y misioneros. Además, al reconocer la obra de Cristo que actúa a través de sus siervos, apoyamos a los seminarios que forman a quienes anhelan sumarse al único oficio realmente necesario para la salvación.

Señor, enséñanos a valorar el ministerio que tú estableces. Que sirvamos con gozo junto a nuestros pastores en tu obra. Que nuestro testimonio sea fiel y que siempre señale tu cruz. En el nombre de Jesús. Amén.

(A la obra santa del ministerio - HL #1033, estr.2)

Úngelos, Padre, desde los cielos;
De ciencia y gracia sean colmados;
Con su Palabra, virtud y ejemplo,
Honren siempre tu nombre santo.

20 de septiembre

Texto: 1 Timoteo 4:6-10

Buen ministro de Cristo

“Si esto enseñas a los hermanos, serás buen ministro de Jesucristo, nutrido con las palabras de la fe y de la buena doctrina que has seguido” (1 Timoteo 4:6).

Escuché a un *“pastor”* que en sus sermones contaba historias de sus viajes y de lo provechoso que es conocer otros lugares. Lo hacía con tanta pasión que sus miembros lo alababan y admiraban, mientras su fe estaba puesta en sus grandilocuentes historias y no en Jesús. Un buen ministro no inventa su enseñanza, sino que transmite fielmente la Palabra recibida. Pablo instruye a Timoteo a enseñar la buena doctrina, no tradiciones humanas que, aunque parezcan buenas y sean agradables de escuchar, solo llenan de más basura el corazón de los oyentes para perdición de sus almas.

El pastor es como un mayordomo: no es dueño del mensaje, sino siervo encargado de repartir el perdón que el Evangelio nos da. Aprende y aplica la Palabra de Dios primero en su propia vida. Está llamado a predicar la ley que condena el pecado y el Evangelio que da y otorga el perdón y la vida eterna por medio de la obra de Jesucristo. Su tarea es cuidar de que la comunidad se nutra de la verdad y no del error. En la vida de la iglesia, la sana doctrina es un tesoro que nos apunta a Cristo y protege la fe. Cuando el pastor enseña con fidelidad, el pueblo crece en madurez y seguridad en Cristo. Escuchemos con atención la predicación de nuestros pastores, corroboremos todo con la Santa Palabra, estudiándola con fervor. Apoyemos con nuestras ofrendas la labor de nuestros pastores y cuidemos juntos del precioso tesoro; apartémonos de las doctrinas humanas y perseveremos en la verdad de Cristo.

Señor, haz de nuestros pastores buenos ministros de Cristo, y de nosotros oyentes atentos y agradecidos de tu Palabra. En el nombre de Jesús. Amén.

(A la obra santa del ministerio — HL #1033, estr.3)

Velen alerta cual atalayas,
Y las trompetas siempre sonando
De los peligros al pueblo avisen,
Y de la astucia del adversario.

21 de septiembre

Texto: 1 Timoteo 4:11-16

Ser y parecer

“Ninguno tenga en poco tu juventud, sino sé ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza” (1 Timoteo 4:12).

Se dice con razón que *“el hábito no hace al monje”* y es verdad, pero también es cierto que el pastor no sólo debe parecer un pastor, sino también ser uno. Timoteo probablemente tenía unos 30 años en ese momento, por lo que muchos creyentes de Éfeso habrían sido mayores que él y quizá no estaban tan dispuestos a escuchar a un joven. Todos debían aceptar la enseñanza de Timoteo, pero él debía adornarla con palabras y hechos, y se caracterizaría por tres cosas: por el amor, por la fe y por la pureza. Todos los cristianos deben buscar esa piedad. Pero para el pastor Timoteo, la búsqueda de esa piedad facilitaría que otros creyentes escucharan su exhortación y enseñanza.

Tu pastor es un pecador y puede que no tenga la experiencia de una persona mayor, pero ha sido puesto por Dios. Pablo le recuerda a Timoteo, y a nosotros, su ordenación pública, cuando la palabra de Dios fue proclamada y se le impusieron las manos (1 Tim 4:14). Allí, el pastor recibe la gracia del ministerio público y todos los dones necesarios para ejercerlo. No sólo el joven Timoteo, sino todos los creyentes somos exhortados a recibir la enseñanza de nuestros pastores, consolados por el Evangelio que pone nuestra fe y esperanza en Jesús, y guiados en santidad. Rechazarlos es rechazar al mismo Dios que los ha dado a su iglesia como líderes. No importa si es joven o adulto, el pastor que predica el Evangelio del perdón de tus pecados es la voz de Dios en medio del mundo, a través de la Palabra de Dios clara y verdadera. ¡Ayúdanos, buen Pastor, a entenderlo y a clamar para que los guíes a ser ejemplo de la fe en Cristo!

Señor, que tu Palabra siempre sea el centro de nuestra fe y adoración. Bendice a quienes la proclaman fielmente en medio de tu pueblo. Danos corazones dispuestos a tu gracia en Cristo. En el nombre de Jesús. Amén.

(Ven, Santo Espíritu, Señor-- HL #533, estr.1)

¡Ven, Santo Espíritu, Señor,
Infunde de tu gracia el don
En mente y corazón del fiel,
Tu amor celoso enciende en él!
Señor, Tú has con viva luz
Pueblo en torno de la cruz,
De todas lenguas juntado.
Por ello seas alabado.
¡Aleluya, aleluya!

22 de septiembre

Texto: 1 Timoteo 6:11-16

Pelea con gentileza

“Mas tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre. Pelea la buena batalla de la fe” (1 Timoteo 6:11-12).

Hace poco tiempo unos padres de mi congregación vinieron a contarme con angustia que su hijo había peleado con otro niño en la escuela. Él tenía muchas razones para hacerlo, pero no podía estar peleando todo el tiempo. Las palabras del anciano Pablo al joven pastor de Éfeso, su hijo en la fe, parecen decir lo contrario: toda la vida del pastor es una batalla. Lo que está en juego son las mismas almas del pueblo de Dios. Y no hay contradicción en pelear y seguir la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia y la mansedumbre. Por sobre todo, incluso ante las dificultades, el pastor está llamado a no ceder en la confesión de la fe, a gloriarse en Cristo y no en sí mismo. Esta es la buena batalla de la fe que libró nuestro Señor Jesucristo, que luciendo débil, era fuerte, que confesó su divinidad ante Poncio Pilato y que, cuando padeció, no abrió la boca. Todo por nuestra justificación.

Es por ello que, cuando el pastor cuida, predica, hace la buena profesión y pelea la buena batalla de la fe, busca hacerlo con gentileza. En medio de todo esto, también es llamado, junto con nosotros, los creyentes, a reconocer sus pecados, a arrepentirse y a tener fe. Acudiendo continuamente a la fuente, que son las Escrituras, para aprender y proclamar la Palabra vivificante de nuestro Señor y Salvador, Jesucristo, quien te perdona a ti tus pecados. Lo que nuestro Señor ha confiado a sus pastores es algo grande y poderoso, que no puede ser hecho con las propias fuerzas. Pero Dios es incansable en su misericordia hacia nosotros, sus hijos. Su amor no tiene fin; créelo, por el amor de Jesús.

Señor, haz de tus siervos hombres de fe, justicia y mansedumbre. Guíanos a todos en el camino de la piedad que fluye de Tu cruz. En el nombre de Jesús. Amén.

(Dios de gracia, Dios de gloria - HL #955, estr.4)

Guíanos por alta senda,
Cristo, de la santidad;
Proclamando para el alma
Verdadera libertad.
Danos luz y valentía
Y firmeza en tu verdad,
Y firmeza en tu verdad.

23 de septiembre

Texto: 2 Timoteo 1:8-11

Todos los huevos en una sola canasta

“quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos” (2 Timoteo 1:9).

¿El título está mal? El dicho dice que nadie pone todos los huevos en una sola canasta. A no tener una sola opción, sino más de una alternativa por si algo fallara. San Pablo está preso y sabe que morirá pronto, no por enfermedad, sino porque anunció a Jesús. Podría haber preservado su vida si hubiera callado. Le escribe al joven pastor Timoteo para animarlo a no abandonar su ministerio: *“no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor, ni de mí, preso suyo, sino participa de las aflicciones por el evangelio según el poder de Dios”* (1 Tim 1:8). No es una charla muy motivadora; no dice que todo estará bien, sino que sufrirá el rechazo del mundo entero. No hay arrepentimiento en el apóstol; vale la pena que, tanto la iglesia como los pastores, estén enfocados, con todos sus esfuerzos y recursos, en señalar a aquel que ha dado su vida en la cruz por el perdón de tus pecados y del mundo entero, y es la razón de todo.

Dios nos llamó de lo que éramos —pecadores dedicados a rebelarnos contra Él— y nos trajo a una nueva vida, una vida que le sirve. No *“conforme a nuestras obras”*, sino *“según el propósito suyo y la gracia”*. Es ese amor de Dios que da lo *contrario* de lo que merecemos. Como Pablo, sabemos en quién hemos creído y no nos avergonzamos porque Dios guardará su promesa. Animemos a nuestros pastores a no bajar los brazos, porque vale la pena poner todo en la canasta del Evangelio, aferrados por fe a Jesús como Salvador *“el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio”* (1 Tim 1:10).

Señor, gracias por llamarnos a servirte por pura gracia. Fortalece a quienes has puesto en el ministerio y enséñanos a vivir agradecidos por tu propósito, sabiendo que vale la pena incluso morir por causa de Cristo. En el nombre de Jesús. Amén.

(A la obra santa del ministerio - HL #1033, estr.5)

Fuego divino pon en sus almas,
El Evangelio pon en sus labios,
Haz que rebosen, Dios bondadoso,
Sus corazones de amor sagrado.

24 de septiembre

Texto: 2 Timoteo 1:12-18

El recipiente que preserva

“Retén la forma de las sanas palabras que de mí oíste, en la fe y amor que es en Cristo Jesús. Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros” (2 Timoteo 1:13-14).

Los que saben de vinos dicen que debe beberse en una buena copa. No porque el recipiente cambie el contenido, sino porque lo protegerá de que sea corrompido por un recipiente sucio o no propicio para su cuidado. Y porque permitirá que se reciba tal y como fue concebido. Se trata, en nuestro caso, de un tesoro que debe ser preservado, cuidado y mantenido para beneficio de muchos. Pablo exhorta a Timoteo a conservar la enseñanza apostólica acerca de Cristo encarnado, quien se entregó a la cruz por el perdón de tus pecados, sin alterarla. No se trata solo de repetir palabras, sino de guardar su contenido en la fe y el amor de Cristo crucificado. A pesar del tiempo y los años que pasan, la verdad del Evangelio no cambia, y debe ser expresada tal como el Señor la ha transmitido de una generación a otra para salvación y vida eterna. Y no sólo en el sermón, sino también en la liturgia divina y en los himnos que preservan el contenido de la fe de manera pura, como una caja fuerte preserva su interior.

Los pastores son animados a mantener *“la forma”* que preserva el contenido. La doctrina no es una carga, sino un don que preserva el Evangelio puro y nos muestra todo acerca de Jesús. Retener las *“sanas palabras”* significa mantener el mensaje de la justificación por gracia mediante la fe, sin desviarse hacia el legalismo ni las supersticiones. Los pastores están llamados a cuidar esta herencia, y los laicos, a discernirla y defenderla. Cada generación debe recibir y transmitir la verdad de Cristo con fidelidad y ternura. Cuando la doctrina sana se mantiene, la Iglesia permanece sana; cuando se diluye, el Evangelio se pierde.

Señor, guarda a tu Iglesia firme en la sana doctrina y fortalece a nuestros pastores para que la enseñen con amor y fidelidad, en el nombre de Jesús. Amén.

(Ven, Santo Espíritu, Señor -HL #533, estr.2)

¡Oh, Santo fulgor!, haz brillar
El Verbo que vida nos da,
Háznos a Dios conocer bien,
Amarle cual a Padre fiel.
Señor, guarda de extraña ley,
Maestro no busque tu grey
Sino a Jesús en recta fe
Confiando en Él con todo su ser.
¡Aleluya, aleluya!

25 de septiembre

Texto: 2 Timoteo 2:14-21

Recuérdanos siempre

“Recuérdales esto, exhortándoles delante del Señor a que no contiendan sobre palabras, lo cual para nada aprovecha, sino que es para perdición de los oyentes” (2 Timoteo 2:14).

Una vez le pregunté a un pastor por qué no leía el evangelio todos los domingos. Dijo que la gente se cansaría de escucharlo constantemente. Sorprendido es la palabra más suave que se me viene a la mente. Se lo comenté a otra persona y estuvo de acuerdo con el pastor. Se cansarían de escuchar el evangelio todos los domingos. Pablo dice que debemos enseñar el Evangelio, esta preciosa noticia de la cruz de Jesús, muerto y resucitado por nuestros pecados. Y no sólo los domingos, sino todos los días. El trabajo del pastor es predicar continuamente el Evangelio de la muerte y resurrección de Jesús por el perdón de tus pecados, y no se cansa de ello. La repetición frecuente es necesaria para aprender. Pablo instruye a Timoteo a recordarles a los maestros de la iglesia lo que les había enseñado. La palabra que Pablo usa es empática cuando dice *“recordar”*. Eso significa que el evangelio es de gran importancia y nunca debemos cansarnos de predicarlo ni de escucharlo.

Las disputas sobre doctrina surgen cuando alguien encuentra *“algo nuevo”* en la Palabra de Dios. Pablo le dice a Timoteo que se presente ante Dios como alguien aprobado (2 Tim 2:15). Debe manejar la Palabra de Dios como está destinada. La gente ha estudiado la Biblia durante miles de años. Si encuentras a alguien que haya encontrado *“algo nuevo”* ¡corre de allí! Están esparciendo veneno. Si entra en el torrente sanguíneo de la iglesia, se propagará como gangrena y apartará de la verdad a los fieles. Así sucedió en la historia de la iglesia que, después de cuidar la doctrina, se apartó trayendo enseñanza de hombres. Por eso, Lutero y los reformadores buscaron llevar a la iglesia de regreso a la vida de la iglesia primitiva. La Palabra de Dios nunca cambia. Las doctrinas nuevas o novedosas son errores garantizados. ¡Danos pastores fieles, buen Jesús!

Espíritu Santo, manténnos en la pura verdad del Evangelio. Recuérdanos, a través de tus pastores, que necesitamos siempre de Jesús la salvación. En el nombre de Jesús. Amén.

(Hoy rogamos, Padre Amado -HL #569, estr.4)

Padre santo, Dios eterno,
Dueño bueno de la mies,
A tu iglesia oye, tierno,
Que suplica Tú le des
Más obreros que prediquen
Con firmeza tu verdad,
Y por Cristo glorifiquen
Guiando con fidelidad.

26 de septiembre

Texto: 2 Timoteo 2:22-26

No hay manera suave de decirlo

“Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido” (2 Timoteo 2:24).

Un pastor visitó a un miembro alejado de la iglesia. Cuando le preguntó por qué se había apartado, le dijo: *“es que el pastor anterior de la congregación me dijo cosas feas.”* ¿Y qué le había dicho el pastor? Le dijo que vivir con su novia sin casarse estaba contra la Palabra de Dios. El nuevo pastor de la iglesia le respondió: *“No hay una manera suave de decirle a alguien que está equivocado y debe arrepentirse”*. A veces confundimos lo que San Pablo le dice a Timoteo. Mezclamos amabilidad con mentira, porque no queremos escuchar lo que Dios nos habla a través de Su siervo. Tenlo por cierto: no es fácil para un pastor traer la ley de Dios. Pero sólo la Palabra de Dios es la que limpia nuestro camino apartándonos del diablo para llevarnos y mantenernos aferrados por la fe a Jesús.

Pablo usa la palabra “siervo” para describir tanto el oficio pastoral como su propio ministerio apostólico (Ro 1:1); para resaltar que los pastores son siervos de Dios y esclavos de la verdad. Y aunque no hay una manera suave de decirlo, buscan corregir con mansedumbre, tranquilidad y dulzura a los que se oponen al Evangelio, de modo que Dios le dé el arrepentimiento conforme a la verdad. ¿Para qué? Para que no caigamos en la trampa del diablo, que sólo busca apartarnos de Cristo. Y lo hace justamente con la tentación de seguir los razonamientos e ideas propios y ajenos que contradicen la verdad de las Escrituras. Por eso debemos dar gracias cuando escuchamos a nuestro pastor traernos la ley. Detrás de palabras duras hay amor que salva, que consiste en arrepentirnos y creer en su perdón, en la búsqueda del que necesita arrepentimiento y liberación de Satanás. Recibamos la enseñanza con mansedumbre, sometidos a Cristo.

Espíritu Santo, por la santa Palabra, danos arrepentimiento de nuestros pecados, de modo que, confiados en nuestro Redentor Jesús, escapemos de las trampas que el diablo nos pone cada día. En el nombre de Jesús. Amén.

(Muéstrame Señor tus caminos—HL, #839)

Muéstrame, Señor tus caminos,
Enséñame en tus sendas a andar;
Muéstrame, Señor tus caminos,
Enséñame en tus sendas a andar.

27 de septiembre

Texto: 2 Timoteo 3:1-9

No es una cuestión de opiniones

“También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos” (2 Timoteo 3:1-2).

Los seres humanos, por naturaleza, somos “*opinólogos*”; nos gusta dar nuestras razones sobre todo, sea sobre política, deportes, economía y demás asuntos de la vida. Y puede estar bien, pero cuando se trata de los asuntos de la fe, debemos entender que sólo hay una opinión que vale: la de la bendita revelación divina. También debemos aprender que la iglesia, a través de sus pastores, combate la cultura popular que sostiene que todo puede y debe ser cuestionado. Pablo advierte al joven pastor de Éfeso y a todos los pastores sobre el carácter de los hombres en los últimos tiempos, llevados por sus ideas y opiniones. Esto es sumamente triste, ya que, si la iglesia cae en esta tentación, correrá como un reguero de pólvora que contaminará el puro mensaje del evangelio salvador.

Los últimos tiempos son desde que Jesús ascendió a los cielos hasta hoy, mientras sus ovejas esperan la consumación final, cuando regrese en gloria y majestad a juzgar a los vivos y a los muertos, como confesamos en el Credo Apostólico. Janes y Jambres (2 Tim 3:8) se opusieron a la voluntad de Dios que Moisés trajo al faraón egipcio. Aún hoy el ministerio pastoral y todos los cristianos sufren tentaciones que buscan hacerlos caer fuera de la gracia de Dios en Cristo Jesús. El don bautismal del Espíritu Santo crea en nosotros un deseo progresivo de arrepentimiento y de perdón. Y aunque podamos caer habitualmente en pecado, Dios nos llama una y otra vez a la fe por medio de su Palabra predicada por la boca de los pastores, recordándonos el perdón y la vida que recibimos de Jesucristo.

¡Gracias, Señor, por tu misericordia! Señor, fácilmente caemos en engaños y pecados. Guárdanos de toda tentación que nos aparta de Ti. En el nombre de Jesús. Amén.

(Padre, Tu Palabra es - HL #838, estr.3)

Cuando atiendo yo a tu voz
Paz y gracia puedo hallar,
Y con firme pie veloz,
Por tus sendas caminar.

28 de septiembre

Texto: 2 Timoteo 3:10-16

Solo la Escritura

“Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:16-17).

A nadie se le ocurriría abrir una lata de conservas con un martillo porque, aunque lo lograra, se perdería mucho tiempo y el resultado no está asegurado. Es necesario encontrar la herramienta útil creada con ese propósito. Toda la Escritura es inspirada por Dios, lo que significa que es Su propia Palabra, perfecta, sin error y, por sobre todo, útil. El ministerio pastoral se fundamenta en esta convicción: no hay nada en este mundo que iguale la autoridad de la Biblia. Por eso, los pastores predicán con confianza, sabiendo que la Palabra misma tiene poder para crear fe, corregir el error y consolar al afligido.

El apóstol Pablo le pidió a Timoteo que perseverara en las creencias y enseñanzas fundamentales del cristianismo. Pero también es nuestra tarea porque no dependemos de opiniones humanas, sino de la voz de Dios que habla a través de las Escrituras. El *“convencimiento”* es obra del Espíritu Santo, quien nos convence del pecado y de la justicia de Jesús. Que lo que creemos, con base en la Palabra, es correcto y verdadero. Un pastor puede proclamar la Palabra de Dios y lo hace constantemente. Pero no puede convencerte de que lo que predica es verdad. Por ello continuamos en la Palabra, adorando regularmente con el pueblo de Dios, participando de los sacramentos y dedicando tiempo en casa a la lectura devocional y a la oración. Cuando el Espíritu Santo nos convence de la verdad de nuestra fe, acerca de quién es Jesús y el perdón que logró para nosotros pecadores, tenemos la paz que la Biblia describe como que “sobrepasa todo entendimiento”(Flp. 4:7).

Espíritu Santo, ¡gracias por la Santa Palabra de Dios que traes a nuestro corazón! Por ella creemos en Cristo y recibimos tu perdón, vida y salvación. En el nombre de Jesús. Amén.

(Señor, haz que Tu Palabra—HL, #850)

Señor, haz que tu Palabra,
trasforme hoy nuestras vidas,
Queremos caminar
con rectitud siempre en tu luz.

29 de septiembre

Texto: 2 Timoteo 4:1-8

Servir al Salvador en todo tiempo

“Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su reino, que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina” (2 Timoteo 4:1-2).

El gran apóstol y evangelista se acerca al final de su vida y ministerio. Entonces exhorta a Timoteo a estar siempre dispuesto a predicar la Palabra de Dios con paciencia y esmero. Jesús vendrá como juez estableciendo su reino perfecto y eterno. Por ello, es necesario predicar y enseñar la Palabra de Dios para que todos tengan la oportunidad de oírla, creerla, ser salvos y estar preparados para recibirlo cuando vuelva. Timoteo debe usar la Palabra de Dios para corregir (señalar el pecado), reprender (amonestar con firmeza) y animar (con el mensaje de perdón, misericordia, gracia y vida eterna mediante la fe salvadora en la muerte sacrificial de Jesús por toda la humanidad). Con confianza, paciencia y dedicación, la iglesia y sus pastores predicar y enseñan la Ley y el Evangelio... mañana, tarde y noche, para que todos confiesen sus pecados y reconozcan (crean y confíen) que Jesús es su único Salvador del pecado, de la muerte y del poder del diablo.

Sobre todo, porque ha llegado el tiempo de los falsos maestros. Somos desafiados por los deseos pecaminosos de nuestra cultura. Aborto, pornografía, relaciones sexuales extramaritales, homosexualidad, matrimonio igualitario y la idea de que cualquier creencia lleva al cielo, son solo algunos ejemplos de las tentaciones de nuestra generación que se rodea de falsos pastores que aprueban, justifican y fomentan estas creencias y prácticas pecaminosas. Al proclamar con gozo y persuasión el mensaje del Evangelio, que Cristo murió, resucitó y nos perdona nuestros pecados, debemos soportar las dificultades, cumplir con nuestra labor de evangelistas y llevar a cabo todas las obligaciones de nuestro ministerio (2 Tim 4:5). En otras palabras... ¡Sirvan al Salvador en todo tiempo!

Dame, Señor, la fe que me haga un oyente fiel de tu Palabra. Librame de buscar una predicación que satisfaga mis deseos, sino la que me vuelva al perdón que Tú me has dado a través de tu Hijo Jesús. Amén.

(Señor heme en Tus manos - HL #913, estr.2)

Sostén con tu potencia mi débil ser,
Y así paz de conciencia podré tener;
Que siempre yo a tu lado prefiera estar,
Y tu voz con agrado cerca escuchar.

30 de septiembre

Texto: 2 Timoteo 4:9-22

Gracias pastor

“Pero el Señor estuvo a mi lado, y me dio fuerzas, para que por mí fuese cumplida la predicación, y que todos los gentiles oyesen. Así fui librado de la boca del león. Y el Señor me librará de toda obra mala, y me preservará para su reino celestial. A él sea gloria por los siglos de los siglos. Amén” (2 Timoteo 4:17-18).

Es conocido el poema llamado “*Huellas*” donde un cristiano mira su vida como si fueran huellas en la arena de la playa. Y le reclama al Señor que lo abandonó en los momentos difíciles de la vida, ya que allí había solo dos huellas. Pero el Señor le responde que era porque Él lo había cargado. El pastor Pablo se despide del pastor Timoteo, y sus palabras dejan escapar cierta tristeza por las personas que lo abandonaron y traicionaron en sus horas más difíciles. Esa es la realidad de la iglesia a la que hemos acompañado durante todo este mes de devociones sobre el libro de los Hechos de los Apóstoles y las cartas pastorales a Timoteo. Muchas veces lo que los pastores reciben por su entrega y dedicación es desagrado. La iglesia está formada por pecadores que fallamos repetidamente en los mismos pecados y que no valoramos la gracia recibida. Pero que también allí escuchamos de la paz que está con nosotros y que sobrepasa todo entendimiento en Cristo Jesús nuestro Señor (Fil 4:7).

Pablo les enseña a los pastores y a los fieles cristianos que Dios siempre estuvo a su lado y le dio fuerzas para que, a través de su ministerio, muchos llegaran al conocimiento de la obra de Jesús por la salvación del mundo. Que todo lo que fue logrado por el gran evangelista fue para la gloria de Dios. Que Dios lo preservará en su reino celestial, donde todo mal terminará y la felicidad eterna en la presencia de Cristo no tendrá comparación. Por ello hay paz en las palabras de Pablo. Hoy te animo a que reconozcas la obra de Dios a través de tu pastor. Que te acerques a él y le des gracias por traerte a Cristo y el perdón de tus pecados a pesar de las dudas y de las aflicciones. Y que, por sobre todo, completes su alegría viviendo como heredero del reino de los cielos. A Dios sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Amado Jesús, gracias por los pastores fieles que han traído tu palabra durante toda mi vida. Ayúdalos a confiar en tu presencia y fuerzas en su vida. Y a hacer todo para tu gloria. En el nombre de Jesús. Amén.

(Gracias te damos - HL #674, estr.2)

Bendice a quienes por Ti trabajan,
Para tu Reino hacer crecer.
Danos tu aliento, firme sustento
Nunca nos dejes desfallecer.